

SS
SERVICIO SECRETO

F. P. DUKE

UN CAPITAN DE COMANDOS

Wilson Hopkins se miró complacido ante la amplia luna del lavabo de su cuarto de aseo en el «Hotel Regina», y se sintió complacido de lo impecable de su atuendo, de su bien rasurado rostro y de su figura, de la que, varonilmente, se hallaba muy satisfecho. Se sabía un hombre casi perfecto, y había tenido infinidad de oportunidades de comprobarlo a través de sus éxitos amorosos en su joven pero exuberante vida de marino, al servicio de la escuadra de la Muy Graciosa Majestad Británica.

Hopkins había llegado a capitán en una carrera rápida y brillante. Hombre amante de su carrera, marino por tradición, pues todos sus antepasados lo habían sido y hombre listo y nada apocado, logró destacarse dentro de su carrera, y su actividad, su ilustración y su talento natural y cultivado, le habían servido para verse favorecido un día con el nombramiento de agregado naval a la embajada de su patria en Berlín.



F. P. Duke

Un capitán de comandos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 90

ePub r1.0
Lds 15.12.18



Título original: *Un capitán de comandos*
F. P. Duke, 1952
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



F. P. DUKE

Un capitán de comandos

1ª EDICION
ABRIL 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

13 — Una mano en la sombra. 33 — Con pasaporte robado. 39 — Héroes anónimos. 43 — El secreto del tratado de química.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 . Barcelona

UN CAPITAN DE COMANDOS



POR

F. P. DUKE

CAPÍTULO PRIMERO

BAILE EN EL HOTEL KEMPER

Wilson Hopkins se miró complacido ante la amplia luna del lavabo de su cuarto de aseo en el «Hotel Regina», y se sintió complacido de lo impecable de su atuendo, de su bien rasurado rostro y de su figura, de la que, varonilmente, se hallaba muy satisfecho. Se sabía un hombre casi perfecto, y había tenido infinidad de oportunidades de comprobarlo a través de sus éxitos amorosos en su joven pero exuberante vida de marino, al servicio de la escuadra de la Muy Graciosa Majestad Británica.

Hopkins había llegado a capitán en una carrera rápida y brillante. Hombre amante de su carrera, marino por tradición, pues todos sus antepasados lo habían sido y hombre listo y nada apocado, logró destacarse dentro de su carrera, y su actividad, su ilustración y su talento natural y cultivado, le habían servido para verse favorecido un día con el nombramiento de agregado naval a la embajada de su patria en Berlín.

Wilson estaba llamado a ser algo notable en la marina. Recién perfeccionado en ciertas especialidades para casos de emergencia, si un día surgían contratiempos dramáticos que obligase a medio mundo a enzarzarse en una nueva y desoladora guerra, Wilson tendría por misión algo dificilísimo, expuesto y que requería pocos nervios, mucho corazón y grandes conocimientos. Sería un auténtico capitán de comandos, destinado a llevar a término hazañas arriesgadísimas que podrían cubrirle de gloria o sepultarle ignoradamente bajo las ondas del mar en plena juventud.

Era por esto por lo que había sido destinado a la embajada de

Berlín. Sin que tuviese por misión específica cultivar el espionaje, bastábale su claro talento para asimilarse muchos detalles militares y navales, que en su día, si Inglaterra y Alemania entraban en liza, le servirían para hacer más eficaz y fácil su misión.

Pero Wilson no parecía haber tomado muy en serio la posibilidad de una nueva guerra con Alemania. Sabía de cierta tirantez universal, pero creía que el escarmiento de la guerra del 14 sería un freno que en un momento decisivo detendría a unos y otros al pie de la hecatombe.

Por ello, parecía haber tomado un poco frívolamente su misión en Alemania. Y al decir frívolamente, no se alude a su deber de marino, sino a su trato con los elementos nativos, con los que se esforzaba en sostener amigables relaciones haciéndose simpático a todos.

Una de sus mejores amistades, había sido la de la familia Hease. El jefe, un alemán bajito, regordete, colorado, y afable, pero ágil para los negocios, poseía una fábrica de tractores y camiones para el ejército que le producía pingües beneficios. Hombre viudo, poseía dos hijos. Elsa, una morena guapísima, alta, esbelta, elegante y distinguida, que cautivaba a los hombres con su serenidad, su simpatía y su charla atrayente, y Guillermo, un muchachote también de excelente estatura como su hermana, moreno como ella y guapo como toda su familia. Guillermo había iniciado sus servicios en la escuela de aviación de Berlín, y figuraba ya en la aviación con el grado de teniente piloto.

Hopkins había hecho amistad con ellos en un baile organizado por la embajada con motivo del santo de la hija del embajador. El joven marino había bailado con Elsa, y más tarde, ella le había presentado a su hermano Guillermo, quien, quizá un poco demasiado alegre a causa del exceso de champaña, se sintió locuaz y comunicativo, y acogió a Wilson como si se tratase de un amigo de toda la vida.

Más tarde, se encontraron en algunos locales de recreo. Guillermo invitó a Wilson a unas reuniones familiares donde estrecharon su amistad, y el marino empezó a sentirse atraído por la pareja de hermanos y, sobre todo, por Elsa, que parecía ejercer una notable fascinación sobre él.

Pero algo había surgido que molestaba mucho a Wilson, sin que

éste pudiese eliminar el objeto de dicha molestia. Se trataba de Hugo Meyer, otro teniente aviador compañero de Guillermo, y al parecer hombre a quien también habían seducido los encantos de Elsa.

Hugo parecía la sombra de Hopkins. Cada vez que éste asistía a algún lugar donde debía encontrarse con Elsa, allí estaba Hugo, como una cuña dispuesto a amargarle los momentos más felices de su vida, galanteando e Elsa y entorpeciendo su labor de captación de la muchacha.

Wilson odiaba fieramente a Hugo. No se había recatado nunca de hacer ostensible el desprecio particular que sentía por él, aunque dentro de los límites de la corrección que imponía el uniforme, y Hugo, por su parte, le correspondía en la misma forma, quizá un poco más ásperamente por apoyarse en su calidad de alemán, mientras su rival sólo era un extranjero en su patria.

Guillermo, demasiado frívolo y un poco ligero de cascos, apenas si reparaba en la relación de su hermana con el marino y con su compañero, y no se había dado cuenta de la inclinación de ambos hacia Elsa, quizá porque estaba acostumbrado a observar que todos los hombres que giraban en torno a la muchacha se sentían como las mariposas en derredor de un potente foco de luz, pero ella, en cambio, más sensible y muy mujer, no había dejado de notar el antagonismo de los dos hombres, y trataba de evitarlo y suavizarlo haciéndoles comprender que ambos eran considerados como dos excelentes amigos, pero nada más.

Quizá esto era lo que a los dos les detenía en un choque personal que para ambos hubiese resultado desagradable a causa del uniforme. Cada uno sabía que el otro no tenía un derecho mayor a captar las atenciones de Elsa, y dominaban su encono y procuraban mostrarse correctos entre sí, pero fríos.

Wilson había estado a punto varias veces de lanzar una ofensiva a fondo contra la muchacha. Le gustaba, y no creía que existiese inconveniente alguno en una unión con ella, pues no había pensado, en su aturdimiento amoroso que el estallido de una nueva guerra pudiera ser la barrera más alta e inexpugnable que se alzase entre ambos para semejante unión.

Sólo pensaba en que Elsa le gustaba, que era un buen partido para él y que a la hora de disputársela de veras a Hugo, tenía

ochenta posibilidades a favor por veinte en contra, pues era mejor tipo que su rival, poseía una charla más fluida y persuasiva, sabía ser cortés con fondo exquisito, y poseía un tacto agudo que la rudeza de su contrario no había logrado adquirir.

Aquella noche se celebraba un baile en el «Hotel Kemper», situado en el paseo Hohenzollern, uno de los barrios más modernos de Berlín, y Guillermo había comprometido a Wilson para que asistiese a él.

Wilson aceptó encantado, porque sabía que pasaría unas horas maravillosas al lado de Elsa, y aunque sabía también que allí debía encontrarse con la antipática figura de Hugo, le despreciaba olímpicamente. Aquella noche estaba dispuesto a esforzarse para desplazar a su rival y hacerle pasar unas horas amargas.

Por eso se estaba acicalando cuidadosamente y extremando los detalles de su atuendo y aseo personal. Quería dar a su buen porte todo el realce posible para destacar a los ojos de la joven en contraste con el aspecto un poco rudo, aunque también varonil, de su contrario.

Cuando se sintió satisfecho, se apartó del espejo y, poco más tarde, tomando un auto, se hizo conducir al hotel.

Tuvo cuidado de llegar de los primeros, pues su idea era comprometer a Elsa su primer baile y dejar burlado a Hugo cuando éste tratase de adelantarse a él.

Cuando llegó, ya en el gran salón del hotel, profusamente iluminado y gratamente adornado, había bastantes parejas que paseaban en animada charla. Aunque Wilson hablaba y dominaba bastante bien el alemán, se le hacía muy duro al oído cuando lo escuchaba, y no se acostumbraba a él, pero se veía obligado a hablarlo y procuraba asimilar la pronunciación y el tono especial de los alemanes para no desentonar a su lado.

Pronto observó que no era sólo su espectacular uniforme el que brillaba en el baile. Había algunos de aviadores, miembros de los S. S. y artilleros, así como varios exóticos que pertenecían a agregados militares franceses, italianos y norteamericanos.

Wilson atravesó por entre los grupos, buscando ávidamente a Elsa hasta descubrirla del brazo de su padre, quien aquella noche había pretendido acaparar la cúspide de la elegancia vistiendo una corta levita y un cuello almidonado de agudas puntas que se le

clavaban despiadadamente en las amígdalas y le hacían sudar copiosamente, obligándole a permanecer más rígido que en realidad solía estar de continuo.

Elsa, al descubrir al Joven, le agració con una de sus más atrayentes sonrisas, comentando:

—Observo que la marina inglesa es de una puntualidad asombrosa.

—La marina inglesa, señorita Elsa —replicó él, tratando de quitar altanería a la frase— es la primera en dar la proa a todas las contingencias, y sus marinos los primeros en dar el pecho cuando se trata de alcanzar un objetivo tan valioso como es una sonrisa de sus labios, y el primer baile de la noche en su compañía… ¿Puedo creer que nada de esto podrá fallar? Al menos, la sonrisa ya la gané. ¿Es posible ganar el resto de la batalla?

—Mi querido capitán, con unas baterías así enfiladas, no hay objetivo que se le pueda resistir. Me rindo a esta primera escaramuza.

—Gracias. Daré orden de que icen la bandera en lo más alto del palo mayor, para celebrar la victoria. ¿Me permite, señor Hease?

Y tomó del brazo a la joven para arrebatarla del de su padre.

—Bien, bien, joven almirante —repuso, sonriendo el fabricante —. Mis tractores no tienen el alcance y el poder de sus cañones para disputarle la presa. Suya es, por derecho de conquista.

—Gracias, señor Hease. Con enemigos tan galantes como usted, ¡qué fáciles son estas batallas!

Y se llevó a la muchacha a un lugar más alejado, junto a unas altas y verdes palmeras que acotaban el recinto de baile.

Allí la soltó un momento del brazo, y, cuadrándose ante ella, la contempló de pies a cabeza, embelesado. La muchacha estaba realmente atrayente con su vestido de noche de tul negro, ampliamente descotado, que dejaba al desnudo sus lindos hombros y la blancura del escote, donde una cruz de brillantes refulgía en cambiantes del arco iris al resplandor de los focos.

El traje era largo, muy largo, con una cola que arrastraba en volantes de encaje ocultando la brevedad de su pie, y el peinado era una obra de arte del mejor peluquero de Berlín.

Elle sonrió burlona al verse objeto de aquel mudo examen, y preguntó:

—Y bien, señor almirante. ¿Todo en orden o habrá que tocar a zafarrancho?

—Todo en orden, mi jefe. Nunca me vi a bordo de un navío tan lindo y perfecto como el que tengo a la vista. El «Nelson» es una indecente gabarra a su lado y hasta las baterías de esos ojos negros como la noche son lo más temible para un marino experimentado. Me gustaría mandar en ellas como jefe supremo.

—Podrían explotar y acabar con su vida. Déjelas quieta; sin disparar ni siquiera en un simulacro de combate. Cualquier arma es bonita para la paz y terrible para la guerra.

—¿Hasta para la guerra del amor?

—Hasta para ella. En todas las guerras hay víctimas, y el que dispara sus armas en ella, debe sentir el remordimiento de haber hecho un blanco penoso.

Wilson iba a contestar, pero su rostro quedó tenso al observar que avanzaban hacia ellos dos aviadores. Eran Guillermo y su amigo Hugo.

Los dos vestían el uniforme que, sabían llevar con desembarazo como hombres acostumbrados a él, y Wilson no dejó de reconocer que su rival era un hombre bastante atractivo, aunque después, en la conversación, bajase un poco de tono por su rudeza y brusquedad.

Al observar la cara que puso al verle en animada charla con Elsa, sonrió, y Hugo, adelantándose, saludó:

—Buenas noches, Elsa… Buenas noches, capitán Hopkins… Observo que sus máquinas se mueven a bastante presión.

—¿Lo dice por mi puntualidad acudiendo al baile? Un marino nunca debe tener apagados los fuegos de sus calderas ni acudir el último a ninguna clase de cita. Por lo que observo, su motor anduvo al ralentí esta noche.

—Mi motor es más rápido y seguro que el de cualquier navío, capitán. El cumplimiento de mi deber es el que me retrasó exclusivamente.

—El deber es un tirano que muchas veces nos juega malas pasadas personales. De todas formas, llega a tiempo para buscar pareja, porque aún no ha empezado la orquesta a tocar.

—Lo cual quiere decir que ya inició usted su primer desembarco.

—Tuve ese honor y esa suerte.

Elsa, dándose cuenta de la ironía de ambos, intervino para decir:

—Hugo, le be reservado el segundo baile. Con alguno tenía que empezar y el capitán se adelantó en eso. Turnaré con ustedes, ya que, al parecer, me veo obligada a estar sometida al fuego de la marina y de la aviación.

Guillermo, soltando una carcajada sonora, comentó:

—S te parece poco, aquí tengo un amigo capitán de carros de combate y un teniente de artillería. Puedes someterte también a sus fuegos. Sería un cerco completo.

—Gracias. Guillermo, ¿pero no te parece que ya es bastante presión? Mi pobre fortaleza no lo resistiría.

La música iniciaba en aquel momento los primeros compases de un vals. Wilson abrió los brazos, diciendo:

—¿Me permite, Elsa?

Ella aceptó, y, ciñéndose a él; se lanzaron al centro del *parquet*.

Hugo siguió a la pareja con ojos encendidos de rabia, y Wilson, al girar, le correspondió con una mirada burlona. Luego se perdieron en el torbellino de parejas que empezaban a bailar.

Ella se atrevió a decir:

—Capitán, observo que no siente ninguna simpatía por Hugo. Es un buen muchacho.

—¿Quién lo niega? ¿Sólo ha observado usted eso?

—Bueno, he observado también que él tampoco siente un gran cariño por usted.

—Se trata de un antagonismo de armas. Las dos se creen superiores una a la otra, y he ahí la causa.

—¿No es más seguro que se complementan?

—En algunos casos, pero la gloria de conquistar un solo objetivo, no se la pueden repartir. Usted es un objetivo demasiado precioso para que ninguno de los dos se la ceda al otro.

—¡Por Dios, capitán, no diga eso! Yo soy un objetivo que podría resistir los fuegos de los dos sin rendirme.

—¿A ninguno?

—A ninguno.

—¿Por qué se cree tan fuerte?

—Porque no he pensado nunca en esa rendición. Creo que por mí no hay caso, y que deben borrar esas diferencias.

—No lo creo posible. Sospecho que los dos somos hombres

dispuestos a luchar por un mismo ideal, y que lo haríamos hasta la muerte.

—¿Quiere que me enfade con los dos?

—No merece la pena. Si se cree tan fuerte, soporte el asedio a ver quién se rinde antes.

—Es una lucha estúpida y sin finalidad, señor Hopkins.

—Llámeme almirante. Me suena mejor al oído, y esos grados que me regale me harán creerme superior. En cuanto a la finalidad, sólo diré qué el agua horada la roca.

—Conseguirán que me enfade, y rompa mi amistad con los dos.

—Yo lloraría como un chiquillo, y me sentaría a la puerta de su casa a esperar una rectificación. Hugo se envenenaría de desesperación, y así me libraría de él.

Ella rompió a reír cristalinamente, y Wilson, en serio, preguntó:

—Elsa, ¿por qué no hace caso de mis palabras? De verdad que es usted la mujer ideal con quien yo he soñado.

—Pues despierte del sueño. No he pensado nunca en cambiar de estado, y presiento que aún tardaré mucho. Eso lo sabe Hugo, y debe saberlo usted.

—Es un consuelo saber que no soy el único derrotado en este combate, pero sabré esperar una mejor ocasión. Tengo mucho tiempo por delante.

—Gracias. Así se aburrirá y dirigirá sus baterías hacia otro blanco más seguro.

El vals terminó, y Wilson, con pena y rabia, se vio obligado a soltar su pareja para cedérsela a Hugo, que ya les rondaba como el lobo ronda a su presa.

La noche transcurrió en una tirantez de nervios excesiva para ambos. Los dos trataban de acosar a Elsa con sus pretensiones amorosas, sin que ésta se rindiese lo más mínimo en favor de ninguno. Los dos le gustaban, los dos tenían para ella diversos atractivos que le eran gratos, pero estaba decidida a conservar la amistad de ambos y a no inclinar la balanza hacia ninguno de ellos.

Quizá en su fuero interno lo que le impedía elegir no era aquel equilibrio amistoso, sino la situación política, extraña e inquietante. Parecía adivinar que las cosas no rodaban políticamente con normalidad, y que un día pudiese estallar una guerra trágica que envolviese a los dos y les absorbiese como el huracán absorbe el

polvo del camino.

Para una mujer joven y con ilusiones, sería trágico ver roto un idilio en plena floración, y preferible era esperar. Sólo una era de calma y de paz podía decidir el rumbo de su corazón, y esta calma y esta paz parecían estar abocadas a desaparecer en cualquier momento.

CAPÍTULO II

DESILUSIÓN Y DESAFIÓ

Transcurrieron algunos meses, durante los cuales el panorama internacional se ensombreció agudamente. Los planes expansivos y ambiciosos de Alemania empezaban a adquirir matices violentos. Las cancillerías trabajaban a marchas forzadas tratando de evitar el conflicto, pero preparándose activamente para él, y estaba llegando el momento en que en Alemania se miraba torvamente a todo el que vestía un uniforme que no era alemán y trabajaba diplomáticamente en contra del imperialismo teutón.

Wilson se daba cuenta de ello, y parecía haber remitido en su cerco a Elsa. Si estallaba la guerra como amenazaba, él tendría que abandonar su puesto en la embajada y reincorporarse a la marina. Guando esto sucediese, sería un enemigo de Alemania y de Elsa, y sus amores con ella algo en lo que no debía pensar por razones de alta política.

Y hubiese renunciado tácitamente a continuar el «flirt» de no mediar Hugo, pero éste le estaba resultando cada día más fanfarrón y antipático, y hasta estaba temiendo tener con él un encuentro personal que por razones de diplomacia le estaba vedado.

Hasta que un día, sucedió lo inevitable. Su gobierno se disponía a retirar la embajada de Berlín, y como medida preventiva, fue llamado a Londres.

Y él bien sabía lo que aquella llamada significaba.

Una escuadrilla de lanchas torpederas a su mando para un entrenamiento intenso, y estar preparado para desembarcos audaces, persecución de navíos, torpedeamientos sin compasión y

cuantas hazañas se le podían exigir a un capitán de comandos en servicio de guerra.

Y sintió pena de verse obligado a hacer la más despiadada guerra a los alemanes. En el fondo, admiraba y quería a aquella nación austera, trabajadora, sencilla y activa, a la que los acontecimientos iban a lanzar a la hoguera de la destrucción, como la lanzaran algunos años atrás.

Pero él no era el llamado a discutir aquello ni a evitarlo. Era un marino, un servidor leal y arrojado de su patria, e iría donde le enviasen y se esforzaría en superarse en el cumplimiento de las órdenes que recibiera. Olvidaría a Alemania, a Elsa y a todo lo que le había fascinado durante algunos meses, y se lanzaría a la guerra con el encendido patriotismo que en él ardía y con el orgullo de pertenecer a la marina más brillante y gloriosa que surcaba los mares.

Wilson, tristemente, preparo su equipaje, y por un momento tomó la resolución de marcharse sin despedirse de la joven, pero hubo algo más poderoso que su voluntad, y entendiendo que como hombre de lucha no debía rehuir ninguna prueba, dejó su uniforme en la maleta, se vistió de paisano para quitar todo aire provocativo a su persona y resueltamente se encamino a la morada de Elsa, en Benier Strasse, cerca de Tierganten.

Un rígido criado anunció su visita, y Elsa, vistiendo un severo traje y con el rostro tenso del que había desaparecido la sonrisa cautivadora de otras veces, salió a recibir a Hopkins.

Le tendió cortésmente la mano, diciendo:

—Es para mí un honor recibir su visita, señor Hopkins. ¿Hay algún motivo particular que la acredite?

—Uno, para mí el más poderoso. El de la lealtad a la mujer a cuyo corazón siempre he anhelado llegar.

—Gracias. ¿Quiere explicarse mejor?

—Vengo a despedirme de usted, acaso para siempre.

—Es muy pesimista.

—No, realista nada más. He sido llamado por mi gobierno, y en estos momentos, usted, como alemana, sabe mejor que nadie lo que flota en el aire, al parecer sin que pueda ser evitado, y si así es… piense que quiera o no, por mi condición de marino, seré un enemigo declarado y acérrimo de su patria, y, por tanto, de usted.

—Mío personalmente, no, Hopkins. Ni usted ni yo somos responsables de lo que pueda suceder.

—Es cierto, pero sucederá por nosotros… al menos por los hombres. El luto, el exterminio, la desolación, la muerte y la ruina saldrá de nuestras manos y unos y otros habremos de sembrar todo eso sin vacilar. Con gozo, cuando la suerte nos acompañe. Con dolor y maldiciones, cuando seamos los vencidos. Y cada golpe que unos y otros recibamos, trataremos de devolverlos centuplicados. Aunque en el fondo, como humanos, sintamos el dolor de nuestras acciones. No podemos engañarnos. Elsa. Vencidos o vencedores, nos separará un abismo que nada ni nadie podrá rellenar para acercarnos nuevamente.

—Tiene razón —convino ella, con tristeza—. Seremos los muñecos de esa guerra y todos, cada uno por un motivo, pagaremos la culpa colectivamente. Nada puedo decirle ni siquiera emplear la frase vulgar de «que tensa usted suerte», porque su suerte significaría la desgracia de los míos.

—Creo. Elsa, que nos estamos poniendo demasiado tristes al comentar lo que no tiene arreglo ni es culpa de usted y mía. Estuve a punto de marcharme sin forzar esta despedida, pero lealmente creo que no debía hacerlo así. Fuera de este círculo trágico que nos envuelve, usted y yo éramos grandes amigos. Yo la admiraba, y usted me correspondía. Eso está por encima de los avatares del porvenir, y me obligaba a ser cortés y galante diciéndola adiós. Si la suerte nos convierte en enemigos, al menos que nos separemos como enemigos leales. ¿No le parece?

Ella, tratando de dominar la emoción que le embargaba, tendió su fina mano a Wilson, diciendo:

—Enemigos, pero leales. Que Dios nos depare a cada uno lo que crea más justo.

—Así lo deseo también, y ahora, antes de separarnos, escuche lo que ya a nada le compromete. Nunca traté de *flirtear* con usted sino que llegué a interesarme hondamente. Jamás tuve presente en mis sentimientos que usted era alemana y yo inglés, como si esto fuese un delito para separarnos sentimentalmente. No me ha entrado en la cabeza ni me entrará que el haber nacido sobre un trozo de tierra o de otro, tuviera nada que ver en las cosas del corazón, pues Dios hizo la tierra para todos y no puso diferentes banderas acotándola

para acotar los sentimientos que intenta legarnos sin distinción de razas ni colores. Es triste que el progreso, si lo es, haya establecido esas barreras para enfrentar a los hombres y después para separarles espiritualmente como si fuesen seres antagónicos. Esto es lo que quería decir y el único resentimiento que me llevo dentro del echazón.

—Y yo lo comparto con usted Wilson. Quizá esto le explique mi resistencia a dejarme influenciar por usted y aun por Hugo. Usted, porque podía convertirse en mi enemigo sin yo quererlo. El, porque…, como usted, ha de ser juguete de la muerte y vestir con crespones de luto el corazón anticipadamente, presintiendo que ésa podía suceder, hubiese sido insensato. Del dolor el menos, y creo inútil decirle más.

—La comprendo y me doy cuenta de su previsión sentimental. Es usted joven, fuerte, animosa y muy humana, y apruebo su cálculo también muy humano. Quizá ahora que la he comprendido mejor, la aflore con más melancolía y sólo le deseo —esto sí que se lo digo con el corazón en la mano— que tenga suerte, que salga con bien de la tragedia que se avecina, y que después de las ruinas del dolor y de la muerte, surja para usted el hombre que merezca su amor porque sepa comprenderla a fondo. Es cuanto tengo que decirle.

Ella no contestó. La emoción se lo impedía, y sintiendo que a sus lindos ojos acudían las lágrimas que no podía contener, se limitó a estrechar de nuevo la mano del marino y a dejarle marchar sin ánimos para acompañarle.

Wilson cerró la puerta suavemente, y con paso firme siguió el pasillo adelante hacia la salida. En aquel momento, la puerta se abría y se enfrentó con Hugo vestido de uniforme. Ambos se miraron un momento con fiereza, y el aviador, con gesto agresivo, exclamó:

—¿Cómo usted por aquí todavía, señor Hopkins? Creía que ya estaba camino del Canal.

—Aun no, pero le voy a dar ese gusto, Hugo. Sé que será el mayor que reciba en su vida, aunque no le sirva de beneficio alguno.

—Es demasiado presuntuoso afirmando eso. Claro es que, como inglés, no se puede esperar de usted otra cosa.

—En efecto, los ingleses siempre fuimos presuntuosos, y los marinos, mucho más. Si repasa la historia, incluso la suya, y se detiene en ella desde el año 14 al 18, convendrá conmigo en que tengo motivos para ello.

Fue como una bofetada recordarle los desastres navales de la escuadra alemana durante la gran guerra. Aquella batalla de Jutlandia era como un dardo de fuego que se clavaba en su corazón.

Pero el aviador, sin dejarse llevar de la cólera, repuso:

—En efecto, la historia está llena de anacronismos. Algunos vencedores tuvieron que serlo apoyados no por su poder y sus glorias, sino por una ayuda cien veces superior, sin la cual nada hubiesen conquistado. En fin, siempre no van a rodar las cosas igual. Entonces la aviación era algo en esencia nada más. Ahora lo es en potencia, y ya veremos quién repite las hazañas de los mares.

—Cierto que lo veremos, señor Meyer. Sería para mí un placer encontrarme con usted en algún sitio donde pudiéramos ponerlo a prueba.

—Si estuviese en mi mano, ahora mismo.

—S estuviese en la mía también, pero comprendo que nuestro deber nos impide dirimir este asunto no a bordo de una nave ni con la ametralladora de un avión, sino en un trozo de campo con una pistola en la mano. De todas formas, espero que la suerte nos enfrente alguna vez en algún sitio. Usted sabe que el mar es muy grande, y somos los dueños de él.

—Sí, y como el espacio es más grande aun y los dueños del espacio somos nosotros, quizá no sea difícil localizarle en algún rincón del océano. Ya sabe que formo parte de la escuadrilla «Bremen».

—Yo no puedo decirle aun de qué escuadrilla de superficie formaré parte, pero eso no es obstáculo. Algún día oirá elogiar más de la cuenta las hazañas de un capitán de comandos llamado Wilson Hopkins, y por la aureola que vaya dejando a su paso podrá saber dónde puede encontrarle. Mi ruta será más sonada y amplia quizá que la suya.

—Gracias. Estaré atento a ese clarín de guerra, y en cuanto lo oiga vibrar pediré mandar la escuadrilla que apague sus ecos y los hunda en el fondo de las aguas. Prometo llevar a bordo una corona de flores artificiales para lanzarla sobre el sitio donde le vea

hundirse, como un testimonio póstumo de respeto.

—Tenga cuidado, no sirva para su propia tumba en el fondo del océano. Puede darse el caso.

—Mala suerte entonces, pero si así es, caeré con el orgullo de haberlo hecho en lucha contra mis enemigos y para la mayor gloria de mi patria.

—De acuerdo… hasta que nos encontremos, si el Destino lo quiere así.

—Espero que lo quiera, pero si así no fuese, me gustaría saber de usted después de la contienda, para poner fin a esta pugna. La tierra es grande, pero en ella no cabemos los dos. Acuérdese de ello, si siente arrestos para que así sea.

—Se lo prometo, Hugo.

Y rígido abrió la puerta, y abandonó la mansión de Elsa.

A pesar de la proverbial sangre fría de su raza, una cólera sorda le invadía. Si algún resquemor podía llevarse de Alemania, era el de no haber podido llevarse también por delante a Hugo. Temía que los avatares de la guerra no le permitiesen nunca enfrentarse con él, y acabar con aquel tipo era un placer que no hubiese cedido a nadie.

Pero no estaba en su mano conseguirlo, y quizá tampoco la guerra le facilitase aquella oportunidad. Él era marino, comando, para mejor definir su actuación, y Hugo, aviador. Un encuentro entre ambos casi resultaría imposible a lo largo de la contienda.

Pero, tenía que resignarse con su suerte. La única esperanza, aunque muy lejana que podía abrigar, era la de que si ambos salían con vida de la lucha, pudiesen encontrarse un día como simples particulares y dirimir sus querellas en un círculo muy estrecho, si el dilatado de la guerra no se lo permitiese.

Al día siguiente, Wilson partió para Londres. Sintió cierta pena al alejarse de Berlín, y hasta lo añoró como algo que debía ver por última vez tan hermoso y atrayente como estaba. Presentía que el furor de la lucha pudiese convertirlo en cenizas algún día.

Apenas llegó a Londres, fue destinado a mandar una flotilla de lanchas torpederas. Debía realizar maniobras con ella a lo largo de la costa inglesa, examinar a sus hombres, entrenarles para los desembarcos y acción de ataque, y estar él y tener listos a todos para el momento decisivo.

Wilson se entregó en cuerpo y alma a aquel ejercicio preparatorio. Necesitaba aturdirse, distraerse, sumirse en mil encontrados pensamientos que alejasen de su imaginación la esbelta silueta de Elsa para olvidarla como cosa imposible. Aquel incipiente sueño de amor debía morir en su pecho, como morirían otras muchas cosas tan valiosas como él, y serenarse, para a la hora de servir a su patria, no sentir preocupaciones ni complejos que le restasen acometividad, visión clara de las cosas y audacia para llevarlas a término.

Cuando por fin, Inglaterra se vio sumida en el caos de la guerra, ya Hopkins estaba más que saturado de entrenamiento. Su lancha torpedera, una de las más veloces y bien armada de la marina de guerra británica, la conocía como se conocía a sí mismo. Sabía lo que podía pedirle, lo que podía dar de sí y hasta dónde podía llegar con ella en casos extremos.

La acción fulminante de los poderosos ejércitos alemanes había empezado a desarrollarse con la audacia, la magnitud, la pericia y el conocimiento que los generales teutones tenían de la guerra y de sus múltiples y ambiciosos movimientos. Bélgica, como siempre, la Bélgica mártir, estaba siendo arrollada y aplastada materialmente por los ejércitos invasores, y éstos empezaban a aplastar a Europa, como lo hicieran algunos años atrás, aunque esto no significase que con ello pudieran tener ganada la guerra.

Pero avanzaban por tierra, mientras su marina no parecía mostrarse muy propicia a pasear los mares, quizá recordando las enseñanzas de la campaña anterior. Sus barcos de superficie se escondían en sus poderosas bases bien minadas y guardadas por las baterías costeras, pero en cambio, sus modernos y potentes submarinos empezaban a hacer su aparición buscando los grandes convoyes que del otro lado de los mares llegaban a Europa, cuando no eran organizados en Inglaterra para surtir de armas y pertrechos a los ejércitos aliados que luchaban denodadamente en Bélgica y no tardarían en hacerlo en Francia, tratando de contener el empuje de aquel colosal ejército mecanizado, para el que parecía no existir oposición que le detuviera.

Wilson sufría encajando espiritualmente los primeros reveses de la guerra. Tenía fe en su patria, en sus barcos, en sus marinos, en sus soldados y en sus mandos, como tenía fe ciega en la que sería su

aliada del otro continente, pero no ignoraba la dificultad de acudir a, luchar desde lejos a un terreno extraño, transportando sobre las olas el ingente material de guerra que era necesario, así como los heroicos soldados que debían ser leña en la hoguera de la guerra.

Los submarinos alemanes, veloces, audaces, bien mandados, extendían su radio de acción millas y millas donde parecía imposible que pudiesen llegar con su limitada autonomía y nutridos convoyes de barcos se veían atacados a larga distancia de sus bases, entablándose rudas y sangrientas batallas, que si bien terminaban por ahuyentar a los tiburones de acero, antes éstos se habían tragado parte de su presa.

Wilson había tomado parte en algunas acciones de defensa, luchando denodadamente con las unidades submarinas, pero esto no era lo que le satisfacía ni lo que más gloria podía darle. Los duelos en masa con las naves enemigas diluían las acciones, eran episodios corrientes de la contienda, y sus comandos necesitaban más campo de acción, algo más práctico y espectacular que aquella lucha pasiva. Eran hombres de grandes audacias y de grandes empresas, destinados a luchar uno contra diez, a no esperar a que los submarinos les atacasen sino a salir a su encuentro, buscarlos en sus nidos ocultos, atacarlos en sus madrigueras y deshacerlos allí mismo, donde más protegidos y seguros se creyesen.

Y esto era lo que Wilson esperaba. Ataques de aquella envergadura o desembarcos nocturnos y escalofriantes para volar bases, atacar observatorios, descubrir emplazamientos de baterías costeras, campos de minas que volar, redes protectoras que cortar y otras empresas análogas, que, por difíciles, parecían imposibles, y por imposibles, muchas veces practicables.

Hasta que un día, sus sueños se vieron ampliamente colmados. El Alto Mando le había llamado a Dover para instruirle acerca de una misión propia de su cargo, que debía llevar a cabo, misión dramática y desesperada quizá, pero gloriosa, tanto si conseguía llevarla a término, como si caía al intentar realizarla.

Y con el corazón henchido de gozo por aquella llamada, se presentó en Dover, ansiando empezar cuanto antes a destacarse personalmente en la lucha.

CAPÍTULO III

NIDO DE TIBURONES

Sobre una amplia mesa llena de papeles, se extendía un magnífico mapa de Alemania. Grande y pintarrajeado en colores, no le faltaba el más mínimo detalle y sobre él, en los estados adyacentes, se marcaban con banderas alemanas y aliadas los distintos lugares donde el fluctuar de la guerra había hecho cambiar de mano ciertas posiciones.

Wilson sintió una gran angustia al contemplar las banderas alemanas con la cruz gamada adelantándose por tierras de Bélgica hacia la frontera francesa. No tardando mucho, los puertos galos serian nuevas bases para los tiburones de acero alemanes. La garra teutona avanzaba amenazando las costas inglesas y si su loca y triunfal carrera no era cortada, Dunkerque, como lugar más avanzado, señalaba el posible salto de los barcos de Hitler para intentar el asalto de las islas.

El jefe supremo de las operaciones navales extendió su galoneado brazo, y señalando con la punta de un lápiz, indicó:

—Fíjese bien, capitán Hopkins. Ésta es la cadena de islas avanzadas de la parte Norte de Alemania. Aquí está la formidable base de Heligoland, que no hay que pensar en acercarse a ella, pero aquí, hacia este lado, existe otra que se llama Neuwerk. ¿La ve?

—Perfectamente, señoría.

—Aquí tiene una serie de fotografías aéreas de la isla. Quédese con ellas para estudiarlas, porque le serán muy útiles. Pues bien, aquí hay un nido de submarinos. Se han podido localizar, y se calculan en una docena de los más modernos y peligrosos. Por lo

que hemos podido observar, se han constituido refugios de acero y cemento para guarecerlos, y son los que operan contra los convoyes que cruzan el Canal. Usted no ignora lo que significan las pérdidas de barcos cargados de material. Es tanto como aniquilar ejércitos, porque sin material no se puede luchar. Es necesario deshacer ese maldito nido, y con él, a los tiburones que se refugian allí y salen al paso de nuestros mercantes para hundirlos en el fondo del mar.

»Usted manda una buena flotilla, su lancha es de lo mejor que ha salido de nuestros astilleros y usted es uno de los capitanes más audaces y al tiempo más capacitados para misiones de esta envergadura. A usted y a sus hombres les confiamos esta labor que no tiene nada de fácil, pero sí mucho de gloriosa para el que la ejecute. Esta noche se hará a la mar con su flotilla, y el día 20 debe andar por los alrededores de la isla para tratar de llevar a cabo la empresa. Para entonces procuraremos tener una escuadrilla de aviones en alguna de las pocas bases que aun conservamos en Bélgica, para que si necesita su ayuda se la presten. Aquí le doy la clave de llamada a fin de que por radio pueda comunicar con ella. Necesita dotación completa de torpedos y de cargas de profundidad, así como de minas para minar la salida una vez que se retire. Hay que anular ese maldito nido porque para esas fechas esperamos un gran convoy, y le necesitamos íntegro. Ahora, dígame si tiene alguna duda o se le ocurre alguna objeción.

—Ninguna, señoría. Atacaré la base como sepa y pueda, y haré cuanto esté en mi mano para cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

—Pues nada más, capitán Hopkins. Que tenga usted suerte y todo salga como es preciso.

Wilson saludó rígidamente, y marchó al puerto a ultimar los preparativos de su salida. Se daba cuenta de la dificilísima y peligrosa misión que le había sido confiada, pero se sentía orgulloso de ella. Lo que llevaba algún tiempo anhelando, por fin se iba a cumplir, y la flotilla del capitán de comandos Wilson Hopkins, iba a empezar a expandir la gloria de su nombre y sus hazañas por todos los continentes.

Y mientras daba órdenes tajantes a sus hombres y revisaba todo personalmente, su imaginación se retrotraía a meses pasados, y el recuerdo de Elsa y de Hugo acudía a su memoria en un destacado

primer plano. Estaba ponderando qué pensaría la sensitiva Elsa cuando el eco de sus audaces hazañas llegase hasta sus oídos y qué cara pondría el orgulloso y antipático Hugo cuando lo supiese. Sólo con pensar en la rabia de este último, se sentía compensado de adivinar la rabia contra él de la primera, y estaba deseando salir airoso de la empresa para que se produjese el hecho y el fanfarrón aviador comprobase que sus bravatas no habían sido letra muerta.

Su flotilla la componían seis rapidísimas lanchas armadas de dos tubos lanzatorpedos, varias ametralladoras y dos cañones de tiro rápido. La suya, cuyo título ere «Britania», en honor al nombre de su patria, era la más grande y veloz, aunque en realidad no se diferenciaba mucho de las demás.

Cuando todo estuvo preparado, sobre las doce de la noche, la escuadrilla abandonó Dover, para remontarse por el Canal, y dejando atrás el Paso de Calais, internarse en el mar del Norte.

Mientras se mantuvo a la altura de las costas francesas, no tuvo miedo de un ataque. Los barcos ingleses, en particular sus submarinos, vigilaban fieramente el litoral, y algunos aviones aliados patrullaban el cielo en servicio de descubierta, pero cuando fue dejando atrás las costas belgas para alcanzar las holandesas, se internó en mar abierto con objeto de pasar más desapercibido y no denunciar su presencia.

Así, con fortuna, pues, no tuvo encuentro alguno, quizá porque nadie sospechó un ataque tan audaz a bases tan avanzadas, en la fecha convenida se encontraba muy próximo a su audaz objetivo.

Todo a bordo estaba preparado. Sus hombres, escogidos entre los más valientes y disciplinados de su especialidad, apenas si sentían emoción por la descabellada empresa que les había sido asignada. Eran hombres que de antemano habían hecho ofrenda de sus vidas en servicio de la patria y en todo momento estaban dispuestos a exponerla sin retroceder un solo paso.

La noche del 20, día señalado para que pudiese contar con una cobertura aérea si la necesitaba, se preparó para el ataque. La noche era obscura y sin luna, y un cielo tachonado de brillantes estrellas apenas si servía para que a su fugaz resplandor se pudiese descubrir a bordo cuanto las cubiertas podían abarcar.

Wilson, que en compañía de sus oficiales había estudiado a fondo todo el material fotográfico que le había sido suministrado,

tenía ya formados sus planes para el ataque. La única incógnita a descubrir era si los alemanes habían tendido redes metálicas conectadas con minas en la entrada de la pequeña bahía donde reposaban los submarinos, y esta tarea tenía que ser llevada a cabo por los hombres rana especializados en tan difícil trabajo.

Las lanchas habían avanzado a una velocidad tan moderada, que apenas si se captaba el vibrar de sus motores. Había que proceder así para que éstos no les denunciasen antes de tiempo.

En la obscuridad del mar, como algo más negro y sombrío, se destacó la achatada silueta de la isla. Wilson ordenó detener las máquinas, y dirigiéndose a media docena de hombres que esperaban tensos en cubierta, les animó, diciendo:

—Al agua, mis valientes. De vosotros puede depender que nuestra misión se vea coronada por el éxito.

La media docena de hombres a quienes se había dirigido, parecían unos raros fantasmas. Vestían de negro unos trajes impermeables ajustadísimos a sus cuerpos, su cabeza se protegía con un casco blindado sujeto a la barbilla, y en manos y pies lucían unas extrañas aletas que les daban aspecto de monstruosos peces. Y de sus cinturas pendían raros objetos: grandes linternas de luz negra que podían usarse bajo el agua y unas extrañas tenazas o alicates de cortantes dientes, que al morder las redes metálicas las triturarían, abriendo así paso a las estrechas y audaces lanchas torpederas.

Los seis comandos se dejaron deslizar al agua sin producir el más leve ruido, y luego la inmensidad negra del mar pareció tragárselos para siempre.

Wilson, con todos sus nervios en tensión, permanecía en cubierta escrutando la negra y moviente sábana de agua que acababa de tragarse a sus hombres y de vez en vez buscaba la isla, ávidamente. Ésta parecía un gran peñascal perdido en el mar, donde la vida jamás hubiese tenido manifestación alguna, aunque él bien sabía que en sus crestas los artilleros velaban junto a los grandes cañones y al pie de ellas, donde los submarinos reposaban como monstruos dormidos, había infinidad de hombres fanáticos, decididos a dar la adecuada respuesta a cualquier intento de ataque.

Transcurrió casi una hora sin que nada alterase la nerviosa calma que dominaba a todos. Wilson, con serenidad inimitable, mascaba su apagada pipa como una necesidad para desahogar sus

nervios, y seguía esperando. El hecho de que aun sus hombres no hubiesen dado señales de vida, no le inquietaba en tanto no se produjese algo que indicase que habían sido descubiertos. Al contrario, su tardanza debía significar que habían encontrado labor a realizar y la estaban llevando a cabo con el método y la frialdad que les habían imbuido durante el entrenamiento.

Por fin, el agua se arremolinó al costado de la lancha «Britania», y algo como un pez surgió de las ondas aferrándose a una de las cadenas que pendían por el costado para facilitar la subida de los hombres rana.

—Capitán Hopkins —llamó alguien, quedamente.

—Aquí estoy. ¿Qué sucede?

—Hemos descubierto una doble red de alambradas con minas adheridas. Tuvimos que cortar la primera y después atacar la segunda, pero hemos conseguido abrir una brecha de unas ocho yardas, retirando la red cortada a los lados. El sargento Williams, ha nadado dentro de la bahía, a echar un vistazo. Hay, por lo menos, nueve submarinos, tres lanchas torpederas y un destructor al lado Oeste de la había. Quizá haya más, pero no los hemos podido descubrir, pues algunas lanchas vigilan en el interior.

—¿Dónde está la brecha?

—Un poco a nuestra derecha.

—¿Y el resto de los hombres?

—Escalonados, para no desviarnos mucho del corte.

—Está bien. Espere.

Dio varias órdenes. La tripulación se entregó a la tarea de lanzar al mar unos extraños artefactos sujetos en su parte alta por largas, aunque no muy gruesas, cadenas. Eran minas flotantes que los hombres rana debían arrastrar por el agua, para colocarlas próximas a las redes y a la salida de la brecha.

Nueve hombres se lanzaron al agua para realizar la tarea. Antes de proceder al ataque debían ser ancladas o simplemente dejadas a la deriva para formar una trágica barrera cuando se iniciase la caza. No era una cosa infalible, pero sí peligrosa para los barcos lanzados al albur en la persecución.

Todo se llevaba en medio del más absoluto silencio. Los hombres nadaban y arrastraban los artefactos sin producir apenas rumor alguno, que, por otra parte, quedaría neutralizado por el oleaje de

la mar gruesa.

Poco a poco fueron regresando y subiendo a bordo. Sólo dos habían quedado nadando en una zona fijada, para advertir dónde empezaba el peligro de acercarse demasiado y no tropezar con sus propias armas.

Guiados por uno de los hombres rana que nadaba por delante de la «Britania», fueron avanzando lentamente hacia la entrada de la bahía. Cada hombre estaba en su puesto, y los de los tubos lanzatorpedos, así como los que atendían a los cañones, se hallaban dispuestos a entrar en acción.

Cuando habían avanzado durante algunos minutos, el guía tiró de la cuerda que servía para dar la señal. Estaban junto a los hombres que esperaban el avance.

—Ya hemos llegado —avisó el guía.

—¿Estamos frente a la brecha? —preguntó Wilson.

—Justamente en frente.

—¿Las minas?

—A los lados de la red, no muy distantes.

—Suban todos a bordo.

Cuando se hallaron en cubierta, Wilson, fríamente, ordenó:

—¡Atención! Dispuestos a lanzar los torpedos. Que cada cual fije bien su zona de tiro.

Ordenó dar marcha adelante, y audazmente se filtró por la brecha abierta en la red. Cualquier desviación, cualquier movimiento inevitable del oleaje que le apartase de la recta, podía llevarle a chocar contra la red y quedar aprisionado en ella, si no hacía saltar junto al casco alguna de las minas de protección.

Y enfiló la bahía audazmente. Era imposible descubrir los submarinos para fijar el blanco, y sólo se podía guiar por las indicaciones de sus hombres, pero entre sus tubos lanzatorpedos y los del resto de la flotilla cubriendo un radio de acción de regulares dimensiones, lograrían algunos blancos indefectiblemente.

Cuando llegó el momento en que juzgó suicida avanzar más, dio orden de parar los motores y se dispuso al ataque. No muy lejos, captaba el rumor sordo de las lanchas motoras de patrulla, y en cualquier momento podía entrar en la zona de su vigilancia y ser descubierto.

Fieramente, ordenó:

—¡Disparad!

Los dos largos tubos vomitaron por su boca los dos torpedos, que salieron rectamente cortando las aguas y levantando una blanca estela que se podía descubrir a la luz de las estrellas. Como dos peces raros avanzaron cortando el agua, mientras Wilson gritaba:

—¡Atrás!

La orden fue como un vibrante clarín encendiendo la alarma frente a ellos. Varios disparos vibraron secamente anunciando que algo sucedía, y clamores de pánico se alzaron al ser descubiertos los torpedos. De repente la bahía se iluminó como en pleno día, y un haz de blanca luz envolvió la «Britania» en su retirada.

Pero nuevos torpedos hendían las aguas, buscando el blanco. La flotilla en pleno había lanzado su carga en un radio de acción bastante dilatado, y los largos proyectiles volaban inexorables hacia su presa.

La luz de los reflectores que giraban locamente desde lo alto de los cantiles y de las defensas, ilumino la trágica escena, al tiempo que ponía al descubierto a la osada flotilla que se apresuraba a retroceder. Los submarinos y el resto de los barcos refugiados en la bahía se destacaron violentamente, moviéndose no se sabía si para evitar los impactos o para iniciar la persecución, y se produjeron las primeras explosiones.

Dos submarinos, alcanzados en pleno costado, volaron por los aires como extraños pájaros destrozados en el salto. Fue algo espantoso ver cómo se desintegraban al elevarse alcanzados por los torpedos, y luego descendían en fragmentos para hundirse o flotar en las aguas, según su peso.

Y detrás, nuevas y terribles explosiones. Unos navíos eran alcanzados más o menos gravemente. La red protectora, atacada por uno de los torpedos, se agitó violentamente y varias minas explotaron, destrozándola y aumentando la magnitud del ataque, al tiempo que las baterías rompían sus fuegos buscando a las audaces lanchas que a toda máquina iniciaban la huida para ponerse lejos del alcance de los proyectiles.

Cuando los torpedos hubieron explotado, sólo los cañones de a bordo protegían la retirada, y en medio de la lluvia de proyectiles, algunos barcos que habían escapado a la catástrofe, se movían apresuradamente para intentar la caza.

Wilson, con apuros, había conseguido forzar de nuevo el paso saliendo a mar libre, pero los proyectiles de las baterías costeras empezaban a afinar su tiro y la lancha se veía rodeada de impactos que la dibujaban sobre el agua al intentar burlarlos.

Un rapidísimo cazatorpederos que había resultado indemne, forzaba sus máquinas para alcanzar la flotilla. Wilson le vio avanzar gallardamente, dispuesto a entablar pelea, y se dispuso a hacerle cara.

Pero no tuvo tiempo. Una de las minas acababa de chocar con la proa del audaz navío, y éste, encabritándose un momento como si intentase ponerse en pie, se levantó completamente, volvió a caer de costado y estalló en un impresionante y horrorosísimo rugir de sucesivas explosiones, para acabar convirtiéndose en nada.

Wilson apretó los dientes. Aquélla era la guerra, pero sentía compasión por los que caían en ella. Eran hombres como él, casi todos jóvenes y llenos de vida y de ilusiones, muchos tendrían padres, novias, hermanas que estarían rezando por ellos en tales momentos, implorando a Dios por sus vidas, y sus manos habían segado sus vidas inexorablemente sin siquiera emplear la gallardía de una pelea cara a cara y de hombre a hombre.

Y en aquel trágico momento, recordó a Elsa…

Un proyectil explotó en la proa de la lancha y dos hombres volaron destrozados en la explosión. La visión de sus cuerpos, desapareciendo velozmente de su mirada, le hizo rugir fieramente. Se creía un tonto al haber sentido compasión por los enemigos caídos. También los suyos caían, también eran jóvenes y tenían madres y hermanas, y sus contrarios posiblemente no pensarían en ellos con piedad. La guerra era así, y todo sentimentalismo en ella era vano.

Y fríamente, como si nada hubiese sucedido, se entregó a la labor de sacar su lancha de aquel infierno de proyectiles.

CAPÍTULO IV

PELEA DE ÁGUILAS

La flotilla consiguió distanciarse de las baterías y salir del foco luminoso de los reflectores, cuyos haces de luz se perdían en la lejanía denunciando el lugar de la tragedia. De momento, ningún otro barco iniciaba la persecución, pero Wilson no podía fiarse de ello ni congratularse aun del éxito. El telégrafo y la radio habrían funcionado ya, dando la alarma, y otros barcos de otras bases y las peligrosas escuadrillas de aviones alemanes habrían despegado de sus aeródromos para buscarles con saña y vengar la masacre realizada en la isla.

De momento, el objetivo estaba cumplido. No sabía cuántos submarinos había hundido o averiado, pero suponía que la mayor parte, y si el balance era favorable y su pericia y audacia, había pagado su contribución en sangre al ataque. Su lancha sufría graves daños y había perdido dos hombres, pero otra de las lanchas de la flotilla había volado materialmente al recibir un enorme proyectil de las baterías costeras.

No había acción sin sangre, y menos en una tan osada. Sus pérdidas eran insignificantes al lado de las del enemigo, pero no por eso, menos dolorosas y sensibles.

La calma y la obscuridad les rodearon. La tensión de nervios cedió, pero las lanchas surcaban la negrura del mar a toda marcha, ante el temor de nuevos e imprevistos ataques.

Wilson se previno contra ellos, y usando de la radie comunicó el éxito de su empresa y la necesidad de una cobertura aérea que le protegiese en caso de ser atacado por la aviación alemana.

La contestación fue rápida. Seis cazas y un bombardero despegaban de su base belga, y salían a su encuentro a darle escolta hasta el Canal de la Mancha.

Estaba próximo el amanecer, cuando un rumor lejano les envaró. Era el rumor inconfundible de unos aviones, pero nadie sabía si se trataba de los propios o de los enemigos.

El rumor fue aumentando hasta hacerse fieramente audible. Lo menos doce aparatos volaban por el cielo formando un amplio círculo dentro del cual quedaban encerradas las lanchas torpederas.

En la obscuridad aun reinante, era imposible descubrir su nacionalidad. Sólo se captaban las débiles luces de posición formando un carrusel de colores, blanco, verde y encarnado en la pizarra dilatada del espacio.

El teniente a las órdenes de Wilson, que con los anteojos de campaña en la mano se esforzaba en enfocar los aparatos, comentó:

—Capitán, me temo que esos pájaros no sean nuestros. Me parecen demasiados para formar una cortina de protección desde nuestras bases. Sospecho que el amanecer va a ser duro.

—Lo aguantaremos, James. Si no son nuestros, los nuestros habrán de aparecer pronto. Seguramente que aun tendremos una segunda parte de lucha.

—Muy dura y dramática, si los nuestros son menos. Los alemanes poseen mejores aparatos.

—Bueno, pero nuestros pilotos tienen más corazón para usar los suyos. No son autómatas en la lucha, sino hombres.

El oficial no contestó, y volvió a echarse los prismáticos a la cara para tratar de captar las siluetas de los zumbadores aparatos, que, a gran altura, seguían formando su trágico círculo.



...se había producido un gran revuelo al saberse la desaparición del herido...

Y amaneció. Una claridad lechosa se expandió por la ondulante superficie del agua, mientras el sol rompía por la curva de Oriente en una explosión de matices de incendio.

Fue entonces cuando al planear los aparatos y descender estrechando el círculo, con los prismáticos pudieron descubrir en las alas de los temibles aviones la cruz gamada alemana.

Ya no bahía duda alguna sobre la nacionalidad de los aparatos. Eran nueve y formaban una rueda que muy pronto empezaría a vomitar la muerte sobre la flotilla de lanchas.

Wilson, serenamente, cursó rápidas órdenes, y se dispuso a aquella lucha desigual en la que llevaban todas las desventajas.

Los aviones eran siete cazas, y dos bombarderos. Éstos maniobraron para situarse por encima de las lanchas y descargar sobre ellas el contenido mortal de sus alas.

Las lanchas, forzando sus motores, trataron de evadir el radio de acción de los bombarderos, en tanto los cañones eran elevados verticalmente buscando los aparatos para disparar sobre ellos.

Uno de los pesados aparatos se inclinó de ala y de él empezaron a descender en formación unos objetos negros y alargados que se iban sucediendo a medida que el bombardero seguía su avance. Eran una docena de bombas que buscaban los objetivos sañudamente.

Wilson se creyó perdido. Las bombas seguían la trayectoria de su lancha, que huía para salir de aquella red mortífera que le perseguía.

Uno a uno los proyectiles, al caer en el agua iban explotando. El mar parecía agitado en su seno por monstruos terribles que pugnando por subir a la superficie elevaban la masa líquida formando montañas de agua y abismos sin fin, y el terrible oleaje sacudía las ligeras lanchas, haciendo que se bamboleasen y se inclinasen de costado, con exposición de no poder enderezar el rumbo y hundirse en las simas abiertas por las bombas.

Milagrosamente, la «Britania», gracias a la ligereza de su navegar, pudo evadir el contacto de la bomba más próxima a ella. El mortífero aparato, al estallar, produjo tal conmoción en la nave, que ésta pareció salir desplazada del agua, y un par de tripulantes mal asegurados contra la expansión, salieron proyectados por la banda, cayendo al agua.

La «Britania» logró enderezarse, y Wilson, fieramente, ordenó disparar sobre el bombardero que pesadamente intentaba elevarse.

Los dos cañones abrieron fuego contra el aparato. Los proyectiles le dibujaban en su vuelo ascendente, buscándole con saña, y cuando parecía que iba a salir del radio de acción de los cañones, se estremeció en el aire como sacudido por una corriente

eléctrica, y una de las alas desapareció como tragada por el espacio.

El avión, con una velocidad de vértigo, perdida su estabilidad, cabeceó, se inclinó de proa hacia abajo, y empezó a descender vertiginosamente, trazando una espiral.

Fue algo terrible ver cómo desaparecía hundido en las aguas con un estruendo de tormenta. El soberbio aparato que minutos antes sembraba la muerte, acababa de caer envuelto en su manto para siempre.

Un ¡hurra! Estruendoso, acogió la hazaña, pero pronto el entusiasmo se trocó en pánico. Los cazas, formando círculos estrechos, empezaban a descender buscando las lanchas, y sus terribles ametralladoras tableteaban fieramente en sus trágicas pasadas, marcando la estela de su paso con los destrozos que la lluvia de proyectiles ocasionaba en las lanchas.

Éstas les recibían con el tableteo de la misma clase de armas, y el estruendo que producían los motores, unido al de las armas automáticas, era ensordecedor, y nadie podía captar una orden por potente que se dictase.

Los pequeños navíos se revolvían velozmente tratando de burlar el asedio de los cazas, pero sus pilotos eran lumbres duchos que sabían manejar los aparatos con pericia, y a pesar de la velocidad que empleaban en sus ataques, sabían evolucionar en un espacio reducido para virar de nuevo y volver al ataque despiadadamente.

Wilson, sabiéndose en grave riesgo, había tomado por sí propio él uso de una de las ametralladoras, y con terrible sangre fría no perdía de vista un solo momento el caza que se había obstinado en hundirle, y le hacía frente cuando bajísimo, formando terribles remolinos de aire al cruzar veloz por encima de la lancha, vomitando plomo encendido, le enfilaba con su ametralladora, y girando sus férreos brazos le seguía en su huida disparando sobre él.

Por dos veces, la lluvia de proyectiles le había dibujado al pasar el avión, y por dos veces, sin que le temblase el pulso, había seguido su vuelo con la máquina rugiente entre sus manos, buscando sus puntos vulnerables.

La cola del caza, alcanzada en la última pasada, saltó. El aparato, empezó a describir giros extraños en el vacío, y una estela de humo denso y negro siguió su paso como una extraña cola que le hubiese brotado de repente sin saber cómo. El avión, tocado

gravemente, trato de alejarse a toda marcha, aunque se podía prever que su sostenimiento en el aire seria brevísimo.

Pero la lucha continuaba tenaz, y el peligro de los que quedaban en liza reclamaba más atención que la de seguir en su agonía al aparato siniestrado.

Wilson se disponía a seguir repeliendo los ataques, cuando en el horizonte se dibujaron las siluetas de nueve veloces aparatos que surgían por la parte Sudoeste. El joven capitán lanzó un grito de júbilo, y bramó:

—¡Los nuestros!

Pero ya la escuadrilla alemana se había dado cuenta del peligro que se le echaba encima, y abandonando a las lanchas se elevaron, tratando de reunirse en línea de combate para hacer frente a los recién llegados enemigos.

Éstos, a toda marcha, se habían lanzado sobre ellos, ferozmente, y una terrible batalla aérea se entabló por encima de las lanchas torpederas.

En éstas nadie se atrevía a seguir disparando por temor a alcanzar sus propios aparatos en aquella zarabanda trágica en que la muerte iba a tener aquel día un soberbio festín para saciarse.

Con ojos desorbitados, todos, en cubierta, seguían ávidamente los incidentes del encuentro. Los aparatos de la «Luftwaffe» llevaban ahora la peor parte, y mientras el bombardero trataba de salir de aquel círculo de muerte protegido por sus cazas, los aliados se lanzaban sobre éstos, destrozando su formación y escupiendo metralla por las crepitantes bocas de sus ametralladoras.

Un caza alemán explotó como una granada en el aire. Alcanzado en el motor, fue algo apoteósico verle desaparecer del campo de la lucha, mientras otros averiados cabeceaban, tratando de planear para no caer en barrena y seguían disparando heroicamente basta perder las últimas posibilidades de defensa.

El combate fue breve. A una señal, los aparatos alemanes viraron en redondo tratando de huir hacia la costa, en tanto los aparatos aliados intentaban cortarles el paso.

El ultimo caza alemán que emprendió la huida, pasó zumbando por encima de la lancha de Wilson, cuando dos aparatos enemigos le atacaban como despedida. El avión, alcanzado mortalmente, empezó a perder estabilidad, y cuando amenazaba hundirse, algo se

desprendió de él y empezó a caer vertiginosamente, para después detenerse en el vacío, como si manos invisibles hubiesen tirado de él desde arriba.

Una enorme rosa blanca se abrió en el cielo azul y colgado de ella, un cuerpo se balanceó suavemente en el espacio.

El aparato cayó de punta, hundiéndose en el mar a no gran distancia de la «Britania», mientras el único superviviente del avión bailaba en el espacio, debajo de la enorme rosa blanca de su paracaídas que iba descendiendo graciosamente en vaivenes rítmicos.

Docenas de ojos le seguían con cierta emoción. Los aviones aliados giraban sobre él sin disparar, mientras en las lanchas torpederas esperaban su caída al mar para intentar recogerle.

Un silencio impresionante que sólo era turbado por el ronco zumbar de los poderosos motores, había sucedido al tableteo siniestro de las ametralladoras, y todos los ojos estaban pendientes de aquel muñeco humano, que, suspendido en el aire, parecía el símbolo de la tragedia.

Con los prismáticos delante de los ojos, el segundo de la «Britania» seguía atentamente el descenso del piloto alemán. Parecía muy intrigado con él y no apartaba sus cristales del paracaidista, como si su odisea fuese algo que le fascinase.

De repente, dejó caer los prismáticos que quedaron pendientes de la correa que pasaba sobre su hombro y llevó la mano al costado tirando del revólver y tratando de disparar sobre el suspendido piloto. Wilson, extrañado de su actitud, saltó sobre él, desviando el disparo, al tiempo que rugía:

—¡Quieto! Eso es un asesinato que…

—¡Cuidado! —clamó el teniente, empujando con fiereza a Wilson y arrojándole junto a la cabina de mando.

En aquel momento, algo empezó a tabletear, y del cuerpo del piloto, que descendía muy próximo a la lancha, se desprendió en rápida sucesión, el ininterrumpido rosario de proyectiles de un fusil ametrallador que llevaba pegado al brazo.

Wilson se revolvió rabioso, y fue el primero en reaccionar contra el bravo piloto, que aun en aquellas condiciones no renunciaba a la pelea ni se entregaba sin lucha, y su revólver le buscó fieramente en el vacío.

Súbitamente, el mortífero aparato cesó de ladrar, desprendiéndose de manos del aviador y cayendo al mar. Luego, el cuerpo encogido siguió descendiendo hasta tocar el agua, en la que se hundió verticalmente arrastrando detrás de él la seda del paracaídas que, como una enorme seta, quedó hinchada sobre la superficie del mar, sirviendo de sudario al suicida piloto.

Wilson se levantó de cubierta, pasándose la mano por la sudorosa frente, y dirigiéndose a su segundo que se hallaba pálido como un muerto, exclamó:

—Gracias, James. Me ha salvado la vida. ¡Y pensar que quise ser tan grotescamente humano que pretendí salvar su vida a costa de la mía! Ésos no merecen la menor piedad ni aun cuando la muerte les esté rozando con sus alas.

La pelea había terminado. Lejos, apenas si se descubrían los diezmados aparatos alemanes en franca derrota, y sobre las lanchas seguían volando victoriosos los aviones protectores. Eran las «Arañas Negras», los incipientes «P. 38» recién puestos en línea, a los que un obrero norteamericano había bautizado con el nombro de «Arañas Negras», por su color fúnebre y su parecido con las célebres arañas de su país.

Las banderas inglesas les saludaron desde las cubiertas dándoles las gracias por su ayuda, y la radio empezó a funcionar.

Wilson dio cuenta de lo sucedido, y el jefe de la escuadrilla se ofreció a seguir dándoles escolta hasta alcanzar las costas francesas, en previsión de un nuevo ataque y en atención a que todas las lanchas habían sufrido desperfectos a causa del combate.

Ninguna se había hundido —aparte de la que voló— pero los destrozos causados por las ametralladoras de los cazas eran grandes, aparte de que contaban con algunas bajas sensibles.

Una docena de muertos y catorce heridos era la contribución pagada por la flotilla torpedera en aquella doble pelea, pero el objetivo estaba cumplido con creces, pues a más de la voladura de los submarinos y del destrozo de sus defensas navales, les habían infringido una seria derrota aérea y les habían abatido algunos de sus soberbios aparatos.

Mientras se atendía a los heridos, las lanchas se reagruparon y emprendieron rumbo al Paso de Calais, para regresar a Dover. Wilson debía dar cuenta de su misión, evacuar los heridos y hacer

reparar sus lanchas, en malas condiciones de seguir actuando. Aquella primera peligrosa misión la habían cumplido fielmente y esperaba que nuevas órdenes le enviasen a seguir intentando objetivos de aquella envergadura.

Bordearon la costa francesa, cuando una mañana aparecieron en el cielo varias escuadrillas de cazas, ligeros como golondrinas, que, en perfecta formación, avanzaban con dirección a la costa francesa. El primer temor de Wilson fue que se tratase de los soberbios aviones alemanes, pero pronto desechó el temor al observar que la escuadrilla que les daba escolta permanecía insensible y en perfecta formación.

Hasta que, de repente, sobre la comba del mar empezaron a surgir navíos que a toda marcha avanzaban y se agrandaban formando una masa compacta. Wilson, con su catalejo empezó a abarcarlos con emoción, comprobando que se trataba del convoy del que su jefe le había hablado, y que a toda máquina se dirigía a Francia con hombres y pertrechos de guerra para aumentar la resistencia.

Eran docenas y docenas de barcos de transporte, en línea ininterrumpida. Uno a uno iban surgiendo por la comba del agua, como si manos invisibles les sacasen del fondo del mar, y Wilson se asombró de la cantidad que ya era imposible contar.

Junto a ellos, empezaban a surgir también los navíos de escolta. Destructores, lanchas torpederas, caza submarinos, dos fragatas y un airoso crucero de tipo moderno, mientras que, como osado techo, nuevas escuadrillas de aviones de varios tipos formaban una media luna en el espacio, sirviendo de cobertura al inmenso convoy.

La flotilla siguió avanzando por uno de los costados del convoy pasándole por babor. Wilson observó cómo oficiales y soldados se agrupaban en las bordas para verles pasar, examinando los destrozos de sus pequeñas pero audaces naves.

Luego, el convoy fue quedando atrás, mientras ellos seguían hacia Dover. La escuadrilla que les escoltaba viró graciosamente en el vacío para unirse a las escuadrillas protectoras del convoy, y un último saludo de despedida llegó por radio desde el avión del jefe de la escuadrilla.

—Buena suerte y enhorabuena, capitón Hopkins.

* * *

Cuando la audaz flotilla dio vista a Dover, una multitud enfebrecida les esperaba en el puerto. Se había corrido la voz de su llegada, y nadie ignoraba la heroica proeza de aquel puñado de marinos ingleses que, siguiendo la tradición, habían sabido enaltecer la audacia y la moral de su patria.

Wilson se apresuró a presentarse al jefe naval de la base. El jefe le ofreció su mano, y, estrechándosela con fervor, dijo:

—Enhorabuena, capitán Hopkins; ha cumplido usted, como yo esperaba, su difícil misión.

—Gracias, señor, pero no sin bajas sensibles. No pude evitarlas.

—Lo sé. Nadie contó con que fuese un paseo, pero el objetivo está cumplido, y el sacrificio de vidas no ha sido estéril.

Wilson se dispuso a dar cuenta de cómo había desarropado su misión, y al terminar agregó:

—No puedo precisar los destrozos, señor, pero tengo la seguridad de haber hundido dos submarinos y un cazatorpederos que intentó perseguirnos… De lo demás…

—De lo demás, yo le diré. Al día siguiente se tomaron fotografías, y se bombardeó terriblemente la isla. De todos los navíos que allí se refugiaban no ha quedado ninguno, pues entre los que usted hundió, que fueron más de dos, y los que dejó averiados y los que más tarde nuestros «Wellington» acabaron de hundir, no ha quedado ni uno, aparte de que se destrozaron casi todas las defensas de tierra y ya no podrán usar la isla como base en mucho tiempo, ha sido un rudo golpe para el orgullo alemán que lo han encajado muy mal. Tan mal, que en represalia su aviación está bombardeando todo lo que encuentra a su paso como una compensación al golpe sufrido.

»Ahora, mientras sus lanchas son repararlas, puede tomarse unos días de descanso. Se lo ha ganado usted y sus hombres, y es justo que así sea. En cuanto a lo demás, el Alto Mando ya tiene informes de su hazaña. A su debido tiempo obtendrán ustedes la recompensa merecida.

—¡Muchas gracias, mi coronel! —dijo, conmovido, Wilson—, pero para un marino inglés la mejor recompensa a recibir es la satisfacción del deber cumplido.

—Conformes, pero el cumplimiento de ese deber satisfecho debe

llevarlo reflejado en su pecho, dentro como una satisfacción patriótica, y fuera como un emblema para que los demás señalen al héroe que se jugó su vida para defender la de los demás. Es usted soltero, ¿no?

—Así es, mi coronel.

—Pero tiene padres.

—Sí, están en Escocia, en una granja que poseen.

—Entonces, creo que en este tiempo de licencia podría acercarse a saludarles y volver.

—Gracias, pero no quiero hacerlo. Sé que se emocionarían de alegría abrazándome de nuevo, pero sé también que el dolor de la próxima partida sería fatal para ellos. Prefiero esperar.

—Como usted quiera, capitán. Quizá tenga razón por ellos y por lo que podía influir en su ánimo esa visión de sus viejos atribulados diciéndole adiós con lágrimas en los ojos. Descanse, y en su momento volveré a llamarle.

Wilson se retiró a un hotel de la capital a gozar de la pequeña vacación que le habían concedido, y aunque se sentía altamente satisfecho, algo amargaba su éxito. Era el recuerdo de Elsa, que no se apartaba un momento de su imaginación.

Y cuando al día siguiente, al levantarse, adquirió algunos diarios y descubrió en ellos su retrato y el relato de sus hazañas a grandes titulares, aquella sensación de desasosiego aumentó. Sabía que la publicidad no quedaría encerrada en los ámbitos de la isla. Los espías alemanes ya habrían transmitido los detalles para señalarle como un enemigo peligroso, y seguramente en aquellos momentos, Elsa sabría de él por medio de aquella propaganda que le declaraba uno de los más peligrosos enemigos de Alemania.

CAPÍTULO V

UNA ENTREVISTA TIRANTE

Berlín había cambiado su tranquila fisonomía por algo tan belicoso, que al echar un vistazo por sus calles, sus paseos, sus hoteles y sus edificios públicos, más parecía que el frente de batalla estuviese allí que a muchos kilómetros de distancia, en tierras extranjeras.

Como el mando radicaba en la capital de la nación, allí afluían los jefes y oficiales de todas las armas, allí se daban las órdenes para nuevas y audaces operaciones, y por allí desfilaban batallones, y batallones, carros de combate, cañones, amunicionamiento y todo el colosal tinglado de la Intendencia, que era algo de lo más complicado y difícil de toda la guerra.

Y también en Berlín se habían establecido algunos hospitales, adonde eran trasladados los heridos del frente, al menos aquellos que podían soportar las fatigas de combate, bastante tiempo hasta su total reposición… si se reponían.

La vida civil también había sufrido una transformación total. El patriotismo por un lado, las tajantes disposiciones por otro, y las colosales necesidades de aquella campaña, exigían la aportación de todos, y así, los que no rendían utilidad en talleres, fábricas o minas, cuando laboratorios, se veían obligados a hacer algo beneficioso en favor de la guerra.

Por ello, muchas jóvenes de buenas familias, cuya ociosidad hubiese parecido una deserción patriótica, se habían inscrito en la Cruz Roja para atender a los heridos en los hospitales, y unas habían marchado hacia los frentes, y otras quedaban en Berlín, atendiendo a los evacuados que empezaban a llenar hospitales y

hoteles de la ciudad.

Elsa había sido de las primeras en ofrecer sus piadosos servicios a sus heroicos compatriotas. El hecho de ser su padre fabricante de tractores para el ejército y tener un hermano aviador, parecía obligarle más que a nadie, y de momento, había sido destinada al improvisado hospital establecido en el Hotel Explanada, en el que se albergaban centenar y medio de heridos.

Elsa grave, silenciosa, modesta, trocadas sus galas femeninas, que tanto la realzaban, por el uniforme azul y sencillo de enfermera, sus tocas blancas y el aire cansado de tanto batallar con la muerte, le habían transformado, pero no por eso había perdido sus encantos, sino que los había realzado humanamente con las galas naturales que no necesitaban de artificio para patentizar su belleza y su juventud.

Lo único que había cambiado era su carácter alegre y atrayente. Ahora era una mujer seria, callada y triste, que se entregaba de lleno a su piadosa tarea sin regatear el más mínimo esfuerzo, y que se encerraba en un mutismo impenetrable, sin cambiar impresiones con nadie.

Desde el comienzo de la guerra sólo había visto a su hermano dos veces, y otras dos a Hugo. Éste se mostraba ferozmente agresivo, y como había tomado parte en varios combates aéreos y también en varios bombardeos de ciudades belgas, se sentía orgulloso de sus hazañas, y no perdía ocasión de relatarlas a quien quería oírlas.

La última vez que viese a Elsa, se empeñó en relatarle cómo había bombardeado una de las ciudades belgas, durante una noche de luna. Elsa, tensa, le prohibió seguir hablando de aquello. Luego, preguntó:

—¿Y mi hermano?

—En una base de Bélgica. Dentro de unos días me uniré a él, pues he venido en comisión de servicio. ¿Quiere algo para Guillermo?

—Nada. Que la suerte les acompañe a los dos, Hugo.

Éste quedó un momento dudando, como si no se atreviese a soltar algo que tenía en la punta de la lengua. Por fin, con la brusquedad que le caracterizaba, se decidió a hablar:

—¿Ha sabido usted algo de aquel fanfarrón marino de la

embajada inglesa?

Ella le miró entre sorprendida e inquieta, y contestó:

—¿Yo? ¿Por qué tenía que saber?

—Realmente, por nada… Acaso podía…

—Yo no. ¿Y usted?

—Yo, tampoco. Me prometió hazañas dignas de la Ilíada pero hasta ahora debe guardarlas inéditas, porque de haberlas cumplido, a estas horas sabríamos de ellas.

—¿Que le prometió eso?

—Sí. Tuvimos una despedida bastante agria, y nos desafiamos a buscarnos en los campos de batalla. Me juró que sabría de él por el eco de sus hazañas, y yo le prometí salirle al paso, si eso era cierto, para acabar con ellas. Hasta ahora, no he tenido ocasión de oír hablar de su persona. Acaso esté patrullando por los alrededores de la isla, esperando que vayamos en su busca.

—Hugo… ¿por qué me cuenta eso?

—Por nada. Ya sé que no se alegrará… que siente simpatía por él si no es algo más, y que los que como ye somos de su sangre y estamos dispuestos a perderla por usted y por la patria, no merecemos el mismo honor y el mismo sentimiento que un enemigo extranjero.

Elsa se sintió sublevada, y, mirándole fieramente, repuso:

—¡No tiene derecho a decir eso! Todo lo que me inclinaba hacia el capitán Hopkins, era una buena amistad y nada más. Y ya que habla así, le diré que no le ha conocido bien. Es y fue el primero en lamentar estas luchas terribles; me lo confeso el día que se despidió de mí y se sintió triste por la proximidad de una guerra que, cómo hombre, reprobaba, aunque como militar tuviese que aceptarla. Su deber le impondrá esas heroicidades como a usted su deber las suyas, pero él no lo hará con esa ferocidad que usted emplea al hablar.

—Claro, porque él se consideraba el vencedor. Porque desde el 14 nos miraba con lástima, si no con rencor, y nos cree unos diablos suicidas lanzados a una aventura tonta… Pero el día que la terrible verdad caiga sobre su cabeza, veremos si piensa igual.

—Está bien, Hugo. Si vino para hablarme también de Hopkins pudo habérselo evitado, porque para mí no existe. No pasó de ser un buen amigo, y la guerra ha matado incluso esa buena amistad.

—¿De verdad que es así, Elsa?

—Sí, pero no se haga ilusiones. Ni Wilson ni usted habían pasado de ser para mí simples amigos, y las cosas no van a cambiar porque él haya desaparecido de la lista. Primero, por ese motivo, y segundo porque ahora sólo pienso en la guerra, en mi patria, en mí misión y en los infelices dolientes puestos bajo mi cuidado. Espero que lo tenga en cuenta para lo sucesivo.

Él bajó la cabeza, y murmuró:

—Perdone, Elsa. Confieso que he estado siempre celoso de él, y que estos celos me han obligado muchas veces a manifestar mi animosidad de un modo brusco. Yo le ruego que me perdone mi exaltación.

—Perdonado, Hugo. Usted cumpla con su deber, y sólo piense en que es un aviador que se debe a su patria y que no puede complicar su vida y su corazón con cosas que le restarían libertad de acción y desprecio a la vida. No se lucha igual cuando se teme perder algo que queda detrás, que cuando uno sabe que lo único que puede perder es su vida y ésta le pertenece por entero, sin que nadie tenga derecho a reclamar su parte.

Hugo encajó la advertencia, y, despidiéndose de ella con un apretón de manos, dijo:

—Suerte, Elsa. Hasta la vista… si nos vemos.

—Suerte le deseo yo a usted también, y que se cumplan sus deseos de que volvamos a vernos… pero para hablar de cosas más gratas para todos.

Hugo volvió a su base, y Elsa continuó en el improvisado hospital, pero desde su conversación con el aviador, su rostro había adquirido un mayor tinte de tristeza.

Hugo había avivado aún más el recuerdo que tanto quería echar fuera de su alma, y ahora se le hacía insoportable por muchas razones. Una, porque pudiese ser que Hopkins extremase sus acciones destructoras para alcanzar aquella trágica celebridad que al parecer anhelaba, y otra, porque si así era, admitía que un día Hugo y él se enfrentarían en un duelo trágico, cuyas consecuencias nadie podía adelantar.

Al ponderar este problema, se preguntaba a sí misma qué interés le movía a preocuparse tanto por un hombre que si bien había sido su amigo y resultaba simpático y atrayente, a fin de cuentas era un

peligroso enemigo de su patria, y ella, como buena patriota, debía odiar a todos los que combatían a Alemania, no sólo por combatirla en aquel momento, sino porque durante casi un cuarto de siglo, desde su derrota anterior, habían pretendido asfixiarla sin darle un margen de respiro para proceder como nación libre.

Y al suponer que aquel interés pudiese encerrar un sentimiento de amor hacia él, se revolvía furiosa contra la idea. No; ella no podía amarle de ninguna manera, y no ya por las consideraciones de orden político a ponderar, sino porque humanamente aquella unión no podía verificarse nunca. Un océano de sangre y odios les iba a separar de allí en adelante, y mejor era no acordarse de que tal hombre había existido.

Y resueltamente se propuso darle al olvido, despreciarle, acusarle en su fuero interno de todo lo peor para encender el odio contra él y curarse de aquel interés que podía crecer aun contra su voluntad, adquiriendo caracteres que le aterraban.

Y para ello se sumió en el trabajo con más energía, con más violencia, dedicándole muchas horas del día para al final de cada jornada caer rendida, entregarse al pesado sueño y no pensar en nada que pudiese atormentarla aun más que le atormentaba la pesadilla de la guerra.

* * *

La lucha continuaba victoriosa para los ejércitos alemanes. Bélgica había sido rebasada brevemente, la Línea Maginot rota en pedazos, y Francia invadida; la aviación de la cruz gamada era la dueña del espacio, sembrando la destrucción y la muerte por donde paseaba sus armas triunfadoras, y sus submarinos, audaces, potentes, sin miedo a las poderosas escuadras contrarias, más poderosas que la suya, continuaban atacando convoyes, hundiendo barcos en la profundidad de los mares, destruyendo los planes de avituallamiento y refuerzos de sus enemigos, y empujándoles trágicamente hacia las costas para barrerles un día de Europa y confinarles en las islas inglesas o en el continente americano.

Los poderosos ejércitos motorizados teutones, no encontraban enemigos serios. Era una avalancha de hierro y acero que todo lo arrollaba y todo lo destrozaba bajo sus poderosas ruedas, y ya se hablaba entre los soldados de un seguro salto del Canal para invadir

Inglaterra y llevar al corazón de sus islas la garra poderosa de aquel ejército colosal que parecía hecho para no conocer la derrota.

La Luftwaffe desencadenaba sus ataques a las ciudades inglesas. Superior en calidad y cantidad a los aviones aliados, sus ataques apenas si podían ser interceptados, y aunque justo era reconocer que sus enemigos se batían bravamente, sus heroicos esfuerzos resultaban estériles ante una masa arrolladora como aquélla, que nadie sabía si podría ser contrarrestada algún día.

El ataque a los barcos que cruzaban el Canal de la Mancha, cada día se hacía más audaz. Inglaterra se sentía consternada por no poder limpiar sus mares de aquel peligro tan bochornoso, y por más quo se esforzaba en conseguirlo, los resultados eran mínimos. Ahora las costas belgas y francesas servían de nido a los submarinos alemanes, y el peligro se acercaba cada vez más a su propia casa.

Fue entonces cuando se hizo una escrupulosa selección de hombres duchos, duros y osados, para aquella misión. Había que desplazar media docena de los mejores caza submarinos que poseía Inglaterra, y ponerlos en manos de aquella media docena de hombres que, con absoluto desprecio de sus vidas, se dedicasen a la caza de los feroces tiburones; aquellos tiburones que también los alemanes habían entregado a hombres de corazón, y contra los cuales la batalla iba a ser muy dura.

Y Wilson fue uno de los escogidos para esta labor. Ya no interesaba que mandase su flotilla de lanchas torpederas, demasiado frágiles para la misión. Ahora se le iba a entregar un modernísimo caza submarinos, con ambiciosos propósitos.

«El fantasma del Canal», llamaban los marinos al «U. 3», uno de los más recientes submarinos alemanes lanzados a la tarea destructora. Si las estadísticas no mentían, el submarino fantasma había hundido ya en el Canal y sus aledaños más de ochenta mil toneladas, y se imponía la necesidad imperiosa de borrar del servicio activo a aquel insaciable tiburón de acero que amenazaba con cerrar aquel estrecho brazo de mar o convertirle en un inmenso cementerio de navíos y de hombres.

El barco que Wilson iba a mandar era una lancha «P T». de las varias cedidas por Norteamérica, una lancha de 23 metros de eslora, con una velocidad de 60 nudos, armada de cuatro cañones de tiro rápido, lanzatorpedos y cargas de profundidad; un navío

modernísimo, capaz de realizar hazañas sorprendentes en todos los mares.

Su radio de acción era de 2000 millas, y ésta autonomía le permitiría desplazarse en un perímetro extenso y poder cumplir su misión sin agobios de espacio y carga.

Wilson se sintió orgulloso de la nave que le había sido entregada. Después de varios días de prueba para hacerse cargo de todos sus secretos, y estar en condiciones de manejarla sin dificultad, se dispuso a lanzarse al mar en busca del temible «U. 3» alemán. Si conseguía localizarlo, o el submarino le localizaba a él, la lucha iba a ser digna de ambos rivales.

Pero Wilson estaba seguro de no dejarse sorprender. Aquellos modernos y magníficos aparatos llamados Fonodetectores, de que iba provista la lancha, eran más que suficientes para denunciar cualquier submarino a distancia, y ponerse en guardia para atacarle antes de que el osado tiburón tomase la delantera por sorpresa y hundiera la lancha.

CAPÍTULO VI

LA TORPEDERA «P T»

La lancha torpedera «P T» abandonó el puerto de Dover un anochecer de otoño del año 42, y se lanzó al Canal dispuesta a barrer sus aguas de los audaces navíos alemanes que interceptaban el tráfico.

No muchos días más tarde, se esperaba un importante convoy procedente de los Estados Unidos, y aunque éste traía una buena escolta, no estaba de más poder limpiar su paso de peligrosos obstáculos que costasen sensibles bajas.

Wilson recorrió el Canal en varias direcciones sin localizar huellas de submarinos enemigos, y cuando se convenció de que el famoso «U. 3» no operaba frente a las costas inglesas, decidió explorar el mar libre, saliendo al encuentro del convoy.

Bordeó las costas francesas, pasó frente a las españolas y se adentró en el Atlántico, buscando afanosamente las huellas de los tiburones alemanes.

Durante varios días, la calma fue absoluta. Nada turbaba la inmensa sábana movible del agua, y sólo algunos barcos neutrales se habían dado a ver de la intrépida lancha, lo que hacía presumir que más submarinos estuviesen operando en otras zonas para desorientarles.

Pero al séptimo día, el oficial que cuidaba de uno de los Fonodetectores cursó aviso inmediato a Wilson. Su aparato estaba captando la presencia de un submarino dentro de su radio de acción.

Inmediatamente toda la tripulación estuvo en pie de combate,

dispuesta a entablar la lucha. Fuese o no fuese el barco que buscaban, el caso era que se trataba de un peligroso submarino, y había que deshacerse de él.

Los artilleros prepararon sus cañones, atentos a hacerles vomitar la muerte a la más leve orden, y las cargas de profundidad estuvieron listas para ser lanzadas en el momento oportuno.

Un silencio impresionante reinó a bordo durante toda la maniobra. Wilson, junto a los aparatos registradores de sonido, seguía atentamente las indicaciones del oficial encargado de ellos, y cursaba las órdenes pertinentes para entrar en el radio de acción del submarino y atacarle despiadadamente.

Con su potente catalejo escudriñaba la tersura del agua buscando la presencia del enemigo, hasta que de la inmensa sábana azul surgió como un ojo extraño y casi invisible, el brazo del periscopio.

Y avanzaba recto hacia la lancha. De un momento a otro lanzaría su mortífero torpedo, y Wilson, con todos sus nervios en tensión, esperaba el ataque.

Súbitamente, algo alargado que iba rompiendo el agua en una estela espumosa que se alargaba a pasos agigantados, voló recto en busca de la lancha, y una orden seca partió de los labios de Hopkins.

—¡A babor!… ¡Un cuarto!…

La lancha, que había alcanzado la máxima velocidad que podía desarrollar, viró un cuarto de espacio, escondiendo el flanco para adquirir una nueva posición casi recta con dirección al atacante, y el destructor torpedo pasó como un meteoro a menos de diez yardas del costado de la lancha, perdiéndose en la lejanía a impulsos de su velocidad.

Pero un nuevo proyectil volaba ya, buscándole en su nueva posición. Wilson, angustiosamente, volvió a rectificar el giro del timón, y de nuevo la lancha viró airosa y veloz, escurriéndose del campo de tiro del nuevo torpedo.

Y era ahora cuando a toda marcha se lanzaba sobre el audaz enemigo, el periscopio desapareció de la superficie, del agua, como si el mar se lo hubiese tragado.

Pero allí estaban las cargas de profundidad dispuestas a no dejarle escapar. Los extraños proyectiles caían al agua

desapareciendo en su seno, y el mar adquiría por momentos el aspecto de una súbita e inesperada tormenta. Las cargas sacudían el compacto elemento, y su expansión se reflejaba en la superficie en tremendas olas artificiales que agitaban la nave en el flujo de sus violentos vaivenes; pero la lancha, perfectamente equilibrada, desafiaba aquellos embates, y giraba fieramente en un ancho radio de acción, lanzando las mortíferas y destructoras cargas en busca del invisible enemigo.

Hasta que, súbitamente, éste emergió a menos de un cuarto de milla por babor, tratando de escapar de los efectos destructores de aquel infierno de metralla. Surgió en la superficie como un caballo encabritado por la espuela, y sus tripulantes se dispusieron a vender caras sus vidas empleando el cañón de proa, con la ansiosa esperanza de poder alcanzar con él a la audaz lancha y hundirla.

Pero ya los artilleros de la «P T», atentos a su misión, hacían tronar sus cañones, y éstos empezaron a vomitar metralla sobre el estrecho y alargado casco del submarino, acribillándolo materialmente.

El tubo del periscopio saltó como arrancado por un vendaval, y la torreta blindada empezó a acusar el efecto de los proyectiles de acción rápida, mordiéndola ferozmente y retorciéndola, al tiempo que otros impactos perforaban la proa del navío.

La lancha giraba y avanzaba intrépida, acortando la distancia y haciendo más trágicos sus disparos, mientras el cañón del submarino, al segundo disparo, cesaba de tronar, aplastado por los proyectiles enemigos.

El acuciado navío, sin medios de defensa e imposibilitado de hundirse, trató de huir, pero su marcha, a pesar de ir equipado con motores Diesel, no podía exceda de los 18 nudos, mientras la velocidad de su enemiga alcanzaba los 60.

El ataque fue espectacular. El navío, agujereado por todas partes, empezó a escorar y a irse de lado. Luego la parte de proa se inclinó en el agua como si pretendiese clavarse en ella antes de dormirse sobre el vaivén de las olas, y por fin, en un brusco y trágico movimiento, empezó a hundirse rápidamente.

Sobre cubierta habían aparecido varios tripulantes aterrados, que levantaban los brazos y agitaban una blanca bandera de socorro.

Wilson había dado orden de cesar en el fuego, y esperó. Los tripulantes empezaron a arrojarse al agua, nadando desesperadamente para escapar de la fuerza de absorción del navío al hundirse, que podía arrastrarles hacia el sumidero por donde iba desapareciendo. Algunos consiguieron substraerse a aquella atracción mortal, mientras otros, incapaces de resistirse, eran atraídos hacia el casco como si tirasen de sus pies desde el agua y tratasen de impedir que salvasen sus vidas.

Solamente sobre la estrecha cubierta había quedado un hombre. Su uniforme azul, su blanca gorra y sus galones que relucían al sol de la tarde, le denunciaban como uno de los oficiales del barco. Impávido y sereno, con los brazos cruzados y los ojos clavados en la vencedora lancha, parecía más que un hombre una estatua que iba hundiéndose palmo a palmo dentro del agua, cuando ya la cubierta había dejado de verse.

Y en el momento en que el agua le cubría el pecho, levantó su mano derecha en un típico saludo alemán, y desapareció para siempre.

Wilson, entre emocionado y admirado, le vio borrarse de la superficie del agua, y un sudor frío invadió sus sienes. Enemigo o no, era un hombre, un marino y un héroe que había sabido ganar, y en el momento supremo, sabía perder. Se despojó de la gorra, saludando con ella, y murmuró:

—¡Era un valiente y un hombre de honor! Que Dios le acoja en su seno.

Ya las lanchas salvavidas habían sido lanzadas al oleaje para recoger a los supervivientes. Sólo eran cinco, que poco después eran izados a cubierta.

Wilson les examinó atentamente. No había muchachos jóvenes entre ellos, sino hombres ya medio maduros, rayando en los treinta y cinco años, hombres fuertes, duros, musculosos, de rostros bronceados, de ojos grises y negros que parecían contener dinamita dentro, y de barbas espesas que acusaban muchos días en la inmensidad del mar sin tiempo siquiera a rasurarse los rostros.

Todos llevaban sujetas por el barboquejo las gorras de plato, y en ellas, en una cinta azul con letras bordadas en oro Wilson descubrió el nombre del submarino hundido. Era el famoso «U. 3», «El fantasma del Canal».

Una alegría salvaje inundó todo su ser ante el éxito obtenido. Su instinto de humanidad quedaba dormido ante la gloria del servicio prestado. Los hombres caídos para siempre, aquel heroico comandante dejándose sepultar en el mar antes que encajar la derrota, todo quedaba borrado y olvidado ante el triunfo. El «U. 3» había sucumbido a sus manos, y el eco de aquella hazaña retumbaría de polo a polo en las naciones aliadas con un suspiro de alivio. Sus muertos estaban vengados.

No hubo ni preguntas por un lado ni lamentaciones por otro. Wilson dio orden de atender a los prisioneros como era noble con enemigos vencidos lealmente, y a toda prisa puso proa hacia Dover, pero antes el aparato de radio había lanzado a las ondas el aviso de triunfo. El «U. 3» había sido enterrado en el fondo del Atlántico, y la hazaña correspondía a un capitán inglés.

La llegada de la lancha a Dover fue algo apoteósico. La prensa se había hecho eco de la audaz, hazaña, lanzándola a los cuatro vientos. Aquel siniestro navío que tantas vidas y tantos barcos tenía a su cargo, yacía como un conglomerado de trozos de acero retorcidos en el fundo del mar, y el fantasma de la muerte le había envuelto lo mismo que él envolviera a tantos y tantos barcos como habían desfilado por delante de sus diezmadores torpedos.

Wilson tuvo que ser protegido contra las expansiones del entusiasmo popular y llevado con escolta a la comandancia, donde recibió efusivas y emocionadas felicitaciones. La hazaña había sido tan gloriosa, que ya el alto mando estaba estudiando la recompensa a conceder a Wilson y a sus bravos comandos.

Pero la guerra no daba pie a dormirse sobre los laureles, y los hombres útiles como él, eran los menos llamados a gozar de descanso alguno. La lucha exigía sacrificios y esfuerzos agotadores, y había que echar a la hoguera lo mejor que se poseía, para que ésta ardiese con fuego devorador.

Dos días más tarde era incorporado a una flotilla que debía salir en busca de un convoy que llegaba protegido por la 10.ª Flota Aérea, de la que formaban parte aviones ingleses, canadienses y norteamericanos.

Esta flota, recién creada, estaba prestando excelentes servicios, pues sus fuerzas se combinaban en cualquier momento disponiendo de los aviones más aptos y a mano de las tres naciones y con ellos

se formaban amplias y eficaces coberturas que habían conseguido disminuir en un gran porcentaje el número de convoyes atacados.

Más tarde, Wilson patrulló lejos del Canal a la caza de enemigos y subió al mar del Norte a atacar a su vez convoyes alemanes. Fue una labor continuada, tensa y eficaz, que acabó de cimentar su gloria y llevar los ecos de su nombre de un lado a otro de los campos de batalla.

Su retrato había sido publicado en infinidad de periódicos aliados, y ya algunos habían creado para él algunos honrosos sobrenombres, tratando con ellos de destacarle por encima de otros héroes que también habían alcanzado gloria y honores.

* * *

Y esta popularidad había traspasado el telón de hierro del campo de batalla para llegar al corazón de los estados mayores alemanes. Las hazañas de Hopkins habían sido registradas día por día y hecho por hecho en los archivos alemanes, y se estaba tratando de acabar con ellas, como Wilson había acabado con las glorias del «U. 3».

Un día, Elsa, que había sido trasladada a un hospital de sangre de Gante, se vio sorprendida por la visita de Hugo en el hospital. Hugo acababa de ser trasladado a una base aérea de la costa belga, y aprovechando un corto permiso obtenido después de muchas horas de vuelo y combates, no había resistido al impulso de visitar a la joven, no sólo por el placer de volver a verla, sino porque abrigaba el sádico placer de mortificarla hondamente. Estaba convencido de que pese a todo estaba enamorada de Wilson, y jamás lograría conseguir que aquel amor derivase hacia él, y quería cuando menos satisfacer sus celos provocando en el espíritu de la muchacha una inquietud patriótica que le hiciese sufrir las mismas penas infernales que él estaba sufriendo.

Elsa, ajena a las reprobables ideas del aviador, le recibió con alegría al comprobar que se hallaba en perfecto estado de salud, y ofreciéndole su mano exclamó:

—¡Oh, Hugo! ¡Qué placer más grande volver a verle después de tanto tiempo, y comprobar que las balas han respetado su vida!

—No pensará que he escatimado el esfuerzo de desafiarlas.

—Nunca pensé eso de usted ni de ningún alemán.

—Lo supongo. He tenido suerte y nada más, pero sepa que en mi hoja de servicios tengo anotados siete aparatos enemigos derribados, más los que he averiado, que no cuentan, y otras misiones.

—Me alegro. Hombres así hacen falta.

—¿Y para qué? La gloria es seductora, lo reconozco, pero cuando no va acompañada de otras compensaciones más íntimas, resulta bastante fría, Elsa. Hay glorias militares que se cambiarían todas juntas por alguna otra espiritual.

—Cuando se está en guerra, las espiritualidades deben quedar dormidas, Hugo. Hágase a esa idea.

—¿Ha conseguido dormir las suyas? —preguntó él, con intención.

—Completamente. Hay mucha sangre, mucho dolor y que el enemigo está a punto de sufrir la más grave esas cosas.

—Y sin embargo… ¿cómo anda usted de noticias?

—Las que circulan por aquí. Sé que nuestros ejércitos siguen su campaña triunfal en todos los frentes, y que el enemigo está a punto de sufrir la más grave derrota de todos los tiempos.

—Eso lo sabemos todos, pero hay cosas que cuando llegan aquí, mueren en los archivos militares. Por ejemplo: ¿Se enteró usted de que nuestro famoso submarino «U. 3», que había batido el récord de los hundimientos, fue hundido en el Atlántico hace algún tiempo?

—Algo he oído, pero no mucho.

—¿Sabe usted quién lo hundió?

Ella le miró alarmada. Había adivinado la saña puesta en la pregunta, y sintió un estremecimiento de angustia en todo su ser.

—No —murmuró.

—Vea el retrato del héroe. Lo encontré en estos diarios ingleses cogidos a algunos prisioneros.

Le mostró varios diarios que sacó del pecho. En ellos, la atrayente figura de Hopkins, alegre y sonriente, vistiendo su glorioso uniforme de marino, aparecía reciamente como lo que era.

Elsa, adivinando la torpe intención del aviador, le devolvió los diarios con pulso firme, y con ellos, el dardo, diciendo:

—Gracias por la información, pero me hubiese interesado más ver en esos periódicos su retrato con los mismo, o parecidos epígrafes.

Hugo se mordió los labios de rabia, y con su carácter impetuoso, exclamó:

—¿Es que duda de que me falten condiciones para hacer cosas parecidas?

—Yo no dudo de nadie. Le digo que como alemana, me hubiese gustado más ver su retrato y el de otros héroes nuestros, que ése. A fin de cuentas, ha cumplido con su deber, y puesta en razón no debo censurarle. Cuando el comandante del «T. 3» hundía barcos o segaba vidas, era un héroe; si él ha acabado con el héroe nuestro, para los aliados, Hopkins es más héroe aún… ¿No es ésta la lógica?

—Sí es lógica, para usted. Otra hubiera destrozado ese retrato.

—Yo no, pero no ando lejos de sentir ganas de despreciar a quien cree mortificarme con estas pequeñeces que dicen muy poco en favor de quien las emplea. Creí que mis sentimientos íntimos, si los tengo, eran míos y no pertenecían a nadie: por lo visto, usted cree que son de su propiedad, y trata de herirlos. Mal sintonía para quien, anhelando una cosa, lo que hace es enterrarla más.

—¡Oh!… ¿Es que cree que me he hecho ilusiones sobre eso?

—No lo sé, pero en cualquier caso, escúcheme. Yo le recibo y le recibiré con gusto siempre que venga a verme, y hasta le deseo toda la suerte y la gloria que puedo desear a un militar alemán, pero si ha de hacerlo para tratar de mortificarme, cosa que no logrará a pesar de todo, sentiré mucho no volver a recibirle. Espero que se aprenda bien esta lección.

Él se sintió abatido por las enérgicas palabras de Elsa, y cesando en toda acritud, rogó:

—Perdóneme, Elsa. Entre la nerviosidad de las batallas y la desesperanza que su desdén me produce, siento que mis nervios están desquiciados. Creo que no exagero al decirte que más de una vez me he lanzado suicidamente sobre los aparatos enemigos, no sólo para destrozarlos, sino con la ilusión de que me destrozasen a mí al tiempo, y acabasen con este tormento. Cada día que pasa la amo más, y cada día siento más odio hacia ese hombre. Estoy tratando por todos los medios de localizarle para lanzarme sobre él a vida o muerte, y el Destino me está negando ese placer salvaje. Quizá esto, si lo consiguiese, acabase de hundir todas mis esperanzas de ablandar su corazón, pero al menos me cabría el placer salvaje de saber que lo que no ha de ser para mí, no lo será

para un rival y un enemigo de mi patria.

—Creo poder afirmarle que aunque no consiga ese placer sádico, no será para él mi corazón… como no lo será para usted tampoco. En este aspecto seré inexorable, y creo que cumplo con un deber de conciencia que nadie me puede discutir.

Y fríamente dio por terminado el amargo diálogo.

CAPÍTULO VII

COMANDOS EN LA NOCHE

Habían transcurrido varios meses. Y por aquéllos, puestas en servicio por los alemanes. Su dominio de toda la costa francesa establecía un terrible cerco contra las islas tan próximas, y habían iniciado el lanzamiento de proyectiles dirigidos, que partían de ocultas plataformas instaladas en las costas normandas, y que harían innecesario el sacrificio de aviones y pilotos, ya que con aquellos proyectiles lanzados a través del Canal se podía bombardear Inglaterra, destrozándola. Los aviones de observación habían volado arriesgadamente por todo el litoral, tratando de descubrir las trágicas plataformas para bombardearlas, y aniquilar las instalaciones, eliminando el peligro, pero debían estar muy bien ocultas, pues las fotografías tomadas a costa de terribles peligros, no revelaban nada.

Y sin embargo, se tenían sospechas de ciertos lugares de emplazamiento, pero a pesar de haber derramado sobre ellos toneladas de bombas, las plataformas seguían funcionando, y los proyectiles volaban hacia la costa inglesa bombardeando ciudades al azar, aunque con ello no consiguiesen objetivos militares, pero sí objetivos de desmoralización que en su día podían derrumbar estrepitosamente la moral del pueblo y provocar la rendición.

El Estado Mayor aliado, lleno de consternación, aunque conservando la serenidad castrense que exigía el momento, estaba estudiando la manera de localizar alguna de aquellas trágicas plataformas, así como los cañones o medios de lanzamiento, y tras muchos estudios sacaron la conclusión de que sólo empleando un

procedimiento audaz y desesperado, se podría quizá lograr algún informe.

El plan desesperado era sacrificar quizá un par de cientos de comandos como medida extrema, e iniciar un desembarco que, por audacia, consiguiese llegar hasta el emplazamiento de las rampas; volar alguna si era posible, y adquirir datos que sirviesen para acciones sucesivas. Cuando se descubriese como estaban emplazadas y cómo se podía llegar a ellas, sería el momento de poder organizar una ofensiva eficaz y a fondo.

Y la suerte hizo que Wilson fuese el escogido para intentar aquella proeza. El joven marino no hizo la menor objeción a la adjudicación del servicio, pero pensó un poco amargamente que iba a pagar el precio de la gloria conquistada, pues el proyecto era tan descabellado, qué sólo un milagro podía sacarle con bien de la empresa.

Pero fiel a la disciplina, se dispuso a cumplir su deber Para eso era un capitán de comandos, y para eso se había distinguido en misiones de las más difíciles y peligrosas que se podían haber encomendado a nadie. Cuando recibió de manos de su jefe todas las órdenes a cumplir, y se le designó las lanchas de desembarco y los hombres que debían acompañarle, Wilson se limitó a hacer un signo afirmativo con la cabeza, y después, dijo dirigiéndose a su jefe:

—¿Puedo pedirle un favor, señor?

—Claro que puede pedírmelo, si es algo que no se sale de la disciplina.

—Se trata de esta carta —manifestó, tendiéndosela—. Le rogaría que la hiciese llegar a manos de mis padres, si… la suerte no nos ayudase lo necesario para regresar de nuevo.

El jefe, tratando de contener su emoción, guardó la carta en el bolsillo de su uniforme, diciendo:

—Le siento, capitán Hopkins, pero no había otro remedio. Entre todos nuestros comandos usted es el más capacitado y el que posee más recursos para salir airoso de esta difícil prueba, aunque no abriguemos muchas ilusiones sobre el éxito. Es un dolor tener que enviar hombres al sacrificio, pero la seguridad de la patria y la de millares de nuestras familias, entre las cuales puede incluir a sus padres, así lo exigen, haré entrega de la carta si la fatalidad así lo exige, y no sabe el inmenso placer que sentiré si debo devolvérsela

sin mandarla a su destino.

—Gracias, señor. No me quejo, y voy gustoso adonde se me señale. Me excederé hasta donde mis fuerzas y las de mis hombres den de sí, y ojalá seamos tan afortunados que consigamos prestar ese servicio a la causa aliada.

—Muy bien. Esta noche partirá con su flotilla. Nadie sabe a dónde van, ni debe saberlo. Aquí en este sobre que abrirá usted a las seis de la mañana, lleva la indicación de la ruta y el objetivo a cubrir. Apréndaselo de memoria, haga pedazos la orden, y después, cumpla su deber como mejor pueda.

Se estrecharon la mano con emoción, y Wilson abandonó la comandancia.

Un alegre sol de otoño brillaba en el cielo, y el joven marino respiró con fruición el aire cargado de sal que soplaba mar adentro. Encogía el ánimo pensar que cuando la Naturaleza sonreía alegremente y la vida parecía más bella y emotiva, misiones tétricas de aquella envergadura levantasen el espectro de la muerte ante existencias plenas de virilidad, nacidas para algo más bello que la destrucción y la ruina.

Pero así era la guerra, y así había que tomarla, y él, cono marino y patriota, era el menos llamado a hacer consideraciones de aquella especie y a calibrar el valor de su vida si el sacrificio podía significar vida también para millones de seres.

Para levantar su ánimo y hacerle vibrar, no tenía más que tender la vista en derredor, y ver las ruinas producidas por aquellos arteros artefactos, y pensar en los cientos de mujeres y niños infelices sacrificados a aquella destrucción estéril y sistemática. Sólo aquello bastaba para encender su sangre y lanzarle fieramente a la pelea. Podida caería seguramente, pero llevaría su audacia y su heroísmo hasta el sacrificio, para cumplir la misión que le habían confiado y localizar aquellas diabólicas trampas de la Muerte.

Armella noche partió con su flotilla de desembarco. Llevaba a sus órdenes ciento veinte hombres, todos bravos, curtidos en los combates, muchos con cicatrices recién curadas y la visión de la tragedia aun en sus pupilas, pero todos fuertes, animosos, luchadores y patriotas hasta el sacrificio.

Ninguno sabía aún su misión, pero nadie hizo pregunta alguna. Irían adonde el deber les dictase, y cumplirían su misión con la fe y

la valentía con que habían cumplido otras.

A la hora que le había sido indicada. Wilson rompió los lacres del sobre y leyó atentamente las instrucciones que en él se le daban. La orden era aprovechar la obscuridad de las noches sin luna e intentar un desembarco en St. Valery, donde se sospechaba se había construido una rampa lanzadora de bombas volantes. Se acompañaba un pequeño plano del litoral. El poblado se hallaba al otro lado de una pequeña ensenada bastante metida entre la geografía costera de la región, y la rampa, se calculaba situada a unas dos o tres millas a la derecha del poblado.

Por una fotografía que se adjuntaba, supo de las defensas levantadas para o proteger la rampa. Dos casamatas de cemento con cañones de largo alcance, separadas entre sí unas doscientas yardas y algunos nidos de ametralladoras para cruzar sus fuegos de un lado al otro.

Una verdadera red defensiva, casi imposible de franquear. Solamente una posibilidad contra mil de atravesar en la obscuridad, pero difícil de volver a atravesar de regreso, después de encendida la alarma.

Pero no debía pensar en lo de después, sino en lo del momento. Que la rampa quedase destrozada y luego, que Dios dispusiese el premio o el castigo, que tuviesen merecido.

Rompió las instrucciones en pedacitos, arrojándolas al agua, y se guardó el mapa y la foto, muy útiles para el instante del desembarco. Se le marcaban exactamente los grados y las alturas, que debían servirle de guía para en plena noche poder acercarse a la costa con las máximas garantías de no errar el sitio.

Durante el día navegó costeando las islas para no llamar la atención, como si estuviese patrullando de vigilancia, pero cuando el manto de la noche se tendió sobre el mar, después de dar las órdenes pertinentes a la flotilla, puso proa al lugar del desembarco, navegando a baja presión con todas las luces apagadas y cuidando de que no se escapase el más leve resplandor a bordo.

Eran las tres de la mañana cuando los aparatos de radar indicaban la proximidad de tierra a una distancia de media milla. En la negrura de la noche era imposible distinguir la costa, pero los aparatos la fijaban exactamente, y no había peligro de desorientarse.

Wilson consultó los aparatos de ruta, la altura a que se encontraban y todos los detalles precisos para acercarse al lugar escogido, y adelantando su lancha hacia tierra a la velocidad adecuada para que los motores no denunciasen su presencia, se detuvo a unas sesenta yardas, y el resto de la flotilla le imitó.

Luego, en silencio, como un ejército de fantasmas, las estrechas y rápidas lanchillas de desembarco fueron lanzadas al agua, y aquel puñado de valientes puso proa a tierra pertrechados y armados hasta los dientes de fusiles ametralladores, granadas de mano que rodeaban sus cinturas, repuesto de proyectiles, sacos con provisiones y varias ametralladoras portátiles, así como sus armas ligeras.

Una potente carga de dinamita era también portada para intentar la voladura de la rampa. No era solamente necesario localizarla, sino destruir la instalación, evitando su seguro funcionamiento.

Las lanchillas, impulsadas lentamente, se fueron aproximando a tierra, hasta que las primeras perdieron fondo yendo a encallar en la arena batida por el oleaje.

Los primeros comandos saltaron a tierra arrastrando las lanchas fuera de la resaca, para que el mar no se las llevase. Estaban en un lugar bajo de suave pendiente, que les permitiría volver a lanzarlas al agua sin grandes esfuerzos ni pérdida de tiempo.

Uno a uno fue tocando tierra y saltando a la arena, donde quedaron inmóviles esperando órdenes.

La lanchilla en la que era transportado Wilson con un oficial y un sargento, fue de las primeras en varar. El bravo comando esperó a que todas desembarcasen sus hombres antes de lanzarse a la aventura.

Cuando en voz baja se fue transmitiendo el aviso de que ningún hombre quedaba por desembarcar, ordenó que uno se quedase al cuidado de las lanchas. Cuando se iniciase la retirada, debía lanzar dos cohetes azules con un intervalo de un minuto para indicar la posición de las lanchas, y que los que pudiesen regresar las encontraran. La flotilla quedaba a unas ochenta yardas de la costa, dispuesta a emplear sus cañones de tiro rápido para proteger la retirada, aunque no significaban nada ante los poderosos cañones que más tarde les buscarían en la huida, si ésta llegaba a realizarse.

Wilson, poniéndose al frente de sus hombres, inició el avance. Los comandos marchaban tras él en fila india, cogidos uno a otro de los vuelos de sus uniformes para no despegarse y extraviarse perdidos en la obscuridad. Si sus cálculos no erraban, Wilson suponía hallarse a un cuarto de milla de la primera casamata y de los nidos de ametralladoras del lado Este. Tenía que rebasarlos para buscar el vano entre estas defensas y las del otro lado, y filtrarse por ellas.

Un levísimo resplandor de estrellas permitía ver de un modo vago a algunos pasos. Nada positivo, pero sí lo suficiente para no meter la cabeza contra alguna casamata en el avance.

Así descubrieron la primera. Una enorme mole oscurísima que se erguía silenciosa, como si se tratase de un gigantesco hito abandonado en la llanura.

Wilson se alejó hasta el borde del agua, y siguió avanzando, cuidando, tanto él como sus hombres, de sentar los pies con cuidado para no producir el más leve ruido.

Hasta que súbitamente, quedó envarado. Había captado un rumor de pasos que se aproximaba, y rápido se tiró a tierra, siendo imitado por sus hombres.

Los pasos se acercaron, y confusamente descubrió una silueta que avanzaba rígida, pateando la tierra de modo rítmico. Se trataba de un centinela que montaba la guardia.

Había que eliminarle y de una manera silenciosa. Cursó en voz baja órdenes para que nadie se moviese y arrastrándose avanzó paralelo al vigilante.

Éste, al llegar junto a una especie de blocao, había dado la vuelta y regresaba sobre sus pasos. Wilson necesitaba saber cuál era su radio de arción, pues adivinaba que era aquél el espacio por donde podría filtrarse para alcanzar la rampa si en efecto estaba por allí.

Siguió avanzando como un reptil hasta que no mucho más tarde descubrió que el soldado no estaba solo. Otro compañero montaba la guardia con él, y ambos partían de opuestos lugares para encontrarse a mitad de camino y girar de nuevo al punto de partida.

Sabía cuánto necesitaba. Regresó de igual forma hasta reunirse con sus hombres, y tras informar a su teniente de lo descubierto, ordenó al sargento:

—Desplácese al lugar más avanzado y procure situarse junto al blocao. Cuando el vigilante de ese lado alcance el punto justo de partida y se vuelva de espaldas, procure saltar sobre él y anularle. No le digo cómo, porque eso queda a su discreción. Yo haré lo propio con el de este lado, y si tenemos la fortuna de anularlos, creo que lo demás no será tan difícil como salvar este obstáculo. Cuando lo haya anulado, vuelva cubriendo su puesto, como si en realidad fuese él, pero siga avanzando para que yo sepa que es usted y no él.

El sargento se alejó, y Wilson pidió a uno de sus hombres su guerrera. Luego apretó un largo cuchillo entre sus dientes, y aprovechando que el vigilante se había alejado, se arrastró hasta ampararse en la sombra espesa del blocao.

Allí esperó con la guerrera entre las manos y el corazón latiéndole como un sonoro reloj, mientras esperaba la llegada del confiado soldado.

Sabía lo que se jugaba en el empeño. No sólo era su propia vida, sino la de aquel puñado de valientes que le habían entregado.

Al captar de nuevo las firmes pisadas, se puso en guardia desplegando entre sus manos la guerrera e inclinándose como un felino pronto a dar el salto. De una cosa tan sencilla pero tan arriesgada, iban a depender muchas cosas.

El vigilante llegó al borde del blocao, se detuvo, juntó las piernas con un sonoro taconazo como si se hallase en una revista de las más espectaculares y giró el cuerpo rítmicamente, volviéndose para iniciar el retorno al punto de partida.

Y alguien, como, un tigre surgiendo de la obscuridad, cayó sobre él. Una cosa asfixiante rodeó su cabeza, ahogando el ronco grito de alarma que brotaba de su garganta, y la guerrera, al ceñirse a su cabeza, se apretó al cuello por unas manos de hierro. El soldado, sintiéndose asfixiado, luchó fieramente por desasirse de la presión, pero sus riñones sintieron el feroz golpe de un rodillazo terrible, y la respiración le faltó, cesando en la lucha.

Wilson, sin dejar de apretar, le arrastró junto a sus hombres. Un cuchillo se apoyó en el pecho del centinela y una voz advirtió:

—El más leve grito, y eres hombre muerto. Un pañuelo.

Se lo entregaron. Lo arrebujó, y sin soltar el cuello del soldado, se lo introdujo en la boca. Luego, ordenó amordazarle reciamente y maniatarle, inutilizándole para toda alarma.

Apresuradamente, tomó el caído fusil del soldado, se ajustó su casco en la cabeza, y tomó su lugar, avanzando. No mucho más tarde, unos pasos se acercaron, y preparado esperó la llegada del que fuese.

Respiró al reconocer a James, su teniente. Se detuvo un momento, preguntando:

—¿Todo bien?

—Regular. Me vi precisado a clavarle el cuchillo. No quería, pero debía hacerlo o ser descubierto.

—Bien; Vuelva a su paseo. Ahora prepararé dos. Podían echarles de menos y seríamos descubiertos.

Volvió sobre sus pasos. Entregó el fusil y el casco a uno de sus comandos, dándole la orden de imitar al prisionero. Otro hombre esperó la llegada del teniente para completar la pareja.

Y cuando todo quedó al parecer lo mismo, Wilson volvió junto al prisionero, lo arrastró lejos del blocao, y quitándole el pañuelo de la boca, advirtió en perfecto alemán:

—Escucha, muchacho. Vivir o morir depende de ti. Si amas la vida, me darás ciertos informes que necesito. Si quieres morir, niégate, y morirás ahora mismo. Ahora bien, sé más que tú te figuras, y si tratases de engañarme, morirías igual en cuanto lo comprobase. ¿Hablarás?

El soldado, temblando, declaró:

—Es igual. Me fusilarían después, y nada ganaré.

—Puedo llevarte conmigo como prisionero de guerra, y dejarte en Inglaterra hasta que acabe la guerra. Vivirás y nadie podría tomar represalias contra ti. Serías un prisionero más.

—¿Harían eso?

—Te lo prometo.

—¿Qué debo decirle?

—Dónde está la rampa que lanza las V. 2, y cómo se llega a ella. Qué obstáculos hay por medio y cómo se vigila la entrada.

—No conseguiría nada aunque llegase a ella. Encontraría una rampa y una plataforma nada más. Cuando no funcionan, nada hay que ver.

—Eso es cuenta mía. Habla y dime lo que pregunto.

—La rampa está a doscientas yardas, hacia la derecha. Sólo encontrará una colina revestida de hormigón y horadada

profundamente, una rampa de cemento y una plataforma.

—¿Qué vigilancia hay montada?

—Hay dos barracones con un centenar de soldados y casamatas de ametralladoras. También hay alambradas de espino en doble valla por delante.

—¿Qué obstáculos hay hasta las alambradas?

—Ninguno, si no les descubren los vigilantes de los nidos de ametralladoras.

—Bien. Comprobaré tus informes. Si fallan, no saldrás de aquí y te expondrás a ser fusilado.

Ordenó anularle de nuevo, y, reuniendo a sus hombres, les invitó a seguirle. Lo harían arrastrándose como topos, para filtrarse sin ser vistos.

CAPÍTULO VIII

EL PRECIO DE LA GLORIA

La escuadrilla de comandos se tiró a tierra, y formando varias apretadas filas empezaron a avanzar por la abertura, mientras sus dos compañeros, rígidos, montaban la falsa guardia atentos a cualquier emergencia peligrosa.

Así fueron ganando terreno por el lugar indicado por el prisionero, hasta que, súbitamente, la primera alambrada de espino se alzó ante ellos.

Los afilados y poderosos alicates de que iban provistos abrieron una brecha de un par de yardas para permitirles el paso, y salvado aquel obstáculo, veinte yardas más adelante, otro de la misma índole se interpuso en su camino, y un nuevo corte lo eliminó.

El paso estaba franco. Ya sólo faltaba alcanzar la rampa y acometer lo más peligroso.

Después de un corto avance, surgió en la azulada penumbra la mole de la colina, en cuyas entrañas se hallaba instalada la terrible plataforma. Wilson sintió que su corazón saltaba de emoción al saber tan próxima la misteriosa arma de destrucción y sin poder ocultar su nerviosismo, avanzó hacia ella.

A escasa distancia, dio en voz baja la orden de detenerse. Sus comandos formarían una línea apartada dominando la entrada de la rampa, mientras él, con su teniente, el sargento y dos hombres más, avanzarían al interior, para colocar las destructoras cargas.

Cuando llegó a la entrada de la obscura boca, se detuvo escuchando. Un silencio de vacío absoluto reinaba en torno a ellos, y nada hacía sospechar el más leve ataque de reacción.

Los pabellones donde se albergaban los servidores y cuidadores de la rampa, se erguían a la derecha, sombríos. Si existía como era de rigor alguna guardia, estaría pegada a los edificios.

Wilson ordenó a uno de sus comandos que retrocediese y diese orden de que dos docenas de hombres estuviesen atentos a los pabellones, por si surgía algún contratiempo que los descubriese. Si así fuera, debían concentrar contra ellos su fuego de fusil ametrallador, para evitar la salida de los alemanes.

Avanzaron hacia la rampa. Ésta se inclinaba violentamente a sus ojos, pero a los lados se abrían dos escaleras de cemento para subir a ella. Ascendieron y la alcanzaron, adentrándose en la densa obscuridad de la inmensa casamata.

Allí no se podía maniobrar a obscuras. Había que arriesgarse a usar las linternas de luz negra de que iban provistos para dar cumplimiento a su misión.

Las linternas dejaron bailar los redondos haces muertos de su extraña luz, recorriendo todo el interior. Wilson quedó decepcionado al no descubrir nada exótico. Una rampa que se inclinaba de mayor a menor desde fuera adentro, y una plataforma de acero con un extraño aparato que parecía medio tubo de un enorme cañón. Nada más que aquello, y era suficiente.

Pero no iba a estudiar el procedimiento, porque no era un técnico, sino a volar aquel mortífero artefacto de guerra.

Rápidamente, pero con perfecta calma, se distribuyó la dinamita, preparando los recipientes que debían recogerla para la explosión. Luego se aplicaron las largas mechas de una duración estudiada, y Wilson se aprestó a ordenar encenderlas.

A la luz de una linterna, consultó su reloj. Eran exactamente las cinco y doce de la madrugada.

—Atención —susurró—. Tenemos quince minutos justos para abandonar esto, alcanzar la playa, embarcar en las lanchillas y dirigirnos a bordo. Todo el tiempo que perdamos, trabajará en contra de nuestras vidas, y aun así, tendremos que salvar las baterías de costa en la huida. Creo no tener que decir más. Que cada uno cumpla con su obligación. Calma, disciplina y pocos nervios, y el triunfo será nuestro. Y ahora, prended fuego a las mechas.

Habían colocado seis artefactos explosivos en los lugares que

Wilson consideró más vitales para la destrucción, y a una señal, se dispusieron a encender las mechas.

Acababan de prenderlas, cuando súbitamente el impresionante silencio de la noche quedó roto por dos secas detonaciones. Luego, vibraron otras, y de repente, un pandemónium terrible se encendió en lo que hasta aquel momento parecía una zona muerta.

Docenas de reflectores brillaron intensamente, iluminando una gran extensión de terreno como en pleno día y centenares de gritos de alarma, unidos a infinidad de disparos, anunciaron el descubrimiento del sabotaje y el peligro en que todos se habían encerrado.

Wilson lanzó una maldición. Ardían ya las mechas y emprendieron el regreso, cuando ya la lucha se había iniciado, y el tableteo de las armas automáticas formaba un infernal concierto en un centenar de metros a la redonda.

El pabellón más próximo se había convertido en una fortaleza. Desde la terraza y las ventanas, las ametralladoras ladraban intermitentes, formando un trágico abanico, mientras los comandos, pegados a la tierra, disparaban sobre los edificios para impedir la salida de sus enemigos.

Wilson, con el fusil ametrallador en la mano, abandonó la rampa y salió al exterior. Aquello era algo impresionante, que no dejaba un palmo de terreno libre de fuego para poder moverse.

Sin embargo, Wilson, con voz tonante, ordenó seguir defendiendo, a todo trance, las respectivas posiciones. Si se retiraban, los alemanes llegarían a tiempo de apagar las mechas, y todo el esfuerzo aun sus seguras muertes, no habrían servido para nada.

El teniente James, al lado de Wilson, mascó con furia una pregunta:

—¿Qué habrá sucedido? Ha sido una pena que no hubiesen transcurrido unos minutos más.

—No lo sé, pero me lo figuro. Fue allá, donde los centinelas. Quizá tendrían que hacer el revelo, y descubrieron el engaño. Ya no tiene remedio, James. Presiento que esta conversación la acabaremos en el infierno.

Se lanzó a la lucha con sus hombres, manteniendo el bloqueo de los pabellones donde existía el mayor peligro, pero ahora los nidos

de ametralladoras zumbaban siniestramente, cruzando sus tiros y formando una barrera que nadie era capaz de atravesar.

Wilson, impasible, esperaba. Su reloj de pulsera brillaba a la luz de los reflectores, y contaba los minutos. Pasados cinco, las cargas explotarían, y un nuevo peligro surgiría en derredor suyo.

Fue entonces, cuando gritó:

—¡En retirada! Que cada uno cuide de su vida y no se preocupe de los demás. ¡Adelante, muchachos, y viva Inglaterra!

El hurra vibró rotundo entre el tableteo de las ametralladoras, y todos iniciaron la retirada buscando algún hueco por donde filtrarse para ganar la playa.

Pero el empeño parecía imposible. Mucha suerte habría de tener el que consiguiese burlar aquellas barreras de fuego para poder acercarse a los botes.

Se replegaban separadamente, tratando de burlar la muerte que les buscaba por todas partes. Apelando a todo sus conocimientos defensivos, se arrastraban pegados a la tierra para salvar la rasante de las ametralladoras, que disparaban a una altura de varios pies y cuidaban de pasar por debajo de las ráfagas de fuego para ganar la playa.

Del barracón habían surgido docenas de hombres fieramente armados, que se sumaban a la lucha. Las peleas se iniciaban ya de hombre a hombre. Volteaban las granadas estallando ruidosamente y haciendo volar los cuerpos, y el fuego de las armas automáticas barría la tierra y se llevaba por delante a los heridos comandos, que, en su pugna contra la muerte, trataban de desafiarlas y aun de neutralizarlas arrojando sobre los nidos sus terribles bombas de mano.

Wilson, inquieto, se vio clavado a no mucha distancia de la plataforma, sin poder avanzar. Una cortina de proyectiles le cerraba el paso por todas partes y sabía que tratar de atravesarla era suicida.

Y en medio de la preocupación de salvar su vida, le embargaba otra de tipo militar y patriótica. El que no se malograse el producto del sacrificio y la plataforma volase, aunque entonces se lo llevase a él por delante. Hasta que, de repente, se produjo la explosión. Fue algo terrible, que hizo conmoverse la tierra. Después casi simultáneas, otras. La colina se resquebrajó como hendida por

mazas de gigantes invisibles, y miles de trozos de roca volaron en medio de las explosiones y las llamaradas. Parecía como si el planeta acabase de estallar.

Y el bravo marino sólo alcanzó a captar gritos espantosos de angustia y de muerte, el vibrar de las armas automáticas y algo que abrasaba su cuerpo y encendía su sangre como si le hubiesen introducido en ella carbones encendidos.

Se irguió, se llevó las manos al rostro en un alarido impresionante, y cayó desplomado sin darse cuenta de cuanto seguía sucediendo a su alrededor.

* * *

Cuando recobró la noción de la realidad y volvió a la vida, se encontró en un enorme pabellón lleno de camas. En derredor de él latía un murmullo pesado y agobiante de quejas y lamentos. Le pareció que imágenes blancas como fantasmas cruzaban por delante de él, desapareciendo de su vista, y en medio del atontamiento que sentía, se preguntaba si estaba soñando, o lo que apenas vislumbraba era una realidad tangible.

Trató de incorporarse, pero no lo consiguió Su cuerpo pesaba como si fuese de plomo, su cabeza parecía girar en una zarabanda en la que todo lo que le rodeaba entraba en el bullicioso baile y parecía sentir brasas en su cuerpo y en su rostro.

Con un esfuerzo heroico levantó un brazo y se llevó la mano al rostro para quitar de él aquello que parecía quemarle, pero sus manos se detuvieron al observar que tropezaban con algo blando y áspero. Era un tupido vendaje que le cubría el rostro y la frente, dejándole libre únicamente los ojos.

Fue entonces cuando recordó de golpe todo lo ocurrido. El desembarco, la voladura de la instalación, la terrible explosión y los efectos de ella, que le habían alcanzado muy próximamente.

Y sobreponiéndose a sus propios dolores, pensó en aquel puñado de valientes que le habían acompañado en la peligrosa empresa. Había visto caer a muchos luchando como tigres, pero no sabía qué había sido del resto, aunque lo sospechaba. Desde luego, la inmensa mayoría habrían caído luchando como héroes que eran y acaso una minoría, como él, privados de vitalidad para morir matando, habrían caído prisioneros, sin que quizá ni uno solo se hubiese

librado de la muerte o del cautiverio.

Y una cólera sorda le invadió. Él no era hombre de calabozo. Hubiese muerto defendiéndose antes que entregarse, y ahora, privado de esta gloria, sería un cautivo más, un hombre anulado para la lucha, un elemento en un campo de concentración donde se pasaría los meses o los años que durase la contienda, trabajando como una bestia, tratado a latigazos y sometido a una dura y humillante disciplina que sabía no podría resistir.

De momento, se creía en un hospital militar, ignoraba donde. Estaría estrechamente vigilado, pues su persona era demasiado peligrosa para perderla de vista y cuando el mínimum de humanidad le diese por apto para abandonar el lecho, le trasladarían, Dios sabía dónde a sufrir el terrible premio a su fracaso.

Y su espíritu rebelde vibró como un motor en toda su sangre. No lo conseguirían, porque antes arriesgaría su vida tantas veces como se le presentase la más mínima posibilidad de intentar la fuga, aunque se la cortasen a tiros.

Prefería morir como un héroe intentando la evasión, a morir agotado, humillado y maltratado en un campo extraño, donde la vida se le haría insoportable.

Y como se hallaba aun muy débil, aquel esfuerzo mental y aquel arrebato de rabia pudieron con él, y volvió a desmayarse, quedando tenso en el lecho.

Cuando al día siguiente volvió en sí, un poco más animoso, observó en derredor de él algunas personas. Se trataba de un practicante y una enfermera, que estaban procediendo a despojarle del vendaje para curar sus heridas.

Estuvo dudando si hacer alguna pregunta o no, pero al fin se decidid:

—¿Algo grave, enfermera?

Ella, bruscamente, repuso:

—Otros lo han pasado peor que usted. Por su suerte o desgracia, curará.

—No es muy halagador el panorama. ¿Fui yo sólo el que tuve la desgracia de salir con vida?

—No. Hay aquí otra media docena de sus hombres. Quizá alguno esté peor que usted.

—Lo siento por ellos.
—No hable. Es mejor quo aguante el dolor.
—Sé aguantarlo, enfermera. Si me dice su nombre, me agradará más llamarle por él.
—Me llamo Erika.
—Gracias, le llamaré Erika, si no la ofendo.
Ella se encogió de hombros. Parecía no agradarle la conversación con el herido.
Pero éste, indiferente, insistió en sus preguntas:
—¿Hay algún inconveniente en que sepa dónde estoy?
—¿Cree que por eso le irá mejor?
—No, es una simple curiosidad.
—Puedo satisfacerla, porque nadie me ha indicado que se lo oculte. Está usted en un hospital de Amiens.
Wilson cerró los ojos. No estaba ni muy lejos del lugar de sus hazañas, ni muy lejos de la costa, y hasta próximo a las líneas aéreas y a las rutas férreas. Buen sitio, si la suerte le favorecía para intentar la fuga.
Aguantó el dolor de la cura sin exhalar una queja. No tenía lesión alguna de bala, pero sí infinidad de heridas, algunas muy dolorosas producidas por los fragmentos de roca al volar por encima de su cabeza.
Aquel día tuvo ocasión de comprobar que su vecino de cama era uno de sus comandos. Había ocho en la misma sala, vigilados por una pareja de soldados alemanes.
El comando pudo darle algunos detalles ignorados del final de la tragedia. La explosión había alcanzado a algunos de sus hombres y a bastantes alemanes que intentaban entrar en la rampa para registrarla. Había sido una hecatombe terrible que costó muchas vidas a unos y a otros.
Él había caído con tres balazos, y permaneció en el campo hasta que terminó la lucha. Por lo que pudo apreciar, muy pocos habían conseguido llegar a las lanchas, y los que cayeron prisioneros lo fueron porque estando heridos, no pudieron huir ni seguir defendiéndose.
Aquél había sido el trágico final. Solamente le consolaba una cosa: saber que su misión había sido cumplida, aunque el precio en sangre fuese terrible.

Ahora pensaba en sus jefes, en sus hombres y en sus padres. Quizá su jefe superior, considerándole muerto, hubiese cursado la carta que le dejara antes de partir. A Wilson se le desgarraba el corazón pensando en el dolor de sus padres al creerle muerto, y pedía a Dios que el marino, antes de lanzarse a dar aquel golpe terrible a sus viejos, tratase de asegurarse de su muerte. En acciones de aquella naturaleza morían muchos, era cierto, pero alguno se salvaba, y del cautiverio podían salir alguna vez, pero no de la tumba.

Quizá el servicio de espionaje, bien montado en toda Francia, lograse averiguar la verdad. Si así era, aun abrigaba la esperanza de que la carta quedase detenida, y por su categoría, por sus hechos de armas y por el valor de sus actuaciones futuras, quizá se preocupasen de él, intentando sacarle de las garras de sus enemigos. No sería el primero ni quizá el último de los que habían sido robados al enemigo en sus propias barbas, y él bien merecía la pena de ser tenido en cuenta a la hora de los esfuerzos en tal sentido.

Pero no debía hacerse muchas ilusiones. Él era un valor militar, pero no el único. Como él había muchos y la guerra tenía exigencias más amplias.

CAPÍTULO IX

CAPRICHOS DEL DESTINO

Un mes más tarde, Guillermo Hease, con quince días de permiso para reponer sus fuerzas, pues llevaba muchos meses de esforzado servicio activo a bordo de su aparato, decidió hacer una visita a su hermana.

Llevaba muchos meses sin verla, y pidió ir a Gante a tomarse el descanso.

El encuentro de ambos hermanos fue emocionante. Después de abrazarse reciamente y cambiar impresiones de carácter familiar, la muchacha pregunto:

—¿Cómo van las cosas por los frentes, Guillermo?

—Muy bien, Elsa. Estamos batiendo fieramente al ejército francés e inglés, aunque esos americanos empiezan a forzar el envío de tropas, y, sobre todo, de avituallamiento y material de guerra. Parece como si se lo encontrasen hecho debajo de tierra, pero no importa. A pesar de eso, les venceremos —de repente, pareció recordar algo, y añadió—: ¿Te enteraste de lo sucedido en St. Valery?

—No. ¿Qué fue?

—Un desembarco audaz e increíble de los cómannos ingleses. Volaron una rampa de lanzamiento de V. 2, pero… a pesar de la hazaña fueron descubiertos en el crítico instante y aniquilados. ¿Sabes quién mandaba la compañía de desembarco?

Elsa tuvo que realizar un esfuerzo para no llevarse las manos al pecho, pues había adivinado quién fuera el osado capaz de tal hazaña. Débilmente, repuso:

—No sé. ¿Quieres decir, acaso, que fue Hopkins?

—El mismo, Elsa. Hopkins, el que hundió el submarino «U. 3» y el que ha realizado hechos de guerra que yo, como militar, tengo que envidiar, aunque como alemán sienta odio contra él. Fue Hopkins.

—Entonces… dices que murió…

Hizo la pregunta medrosamente. Guillermo, contestó:

—No, no murió Elsa, porque en medio de todo, tuvo suerte. Al producirse la explosión le alcanzó a distancia algunos pequeños fragmentos de la plataforma y sufrió multitud de heridas en el cuerno y el rostro, aunque las de este último fueron leves. Una hazaña heroica que sólo le servirá para pasar el resto de la campaña en un campo de concentración bien guardado.

Ella, un poco más aliviada, preguntó:

—¿Cómo lo has sabido, Guillermo?

—Le vi en el hospital de Amiens, donde está recluido. Él no me vio a mí ni tuve interés en ello, pero fui a visitar a un compañero hospitalizado, y me enteró de que estaba allí. Parece que se repone rápidamente, y no tardando mucho le internarán en algún campo de prisioneros.

Ella no se atrevió a pedir más detalles, y Guillermo pareció no dar más importancia al prisionero y siguió hablando de la campaña en general.

Guillermo estuvo en Gante tres días y luego se trasladó, a Berlín, a ver a su madre. Ella sufrió las penas del infierno durante aquellos tres días, pensando en Wilson y en sus heridas. Estaba sospechando que su hermano le había ocultado la gravedad del herido, y al ponderar que había sufrido multitud de heridas en el rostro, llegó a pensar si se habría quedado ciego, y su hermano no se lo habría querido decir.

Y fue tal la impresión que esta sospecha le produjo, que sintió la invencible tentación de verle. Quería comprobar si sus sospechas eran ciertas, y dejándose llevar del impulso irresistible, pidió ser trasladada al hospital de Amiens.

Al ser preguntada por qué quería ir allí, alegó que su hermano se hallaba en una base aérea próxima, y quería estar lo más cerca posible de él.

Le fue concedido el traslado, y dos días después salía con un tren

ambulancia camino de Amiens.

Cuando llegó a la estación, su corazón parecía la locomotora, y sus sienes ardían como braseros. Sentía la angustia de aquel encuentro provocado insistentemente, y en aquel momento se arrepentía de su locura, pero ya no tenía remedio.

Lo único que le cabía como disculpa ante él, era justificar su presencia como una coincidencia fortuita. Había sido trasladada a aquel hospital, y el encuentro había sido algo lleno de casualidad.

Se dirigió apresuradamente al hospital a hacer acto de presencia, y cuando pidió ver al director para ponerse a sus órdenes, se encontró con que el hospital parecía una casa de locos.

Miembros de las S. S. y la Gestapo estaban tomando declaraciones al personal facultativo, y verificando registros, por lo que nadie la atendía, y la joven, extrañada, trató de inquirir el motivo de aquel revuelo.

Fue entonces cuando alguien le informó de que se había fugado uno de los prisioneros heridos y estaban realizando investigaciones para localizarle y descubrir quiénes habían contribuido a su fuga.

—¿Alguien importante, acaso? —preguntó.

—¿Importante? El más peligroso de los heridos. El capitán de comandos ingleses, Wilson Hopkins.

Elsa creyó morir de la impresión, al oír la noticia. Todo lo hubiese esperado menos aquel nuevo acto de osadía de semejante hombre.

—¿Pero, cómo pudo ser eso, si…?

—¡Oh! Parece una cosa muy complicada y bien preparada. Por lo que se sabe, hace unos días visitó el hospital un auto ambulancia de la Cruz Roja. Sus ocupantes estuvieron hablando con los heridos y haciéndoles preguntas. El capitán Hopkins, muy mejorado, ya se levantaba y paseaba por las galerías y el jardín, siempre vigilado para que no pudiese escapar. El capitán aun tenía la cara vendada, aunque sus heridas marchaban muy bien. Parece ser que esta mañana, después del desayuno, bajó a pasear al jardín y se sentó en un banco retirado, desde donde era visto por un centinela que no le perdía de vista. Podía reconocerle por su pijama de rayas azules y e| vendaje de su rostro. Pero cuando más tarde, los convalecientes fueron llamados a la sala para ser visitados por el médico, el capitón no compareció. Había desaparecido sin dejar rastro. El

guardián aseguró que le había visto cruzar el jardín y entrar en los pabellones, y cuando se realizaron investigaciones a fondo, resultó que el que el centinela creyó reconocer como el capitán, era otro marino inglés que vestía un pijama igual y tenía la cara vendada a causa de un fuerte dolor de muelas que decía padecer.

»Se sospecha que este prisionero ha tenido algo que ver en la fuga al tener un parecido con el capitón y bajar a sentarse al jardín en el banco donde Hopkins solía sentarse a tomar el sol. El hecho de que desde ayer se quejase de las muelas y se cubriese el rostro con un pañuelo blanco que parecía un vendaje, da que sospechar, aunque él lo ha negado firmemente. El caso es que, mientras él pasaba por el capitán y fijaba la atención del vigilante, el capitón desaparecía, y como ha dado la coincidencia de que el automóvil de la Cruz Hoja ha estado nuevamente aquí esta mañana, se sospecha que dicho auto haya podido llevárselo, sin saber cómo. También ha desaparecido una de las enfermeras, de la que no se sabe una palabra. Están tomando declaraciones a todo el mundo, y verificando pesquisas para localizar el auto. Veremos qué sucede, pero se teme no encontrarle más. Es muy probable que hayan tomado precauciones para sacarlo de aquí sin que pueda ser descubierto.

Elsa no pudo averiguar más, pero era lo bastante. En el fondo se alegró de aquella fuga audaz, porque ahora sentía el rubor de haberse enfrentado con Hopkins. Quizá ante él no hubiese podido ocultar los sentimientos que le animaban, y aquel incidente le devolvía la tranquilidad perdida. Como alemana, tenía que lamentar la libertad de un enemigo de su patria, pero como mujer que se sentía fuertemente inclinada por él… se alegraba.

* * *

Los informes que habían facilitado a Elsa, se vieron confirmados y ampliados más tarde. En efecto, el espionaje aliado había trabajado con ahínco para salvar a Wilson de las garras de sus enemigos, y con un automóvil robado de la Cruz Roja, y la ayuda de una enfermera que aunque se hacía pasar por alemana era alsaciana, se había llevado a cabo todo el plan, sacando a Hopkins en el porta equipajes del auto, vestido de paisano, y llevado a un refugio, donde quince días más tarde y camuflado como conductor

de un auto de aprovisionamiento, consiguió atravesar la zona alemana y más tarde, pasar a bordo de un falso barco de pescadores, que le trasladó a Inglaterra.

Y así fue como Wilson, no olvidado por los suyos, que apreciaban su valor militar, fue salvado de un campo de concentración y devuelto a su patria, para continuar la lucha y seguir ofrendando sus servicios y su vida a la causa de los aliados.

* * *

Hopkins pasé un mes descansando en Dover y acabando de reponerse de sus heridas. La infinidad de fragmentos de piedra que le hablan golpeado en la explosión, le dejaron diversas pequeñas cicatrices en el rostro, cicatrices que, por fortuna, no fueron profundas ni se lo desfiguraron.

Y cuando volvió a encontrarse en condiciones de prestar servicio, se le confió de nuevo el mando de una flotilla de lanchas torpederas, destinadas a interceptar el tráfico marítimo alemán, y a hundir cuantos barcos entraban en el radio de acción de su intrépida flotilla.

La audacia de su temperamento le llevó a convertirse en un enemigo temible. Cazatorpederos y escuadrillas de aviones habían batido los mares en su busca para cazarle y hundirle, pero él había sabido burlar la persecución, y aunque pasó por situaciones gravísimas, siempre consiguió burlar el cerco que trataban de tenderle.

Delante algunos meses, Wilson cumplió su trágica faena, produciendo un serio quebranto al enemigo. Los barcos que éste les había hundido estaban siendo cobrados en la misma moneda, y el mar del Norte no era campo seguro para los alemanes, a pesar de su vigilancia.

Un día de principios de invierno, una pesada niebla se cernía sobre las aguas. La lancha «P T», a su mando, patrullaba más allá del Paso de Calais, vigilando ferozmente, y a pesar de la niebla se movía con desahogo gracias a la ayuda del radar, que evitaba cualquier tropiezo o echarse sobre algún barco enemigo sin darse cuenta.

La niebla se mantuvo pertinaz durante dos días, hasta que a mediados del tercero, una fuerte corriente de viento del Sur pareció

empezar a barrerla.

Pero aún no se había disipado del todo, cuando el operador de a bordo le llamó urgentemente, diciendo:

—Capitán, un barco a estribor. Navega pegado a la costa, y se halla a menos de media milla de aquí.

Wilson dio orden inmediata de preparar los cañones.

Si el barco iba armado, lucharía con él hasta hundirle, y si sólo era mercante, les daría diez minutos para desalojarlo de pasajeros echando las lanchas al mar, y lo hundiría.

Dio orden de acercarse con los cañones enfilados, y esperó. Poco después, entre los jirones de niebla que se iban disipando, descubrió un navío de dos chimeneas, que muy próximo a la costa trataba de pasar amparado con la niebla.

Pero al rasgarse ésta quedó desamparado, y Wilson descubrió en lo alto del mástil la bandera alemana flotando al fuerte viento.

El telégrafo de señales empezó a funcionar, después de enviarle un cañonazo de aviso previo. Se le ordenaba detenerse, echar las lanchas al agua y desalojarlo en el término de diez minutos.

El barco, al parecer, era un transporte. Su naturaleza quedaría patente cuando las lanchas empezasen a recibir pasajeros y fuesen lanzadas al mar.

El navío, sorprendido de costado, acortó la marcha, mientras la lancha torpedera avanzaba hacia él para vigilar el desembarco y hacerse cargo de los pasajeros en su momento oportuno. Nada bacía sospechar que la captura no se resolviese de modo vulgar.

Pero de repente, a estribor, se abrieron los huecos de unas disimuladas portas, por ellas aparecieron las bocas de unos cañones camuflados de aquella manera y el costado de la nave se inflamó lanzando una andanada contra la flotilla.

Una de las lanchas fue alcanzada de plano y hundida, y la «P T» mandada por Wilson, sufrió la rozadura de un proyectil que arrancó parte de la obra muerta de estribor, pero de modo inmediato, sus cañones de tiro rápido contestaron al ataque, y a ellos se sumaron los del resto de la flotilla.

Durante algunos minutos se entabló la batalla fieramente. El capitán del buque alemán estaba dispuesto a hundirse con su nave peleando, y ni daba ni admitía cuartel.

Los disparos se cruzaban impresionantes, y el mercante acusaba

las huellas de los terribles impactos de la flotilla, decidida a hundirle.

Poco a poco, se le veía desmantelarse, alcanzado por los proyectiles. Uno de sus palos se había desplomado con estrépito, arrastrando cuanto constituía su base, una de las chimeneas había saltado en pedazos, desapareciendo como por arle de magia, y un cañón había reventado al penetrar por la porta un certero disparo.

Más abajo de la línea de cañones, había recibido algunos proyectiles, que le habían abierto dos vías de agua. El barco escoraba al intentar la maniobra para presentar menos blanco y el resto de sus cañones seguían disparando fieramente, sin que sus bravos servidores intentasen rendirse.

La cubierta se veía barrida por la metralla que la arrasaba sañudamente, y fragmento a fragmento, el navío se iba deshaciendo, pero aun flotaba, y el heroico capitán seguía defendiendo los despojos.

El mar, muy picado, la hacía bailar horriblemente. A veces la levantaba de proa, mostrando ésta como el pecho de un caballo embravecido dispuesto a saltar, y los impactos de la flotilla se clavaban en ella, pero cuando se inclinaba de nuevo clavando la parte tocada en el agua, ésta penetraba a borbotones por los agujeros, y llenaba el interior, hundiéndole poco a poco.

Hasta que se la vio en peligro de sumergirse completamente. El casco iba desapareciendo visiblemente en el agua, y no tardando mucho ésta barrería la cubierta.

Fue entonces cuando los cañones del bravío mercante dejaron de rugir. El agua penetraba ya por las portas, y los había inutilizado.

Al silencio de las armas enemigas, siguió el de los cañones de la flotilla. El barco ya no necesitaba más metralla para hundirse, y humanamente había que dar un estrecho margen de tiempo a los supervivientes para que intentasen salvarse.

Penosamente, una de las lanchas cayó al agua. El barco se sumergía de popa y se levantaba de lado contraído, encabritándose sobre las aguas antes de desaparecer.

Un montón alocado de hombres saltó desde cubierta a la lancha, cayendo en racimo. La frágil embarcación no pudo resistir el choque de aquella masa enloquecida, y volcó de costado, sepultando debajo de ella a los que habían conseguido pisar sus

tablas. Fue como un extraño y trágico sudario que los ocultó durante varios minutos, haciéndoles desaparecer como si una mano invisible les hubiese borrado de la tabla ondulante del mar.

Otra lancha había caído, y se abarrotaba de hombres. Wilson, que seguía impávido la alocada desbandada, temía que tampoco aquella lancha consiguiese salvarse. El barco estaba a punto de ser tragado por las ondas y su terrible fuerza de absorción la arrastraría, tirando de ella dentro del inmenso embudo que había de formar al desaparecer hacia el fondo.

Algunos, quizá dándose cuenta de aquel inminente peligro, prefirieron lanzarse al agua y nadar desesperadamente, alejándose de la muerta nave. Fueron media docena de valientes que saltaron como desde un trampolín para hundirse en la caída, y luego reaparecer nadando con desesperación.

Y de repente, el mercante desapareció de un modo, veloz, abriendo una terrible sima en derredor suyo. La lancha, sobrecargada de hombres que remaban con desesperación para alejarse, no lo consiguieron, y el remolino absorbió la embarcación y se la tragó en medio de la más intensa emoción de los testigos de aquel trágico episodio.

Pero la guerra era así, y así había que tomarla.

Cuando el agua volvió a adquirir su panorama normal, sólo quedaban bailando sobre el fiero oleaje fragmentos de la hundida nave, y media docena de supervivientes nadando con desesperación.

Wilson, tratando de dar firmeza a sus palabras, ordenó:

—Un bote al agua, que recoja a esos infelices.

La maniobra dio comienzo con presteza, y el bote empezó a descender de los pescantes.

En aquel momento, el aire volvió a arrastrar fragmentos de niebla, que formaron densas cortinas como si quisieran borrar el campo de acción del drama, y cuando el bote se apartó del costado de la torpedera, apenas si la visual alcanzaba a descubrir a los que luchaban contra la muerte en un último y desesperado esfuerzo.

En medio de los jirones, sólo acertaron a descubrir una cabeza que flotaba junto a un tablón, y dos manos que se aferraban con desesperación a él. El náufrago parecía una mujer, a juzgar por sus revueltos y rubios cabellos. El bote pudo acercarse casi a tientas, y

llegar hasta ella, recogiéndola cuando a punto de desfallecer se soltaba del tablón. Con terribles esfuerzos la izaron al bote y buscaron al resto de sus compañeros de naufragio, pero ya la niebla los había borrado por completo, y era suicida exponerse a perderse también entre la niebla y no alcanzar la lancha.

Utilizando el megáfono, y recibiendo las contestaciones de la sirena, consiguieron regresar a la «P T», reintegrando el bote a bordo.

Wilson, tenso, esperaba junto a la escalerilla la llegada de sus hombres, y al verles subir portando en sus brazos un cuerpo, preguntó:

—¿Nadie más?

—Nadie, capitán. La niebla los hizo desaparecer.

—Bien, no es culpa nuestra, pero… ¿qué es eso? Una mujer.

—Sí capitán y, al parecer, por sus emblemas, se trata de una enfermera alemana. Lleva el brazalete de la Cruz Roja.

—Subid. Veamos si aun vive.

Uno de los marineros llevaba sobre su hombro el cuerpo de la infeliz. Ésta pendía con los brazos pendientes sobre la espalda del recio marino, y doblada como si fuese un fláccido saco.

El marino pisó la cubierta, tomó el cuerpo de la víctima en sus brazos, y dándole la vuelta, la depositó sobre las tablas, cara al cielo.

Wilson se acercó, y una palidez mortal cubrió su rostro al clavar su mirada en el pálido y yerto de la mujer. Su garganta se contrajo en un lamento indefinido de angustia, y clamó, sin poder contenerse:

—¡Elsa!

—¿La conoce, capitán? —preguntó el oficial ayudante.

—¿Que si la conozco? Sí, pero… eso no hace el caso. Conocida o no, es un náufrago que merece todos nuestro respeto y atenciones. Vengan, llévenla a mi camarote, y que la examine el médico. Espero que… aún este viva.

CAPÍTULO X

DESAFIÓ A LA MUERTE

Elsa desmayada, medio ahogada, fue depositada en la litera de Wilson, mientras el médico acudía rápidamente y se entregaba a la tarea de hacerla expulsar el agua tragada y producir la respiración artificial por medio de vigorosos masajes y reacciones de brazos y piernas que debían contribuir a acelerar la circulación de su sangre y el funcionamiento del corazón.

Por fin, el doctor, sudando copiosamente, dio término a su tarea, diciendo:

—No creo que suceda ya nada. Ha expulsado el agua y su pulso se mantiene firme. Tardará algunas horas en volver en sí, pero cuando se le pase el quebranto, dentro de unos días, estará como si tal cosa. Por lo que se ve, es una enfermera y… bastante linda.

—Sí, es una enfermera. Gracias, doctor. Yo cuidaré un poco de ella, si no sucede algo que exija mi presencia en cubierta.

Dio orden de que le avisasen si se presentaba alguna novedad, y la flotilla siguió patrullando mar adentro. La niebla se había intensificado, y el manto de la noche se aceleraba con aquella cortina grisácea que mataba antes de tiempo los postreros rayos solares.

Cuando Wilson quedó a solas con la joven, un caos de múltiples y terribles emociones se había apoderado de él. Nada había sabido de Elsa desde que abandonara Alemania y todo lo hubiese sospechado menos tener que enfrentarse con ella en aquellas condiciones tan dramáticas.

El abismo de sangre que ella había adivinado como una barrera

más para separarlos de por vida, se había abierto doblemente con aquel episodio. Su ensañamiento con los compatriotas de la joven, la destrucción y la muerte sembradas, lo habían sido delante de sus propios ojos, y ella misma había figurado entre las víctimas salvándose por una ironía del Destino, como si éste quisiera castigarle a él sólo presentándole delante de los ojos la imagen de la mujer que todo lo había constituido para él en aquella situación tan fiera.

Pero el Destino caprichoso así lo había querido, y así tenía que aceptarlo, como una condenación. ¡Elsa allí y de enfermera! Cierto que el caso no era para extrañarle. En todos los países afectados por la guerra, las mujeres, con esa sensibilidad exquisita que era su patrimonio, se habían entregado generosamente a restañar las heridas y a paliar los dolores, mientras los hombres, más brutales, se entregaban, a su vez, a la tarea de destruirse, y que Elsa fuese una de tantas voluntarias, nada tenía de extraño.

Lo extraño era que se hallase a bordo del barco hundido. No se trataba de ningún barco hospital, porque entonces hubiese lucido la bandera sagrada de la Cruz Roja, sino de un mercante disfrazado, y sólo cabía la suposición de que transportase personal sanitario a algún hospital de la costa, y él le hubiese interceptado en su noble misión.

Algo que aun haría más penosa la entrevista cuando ella volviese en sí y se diese cuenta de la brutal tragedia y supiese quién la había producido.

Luego se dio a pensar en algo más hondo y fue en la situación de Elsa de allí en adelante. Quizá lo de menos sería el mal rato sufrido y el peligro corrido. Lo malo era el porvenir sombrío que le aguardaba.

Ahora Elsa era una prisionera, una mujer, pero una prisionera casi con categoría militar. Pertenecía al cuerpo de enfermeras graduadas, y aunque sus servicios eran piadosos y universales, prestaba servicio en los hospitales de guerra.

Y como prisionera, su futuro sólo era un campo de concentración. Quizá no tan sombrío ni tan frío como los de sus compatriotas, pero al fin, un campo de concentración con pérdida de libertad, con encierro férreo, con confinación Dios sabía dónde y con separación por meses o quizá años del seno de su hogar, donde

a aquellas horas se le estaría dando por muerta como a él se le había dado cuando cayera en el asalto a la rampa de lanzamiento.

Y él había sido quien la bahía puesto al borde de la tumba, y al salvarla la llevaría al confinamiento y al sufrimiento moral y material de los campos de prisioneros.

Una rabia terrible le invadía al ponderar los avatares que el Destino le había ido presentando desde que le nombraran agregado naval en la embajada de su patria en Berlín hasta aquel momento. Su vida había sido una odisea en la que los problemas personales se habían ligado tan apretadamente, que en la amalgama de aquella fusión habían convertido su joven vida en un infierno.

Y ahora, para inri, se sabía obligado a entregar a la joven a las autoridades, y a ser él precisamente quien le cortase la libertad que hubiese deseado para ella, no en los campos de batalla, ni en los hospitales de sangre, sino a miles de millas, lejos del fragor de la lucha y en un rincón paradisíaco, donde no hubiese llegado el eco de los cañonazos y el quejido de los mutilados.

Pero nada podía hacer. Su honor de marino estaba por encima de todo sentimentalismo, y aunque ella le despreciase y le maldijese, y aunque él se destrozase el corazón, debía entregarla y no sentirse enternecido por ella ni por nadie.

Sintiendo que su cabeza ardía, abandonó el camarote, y subió a cubierta a respiran el aire fresco de la noche. Un viento helado soplaba ahora del Norte, y su zarpazo se clavaba en las carnes, pero él lo recibía con fruición, como una suave caricia que apagaba el fuego que devoraba su piel y su sangre.

La niebla se había borrado, y el mar, negro y sombrío como el cielo, les rodeaba. Sólo las estrellas lucían como diamantes perdidos en la inmensidad del espacio y el oleaje, al batir los costados de la ancha, parecía murmurar, rugir y quejarse contra aquella lucha bárbara que le convertía por capricho de los hombres en escenario de sus diferencias.

La flotilla aun debía continuar su misión durante bastantes días, mientras no tuviese necesidad de repostarse de nuevo. Aun con la pérdida de una de las lanchas de cuya desaparición ya se había dado cuenta a la superioridad por radio, y aun con un prisionero a bordo, no había razones para abandonar la importante tarea a él confiada. Debía continuar barriendo los mares tantas veces como la

ocasión se le presentase, y nada ni nadie podía hacerle renunciar a tan devastadora misión mientras conservase barcos, municiones y hombres para el servicio.

Y esto iba a ser lo trágico para él, porque durante este tiempo se vería obligado a convivir con Elsa, a escuchar sus reproches o sus desprecios, o a soportar su silencio huraño y sus miradas de censura, sin poder desprenderse de ella de modo inmediato. Hubiese dado algo de su vida por poderla poner en aquellos momentos en una lancha y enviarla a tierra sin tiempo para que al volver en sí se diese cuenta de que había sido él el autor de su desgracia.

Pero no podía hacerlo, y tendría que aguantar lo que viniese detrás. El Destino le ponía a prueba, y todo el valor que había derrochado para la guerra, tendría que emplearlo para soportar el desprecio y las recriminaciones de Elsa.

Pasó parte de la noche en cubierta, y cuando por fin se serenó un tanto, volvió al camarote, temiendo que Elsa hubiese vuelto en sí.

Todavía continuaba privada de conocimiento y Wilson se sentó a su lado, contemplándola con tristeza a la luz, de la lámpara que pendía del techo.

Era próxima la madrugada, cuando Elsa empezó a dar señales de reaccionar. Se estremeció varias veces en el lecho y suspiró profundamente. Luego se quejó como si fuese víctima de una pesadilla, y, por último, abrió sus turbios ojos, paseándolos en derredor de un modo impreciso.

Wilson, en pie, cruzado de brazos, la contemplaba rígido. Esperaba su primera explosión de horror y repudio, y se preparaba para encajarla con fuerza.

Poco a poco, la joven parecía ir recobrando la lucidez. Su mirada se fijaba con más intensidad en cuanto le rodeaba, y terminó por posarse en Wilson, como si le costase trabajo llevar a su memoria aquella silueta que se erguía frente a ella como una estatua.

Hasta que súbitamente abrió más los ojos, su pálido rostro se contrajo en una violenta mueca de angustia, y llevándose las manos al rostro, lo cubrió con ellas entallando en desgarradores sollozos.

El la dejó llorar. Quizá aquel llanto fuese una buena válvula de

expansión para sus nervios, y después pudiese encajar su situación con más serenidad.

Tras varios minutos de sollozar hipeante, dejó escapar las manos del rostro, y, mirando a Wilson a través de las lágrimas, balbució, con voz ronca:

—¡Dios mío! Fue usted… el Destino quiso que fuese usted precisamente quien lo hiciera.

El, sombríamente, replicó:

—Sí. Elsa, el Destino quiso que fuese yo quien lo hiciera, como quiso que usted apareciese en ese maldito barco, y que después la salvase de la muerte que yo mismo le había preparado, para tenerla ahora delante de mí y escuchar sus reproches, sus anatemas y su desprecio. Si le parece que el Destino no me ha jugado así una buena pasada, dígame qué más puedo esperar de sus trágicos caprichos.

Ella permaneció unos momentos callada, mientras él esperaba anhelante la explosión de sus censuras, pero la joven, con voz desvanecida, contestó:

—Creo que se equivoca, capitán Hopkins. Como alemana y como prisionera, poco, puedo decir. Usted ha cumplido con su deber y que yo haya sido una víctima de él, nada dice cuando tantas otras y otros caen en la lucha. Sólo me cabe llorar la muerte de los que delante de mí fueron abatidos y hundidos en el mar, todos hombres jóvenes, animosos, plenos de vida y dejando detrás madres, hermanas y novias, que tarde o nunca se consolarán de esas pérdidas.

—Eso no me lo puede reprochar, Elsa. Yo intenté permitir que el pasaje se salvara. No sospeché que se tratase de un corsario disfrazado de oveja, y en mi flotilla falta una lancha con hombres también jóvenes, animosos, y con parientes que les llorarán eternamente. Ellos abrieron fuego antes que yo, y mandaron a la eternidad a mis hombres. Vidas por vidas, yo no podía hacer otra cosa que defender las nuestras.

—Comprendo. No me queda ni el derecho de lamentarlo.

—Sí, Elsa. Le queda ese derecho y el de abominar de la guerra, que es odio y destrucción.

—¿Para qué hemos de hablar de eso? Dígame, ¿cuántos se salvaron?

—Desgraciadamente, sólo usted y por milagro. La niebla se echó de repente, y todo lo borró, imposibilitando el salvamento. Usted estaba cerca de uno de los botes y pudo ser traída a bordo.

—Una trágica casualidad. Hubiese ganado más con hundirme con los demás.

—¿Por qué? ¿Sólo por no enfrentarse conmigo? Usted es joven y tiene derecho a la vida.

—Y los demás también lo tenían.

—Algunos tienen que caer. ¿A dónde iba a bordo de ese maldito navío?

—A un hospital de sangre de la costa, donde muchos hombres sufrían y precisaban el auxilio de los que no nacimos para la destrucción y si para la Humanidad.

—Ventajas de haber nacido mujer. Yo también hubiese querido serlo.

—No se hubiese librado por ello de los mismos tormentos que nos agobian a nosotras. La guerra es para todos.

—Sí, el amor para nadie.

—Creo que tiene razón, pero ¿quién piensa en eso, cuando la muerte reclama sus atenciones?

—Quizá nadie debiera pensar en ello, pero el corazón es más fuerte que la razón. Todos pensamos en el amor como un sedante a los dolores y a los sacrificios, como un premio a nuestros esfuerzos… pero a veces, más que sedante y premio, resulta una condenación.

—Y un imposible.

—Tanto da una cosa como otra. Cuando el Destino se obstina en poner obstáculos a nuestras aspiraciones, no le faltan medios de conseguirlo.

—¿No cree que nos estamos saliendo de la realidad del momento?

—Hasta cierto punto, porque ya que la realidad es tan trágica y nos ha puesto en contacto por una vez que puede ser la última, bien merece la pena de hablar hasta de cosas imposibles. Mucho sentí la declaración de guerra, por lo que de guerra a mis ilusiones encerraba, pero más he sentido este lance de ella, que acaba con la más mínima ilusión que tenía de llegar hasta usted. La suerte me ha convertido en su propio verdugo, y quiero que sepa que si algún

tormento podía idear para hacerme la vida imposible, no pudieron escoger uno mejor que éste. Yo, que la ansiaba libre, alejada de todo peligro, he tenido que ser quien la pusiese al borde de la muerte, y después quien la destine a pasar no sé cuánto tiempo prisionera y alejada de los suyos. Si sabe usted de algún tormento mayor para un enamorado de las estrellas, dígamelo.

—Le compadezco, Wilson, pero no me recuerde ahora como una amiga, sino como una enemiga y prisionera. Lo que le iba a preguntar ya me lo ha dicho y creo que nada más tenemos que hablar.

—Es usted fuerte, Elsa, y eso me obliga a amarla con más fuerza. Sé que ello también la impulsará a odiarme lo mismo, pero nadie puede impedirme que siga abrigando en mi pecho este amor imposible. Suceda lo que suceda después, piense alguna vez en mí más con pena que con odio, ponderando que, por encinos de todos los avatares de la vida, he conservado y conservaré hacia usted un amor que será el primero y el único de mi vida. Me pregunto si no hubiese hecho mejor dejándome matar aquella madrugada frente a la rampa de las V. 2, pero creo que aún hay tiempo. La guerra aún no ha empezado…

Unos golpes en la puerta del camarote, cortaron el penoso diálogo.

Wilson abrió, preguntando:

—¿Qué sucede?

—Se acercan aviones, capitán. Cuando menos, son una docena.

—Bien, ahora mismo voy.

Y volviéndose serenamente hacia Elsa, exclamó:

—Le siento por usted, Elsa, porque nuevamente va a correr un peligro de muerte, y esta vez a manos de sus propios compatriotas, pero… me alegro por mí. Quizá sea ésta la inmediata ocasión que andaba buscando para acabar con mis tormentos. Si la suerte la ha condenado a usted para mi será un placer por gozar de una vez de la calma que ya no creo merecer en mi vida. Que el Destino tenga piedad de usted.

Ella, en una reacción brusca, saltó del lecho, tratando de detenerle. Llena de angustia, exclamó:

—Wilson ¿qué pretende hacer?

—Simplemente, cumplir mi deber.

—Su deber no es suicidarse cobardemente. Tiene usted en sus manes la vida de muchos hombres.

—Y la de usted, ya lo sé. Ellos saben defenderse y yo sabré defenderlos a ellos, pero precisamente porque sabré hacerlo, seré el primero en exponerme más que ninguno. Eso es el deber por encima de lo demás.

Y bruscamente, abandonó el camarote, para subir a cubierta.

Cuando la alcanzó, ya sus hombres se disponían a la defensa y el ataque. El día había roto lánguido y nuboso, y la mirada intensa de Wilson buscó en el encapotado cielo las siluetas de los aparatos.

Lejos, agrandándose por momentos, se les veía avanzar en formación de a tres, tejiendo una escalera. No había que preguntar a qué nación pertenecían pues se adivinaba.

Al volverse, descubrió a Elsa tras él. Bruscamente, ordenó:

—Usted, al camarote. Nada tiene que hacer aquí.

—Dispongo de mi vida como quiero.

—Siento decirla que su libertad de disponer de ella terminó en el momento en que pisó la cubierta de esta lancha. Haga el favor de bajar.

—No lo haré de grado.

Wilson se volvió, gritando:

—Edmond, bajad a la prisionera a mi camarote, y dejadla encerrada en él. La llave está puesta.

Ella quiso resistir, pero entre dos tripulantes la tomaron de los brazos y la obligaron a descender.

Los aparatos se acercaban velozmente, y ya habían roto su formación para iniciar una doble línea de batalla lanzándose en oleadas contra las lanchas.

Éstas se diseminaban para defenderse aislándose del terrible cerco. Les obligarían a formar el ataque por escuadrillas escogiendo víctimas, pero no atacándolas en masa.

Pronto empezó el terrible combate. Los cañones de tiro rápido, elevados al máximo, vomitaban proyectiles buscando en el vacío las veloces siluetas de los cazas, que giraban y planeaban para descender y dar sus terribles pasadas con las ametralladoras, aquellas pasadas trágicas que barrían las cubiertas, destrozaban cuanto se oponía a su paso y diezmaban las tripulaciones, cosiéndolas a tiros.

Pero también en las lanchas había excelentes ametralladoras para acoger a los aparatos, cuando en su peligroso descenso cruzaban como rayos por encima de las naves, y Wilson, con una entre sus manos, aguardaba impávido el momento de verse acometido por el primer caza. Éste descendió en picado para después enderezarse muy bajo y cruzar veloz por encima de la torpedera, escupiendo metralla con un tableteo ensordecedor. Wilson le esperó, resguardándose tras la torreta central, y frío, dominador, despreciando el peligro, enfiló la ametralladora contra él y la hizo crepitar con valentía. El aparato cruzó por encima de la lancha destrozando cuanto las ráfagas de metralla enfocaban en su radio de acción, pero el aparato del bravo marino le correspondió clavando en su vientre y en sus alas la mortífera carga de su máquina.



...se estremecieron al contemplar los estragos que la aviación y las bombas volantes habían causado en la capital...

El avión salió del objetivo intentando remontar de nuevo el vuelo, pero no pudo. Una densa nube de humo le envolvió, el aparato se bamboleó de izquierda a derecha y luego se produjo una explosión formidable. Lo que minutos antes era un soberbio caza se convirtió en un montón de chatarra que se hundió en las aguas, veloz. Gritos de triunfo y dolor acogieron la hazaña, pero nada

había sucedido. El resto de los aparatos se entregaba a la sañuda destrucción, y aunque otro caza había sido tocado en un ala y caía de costado al mar, el resto de la escuadrilla seguía dando pasadas a las maltrechas lanchas y sembrando la muerte y la destrucción en ellas.

Un nuevo aparato atacó a la torpedera de Wilson. Éste, con su máquina recargada, le esperó y de nuevo, con fría serenidad, le atacó al ser atacado.

Pero esta vez sintió el angustioso dolor de la mordedura de los proyectiles. Algo pareció abrasar su mano izquierda cuando sujetaba la ametralladora, y luego sintió que se le escapaba de las manos cuando el avión se alejaba ya de él. Le vio cómo entre sueños cabecear buscando el agua, y cayó junto a la ametralladora privado de sentido.

De haber tenido la suerte de mantenerse firme unos minutos más, hubiese tenido el consuelo de ver aparecer en el aire una poderosa fuerza de cazas aliados que en ataque irresistible se lanzaba contra los diezmados y averiados aparatos alemanes, y entablaba con ellos una feroz pugna que terminaba rápidamente con la huida de cuatro aparatos solamente. El resto había quedado hundido en las aguas para siempre.

Pero el destrozo causado en la flotilla era enorme. Una lancha se hundía pausadamente, otra tenía los motores inutilizados y necesitaría de remolque, y la suya propia presentaba la cubierta que era un montón de astillas.

Pero Wilson no pudo ver nada. Quedó en tierra junto a su máquina, sangrando por diversos sitios y privado de conocimiento.

Rápidamente se procedió a recogerlo y a trasladarlo a su camarote. Elsa, que había permanecido angustiada en él, pateando la puerta y tratando de forzar la salida, cuando él paso quedó libre y vio a Wilson ensangrentado en brazos de sus hombres, emitió un grito que le salió del fondo de su alma, y exclamó alocada:

—¿Muerto?

—No, señorita —dijo un marino—, pero al parecer, grave. El doctor lo dirá. Ahí viene.

El médico de a bordo se presentó atándose un pañuelo al antebrazo, donde le había alcanzado un proyectil y despreciando su herida dejó su cartera sobre Ja mesilla, diciendo:

—Déjenme sólo con el practicante. Llévense a la joven.

CAPÍTULO XI

JUNTOS EN LA TRAGEDIA

Elsa fue autorizada para subir a cubierta y cuando la pisó y vio los destrozos que habían sufrido y el desorden que reinaba a bordo, se tapó los ojos para no mirar. Los tripulantes ilesos transportaban cuerpos heridos que ellos mismos debían atender, mientras el médico curaba al capitán, y, piadosa, se adelantó, diciendo:

—¿Me permiten? Soy enfermera, y para mí no hay enemigos ni amigos a la hora del dolor. Sólo hay heridos.

El teniente la autorizó a ayudarles, y ella, heroica, trabajo con el alma angustiada en mitigar el dolor y restañar la sangre de los caídos.

Mientras, la flotilla navegaba escoltada por los cazas en busca de la costa. No estaba en condiciones de dirigirse a su base y debían anclar en el lugar más próximo, para evacuar los heridos y reparar como fuese posible el destrozo de las lanchas.

Era media tarde, cuando Elsa, agotada, daba fin a su primera jornada de enfermera. El último herido había sido atendido, y de momento, sólo era preciso vigilarlos.

Fue entonces cuando se encaró con el médico de a bordo, preguntando:

—¿Puedo saber cómo está el capitán Hopkins?

—El capitán, relativamente bien. Saldrá de ésta porque sus heridas no son mortales, pero… me pregunto qué impresión sufrirá cuando al darse cuenta de lo sucedido sepa que aquí se acabó su carrera de marino en activo.

—¿Que se acabó? ¿Por qué?

—Porque la guadaña de las ametralladoras le ha cercenado la mano izquierda.

Elsa emitió un grito inhumano, y cayó desvanecida de modo fulminante en brazos del teniente.

* * *

La flotilla tuvo que fondear en la rada de un pequeño pueblo pescador de la costa. Allí se improvisó un hospital de sangre, donde los heridos fueron acomodados en tanto llegaba personal pedido al Alto Mando. Las naves no estaban en condiciones de seguir hasta Dover, debido al temporal, y los heridos tampoco podían permanecer a bordo sin mejores auxilios.

Elsa, que al volver de su desmayo había procurado mantenerse todo lo fuerte que pudo, se incorporó al servicio sanitario en el pueblo, y fue una ayuda eficaz y valiosa para atender a los heridos.

El teniente no le había autorizado a ver al capitán después de aquel expresivo desmayo, pero cuando el improvisado hospital estuvo establecido, le permitió acudir a su lado.

Wilson había vuelto ya en sí y aparecía con el cuerpo vendado y la mano convertida en un muñón blanco Cuando ella, incapaz de hablar, se acercó a su lecho, él, gravemente, dijo:

—Gracias, Elsa, ya me han contado cómo se ha excedido en su deber humanitario para con mis hombres. Lo haré presente para que se lo tengan en cuenta.

—No necesito recompensas, Wilson. Por todos los santos, ¿qué le sucedió?

—Ya lo sabe. Dios lo ha querido así, y así he de aceptarlo. Más le hubiese agradecido que me llevase en aquel momento todo por entero. Hubiese sido una muerte gloriosa, y el término de todos mis males. Ahora…

—Ahora, ¿qué va a pasar?

—Puede figurárselo, Elsa. Sus compatriotas no tendrán ya nada que temer de mí, porque sólo seré un pobre mutilado, arrojado a un rincón por inservible.

—Eso no, una mano es muy precisa, pero para mandar un barco…

—Un barco hay que mandarlo y defenderlo. Yo sólo podría hacer lo primero, y hay otros enteros capaces de hacer más que yo.

Me relegarán a un segundo término, a un servicio pasivo sin pena ni gloria y después… me enviarán a mi casa como un trasto viejo a vivir de mi pensión. Mi carrera ha muerto con mi mano.

—No se desespere. Después podrá hacer muchas cosas para vivir. Todo no va a ser guerra, y harán falta hombres para la paz. Al menos su vida…

—¿Mi vida? Maldito si la quiero para nada. Vale tan poco y tiene tan poco que esperar, que es una carga.

—No diga eso. Algún día pensará de otro modo.

—Es usted muy optimista, yo no, pero dejemos eso, Elsa, porque ya no tiene remedio. Le agradezco mucho lo que ha hecho por mis hombres, y eso me alegra, porque su vida se ha salvado y ha devuelto usted bien por mal. Sólo lamento que un día tengamos que ir a Londres. Allí…

—No se preocupe del porvenir. Cada cual debe aceptar con cristiana resignación lo que Dios le tiene reservado.

* * *

Los heridos permanecieron más de quince días en el improvisado hospital del pueblo pesquero. El Alto Mando había enviado personal sanitario al poblado, pero Wilson se había reservado acompañar a Elsa a Londres, cuando estuviese en condiciones de hacerlo, y suplico que se la permitiese actuar como enfermera mientras él se hallase allí.

Sus heridas habían sido leves, salvo la de la mano. Se las produjeron algunas esquirlas, y todas habían casi curado. En cuanto a la mano, una vez amputada, sólo era cuestión de que el muñón cicatrizase. Día a día se sentía repuesto, y a medida que se reponía, su angustia era mayor. Un día, el módico que les atendía le daría el alta para poder trasladarse a Londres, y aquél sería el más amargo de su vida.

Elsa visitaba al herido varias veces al día, y hasta había recabado para ella el honor de atender la mano mutilada, y Wilson se sentía dichoso de saberla junto a él, aunque aquello avivaba su pasión y haría más doloroso el momento en que tuvieran que separarse.

Hasta que tres semanas más tarde, el médico se encaró con Wilson, diciéndole:

—Capitán: en Londres le reclaman, si está en condiciones de ir allí. He contestado que nada le impide hacer el viaje.

—Gracias, doctor. Iré cuando se me ordene.

—Por mí, puede marchar cuando guste.

—En ese caso… mañana mismo.

El momento temido había llegado, y tenía que ser fuerte, como correspondía a su deber. Aquella misma tarde abordó a Elsa, diciéndole con voz sorda:

—Siento darle una mala noticia, Elsa. Me hubiese gustado parar el reloj del tiempo aquí mismo, hasta que las hostilidades hubiesen terminado, pero no soy Josué para detener el sol.

—Lo esperaba, Wilson… ¿Cuándo marchamos?

—Mañana mismo. Me reclaman en Londres.

—Pues mañana me tendrá a sus órdenes.

La joven preparó unas modestas ropas que había adquirido en un comercio del pueblo, y a la mañana siguiente, en unión del capitán, tomó el tren para Londres.

Habían ofrecido a Wilson una escolta por si la necesitaba, pero él la rechazó. Sabía que no la necesitaba, y que Elsa no intentaría escapar, porque hubiese sido un esfuerzo inútil y perjudicial para ella.

Hicieron un viaje muy sombrío. Cada milla que el tren adelantaba hacia Londres, era un puñal que se clavaba en el corazón del bravo marino. Se preguntaba qué nuevas negruras le reservaría el Destino, y qué iría a ser de su vida en el futuro.

Cuando llegaron a Londres y desembarcaron del tren, tanto Wilson como Elsa se estremecieron al contemplar los estragos que la aviación y las bombas volantes habían causado en la capital. Por todas partes salían a su paso frescas y hondas cicatrices producidas por los bombardeos, y aquello era algo que encogía el ánimo del más frío.

El miró de reojo a la joven, y captó su estremecimiento de angustia. Sordamente, preguntó:

—¿La sobrecoge todo esto, no es cierto?

—En efecto; ¿por qué voy a negarlo? Me asusta lo que veo, porque sospecho que si estuviese en Berlín, vería algo parecido.

Se encaminaron al Ministerio de la Guerra, donde Wilson era esperado. Cuando se hizo anunciar, un coronel salió a recibirle,

invitándole a pasar a un despacho.

El, preguntó:

—¿Debo entrar solo? Traigo una prisionera.

—Que espere aquí fuera. Pase usted.

Elsa, rígida, quedó en el antedespacho, y Wilson, con su brazo en cabestrillo, siguió al coronel.

En el despacho se hallaba el ministro y varios genérales de distintas armas. Wilson saludó militarmente y permaneció tenso.

—Adelante, capitán Hopkins —dijo el ministro—. Antes de nada quiero expresarle nuestro agradecimiento por sus heroicos servicios en bien de la patria, y testimoniarle en nombre propio y en el del Estado Mayor el dolor por el trágico accidente que le ha privado de su mano. La gloria no está exenta de sacrificio muchas veces, y así hay que aceptarla, como hombres duros y curtidos.

—Yo no me lamento, excelencia. Mi sacrificio ha sido mínimo comparado con el de otros, y sólo lamento que él me prive de poder ofrecer el resto de mi pobre cuerpo a la causa de la justicia y el derecho.

—De eso hablaremos después, capitán. De momento sólo le diré que hay firmados unos expedientes de recompensa para usted. Varias cruces soberbiamente ganadas, y un ascenso inmediato por sus valiosos servicios.

—Su excelencia me abruma con la noticia. Nada he deseado, sino contribuir al éxito de nuestros planes.

—Pero la patria sabe corresponder al sacrificio. En su momento recibirá las comunicaciones. Ahora, hablemos de la prisionera.

—Se trata de la señorita Elsa Hease, de Berlín. Enfermera diplomada, de la que, desposeído de todo encono, tengo que hacer los mejores elogios. A bordo de mi lancha se comportó magníficamente contribuyendo a curar nuestros heridos, y en el hospital del poblado siguió comportándose abnegadamente. Más que recompensas para mí, me atrevería a suplicar un trato lo más suave posible para ella.

—¿La conocía usted?

—Sí. Tuve amistad con ella durante mi permanencia como agregado naval a la Embajada inglesa en Berlín. Una excelente muchacha.

—Parece que la elogia con excesivo calor, capitán.

—En este momento soy un hombre simplemente, y como tal la juzgo. Sin embargo, la apresé cuando hundí su barco, y la pongo a disposición del Alto Mando. No pido nada que se salga del deber y de la humanidad.

—Muy bien, capitán, y nosotros, en atención a usted, la trataremos con la máxima cortesía, sin que por eso deje de ser una prisionera. En las proximidades de Londres tenemos un pequeño campo de concentración donde hemos confinado a todas las alemanas que había en Londres, y creo que se le puede confiar la enfermería del campo. Estará bien atendida, salvo que no gozará de libertad para salir de él.

—Les quedo muy agradecido por la noticia, y espero que ella sepa darse cuenta de la distinción.

—Muy bien. En ese caso, usted mismo le comunicará el acuerdo, y puesto que parece poseer tanto interés por ella, puede acompañarla hasta su nuevo alojamiento. El coche que ha de llevarla, está preparado. Daré orden para que le permitan acompañarla.

—Muchas gracias, excelencia. ¿Algo más?

—Sí. Mañana a estas horas vuelva por aquí, y le comunicaremos lo que se haya decidido a propósito de su futuro.

—Pues a sus órdenes.

Saludó militarmente, y salió al antedespacho. Elsa, rígida, esperaba los acontecimientos.

El, sordamente, advirtió:

—Vamos, Elsa, sígame.

—¿Se ha decidido ya mi suerte?

—Sí, y en medio de la desgracia, espero que no se sienta muy infeliz. Me han comunicado que en atención a mí y al interés que tengo por usted, la han destinado a un pequeño campo de concentración de mujeres alemanas que hay en las afueras de Londres. Se encargará de la enfermería, y estará muy bien, salvo que no gozará de libertad para salir de allí. No he podido conseguir nada mejor.

—Y yo se lo agradezco. Es mucho más de lo que esperaba obtener. Cuando quiera.

Un oficial les esperaba. Salieron al exterior, donde un auto les recogió, arrancando veloz.

Wilson no sabía dónde estaba emplazada la atenuada prisión a que era conducida la joven, y siguió con interés la dirección del auto. Éste rodó por Ottenham Court Road, penetró en Rich Street, y por Hamps-tead Road salió a Regents Park, bordeándolo, para ir a detenerse junto al campo de *Cricket* Croud, donde un gran edificio de rojo ladrillo con alta tapia, marcó el fin del itinerario.

Era allí donde se hallaban concentradas las alemanas residentes en Londres, y donde Elsa debía unir su suerte a la de sus compatriotas durante el tiempo que durase la contienda.

La guardia les recibió, haciéndoles pasar al interior, donde el director del campo les acogió amablemente.

Wilson visitó las dependencias del confinamiento, quedando satisfecho de la limpieza, el orden y la tranquilidad, allí reinantes. Había más de trescientas mujeres recluidas en el enorme edificio, pero nada presentaba síntomas de hacinamiento ni de descuidado trato.

Tranquilo por lo que veía, se dispuso a abandonar a la joven. Ésta se mostraba entera y firme, mientras él no podía dominar la angustia que le embargaba.

Wilson, realizando un gran esfuerzo para mantenerse sereno, tendió su mano a la joven, diciendo:

—¿Puedo despedirme de usted… ofreciéndole mi mano?

—¿Por qué no? —repuso ella, tomándola entre la suya—. Le estoy muy agradecida a sus atenciones, que no merezco.

—No diga eso. Si hubiese podido hacer otra cosa sin detrimento de mi deber, puede estar segura de que lo hubiese hecho.

—Se lo agradezco.

—Sólo desearía que no me guardase mucho rencor por todo lo pasado. La fatalidad ha intervenido sobre la propia voluntad, y… fue más allá de lo que hubiese deseado.

—No se preocupe por eso. Mi opinión cuenta poco.

—Para mí mucho, y usted lo sabe. En fin, el Destino nos pone a prueba, y hay que soportarlo. Le prometo venir a visitarla de vez en vez, si me quedo en Londres y mis obligaciones me lo permiten.

—¿No sabe aún cómo dispondrán de usted? —preguntó ella, un tanto nerviosa.

—No. Hasta mañana no sabré nada.

—Pues a pesar de todo le deseo suerte. Usted ha pagado ya su

contribución de sangre, y merece un buen descanso. Quizá como alemana me alegre de que le inmovilicen aquí. Es usted demasiado peligroso, lanzado a la lucha.

—Gracias por el elogio que no me envanece, sino todo lo contrario. En fin, mañana sabré lo que me reserve la suerte, y si me enviasen lejos de aquí, le prometo no marchar sin despedirme. Si necesita algo, pídamelo sin escrúpulos, y se lo proporcionaré.

—Gracias. Creo que aquí tendré de todo lo más preciso, y fuera de eso, no necesito nada. Gracias, de todos modos.

—Adiós, Elsa, hasta siempre.

—Adiós, capitán.

Él se retiró con la cabeza baja, y ella le siguió con ojos brillantes hasta que abandonó la estancia. Luego se volvió hacia el vigilante que la esperaba para conducirla a su destino.

Wilson, sombrío, regresó al centro de Londres en el mismo auto que le había conducido, y aquel día, para alejar de su mente el recuerdo, se entregó a la dolorosa tarea de recorrer Londres y apreciar los destrozos que los bombardeos habían producido en él.

Se sintió desgarrado al comprobar que eran más terribles que él los había supuesto. La aviación alemana, obstinada en domeñar el altivo orgullo británico, se había ensañado con la hermosa capital.

El espectáculo le dejó tan deprimido, que se apresuró a buscar alojamiento hasta el día siguiente. No quería ver más aquello, y sólo ansiaba que le enviasen donde se pudiese luchar cara a cara con la muerte, y devolver golpe por golpe.

Al día siguiente, se presentó en el Ministerio. Esta vez no fue recibido por el ministro, sino por un general de Estado Mayor, quien le dijo:

—Capitán Hopkins: suponemos que se habrá dado cuenta de su situación.

—¿Se refiere usted a la pérdida de mi mano?

—En efecto, a eso me refiero.

—Me he dado cuenta, mi general. ¿Qué quiere decirme con eso?

—Que desgraciadamente, la falta de esa mano nos priva de un hombro excepcional para ciertas misiones, y a usted le priva de seguir aumentando sus laureles de aquí en adelante.

Wilson, con temblores en la voz que no pudo ocultar, preguntó:

—¿Quiere eso decir que… me destinan a… inválidos?

—Hasta cierto punto, comandante.
—Capitán nada más hasta ahora, mi general.
—Comandante ya, porque ha sido usted ascendido. A partir de este momento será comandante del Servicio de Precauciones Antiaéreas. Los miembros de este Cuerpo cuidan del orden, ayudan a sofocar los incendios, dirigen las brigadas que remueven los escombros para buscar a los sepultados y auxilian a los heridos. Es trabajo duro y penoso que requiere hombres enteros, valerosos, faltos de nervios y sobrados de corazón para moverse bajo la acción aterradora de las bombas. Usted asumirá el mando de una de las brigadas que actúan en el centro de la capital. El capitán que la mandaba, por cierto un hombre muy valiente, murió a causa de una bomba hace unos días, y estábamos buscando un hombre entero que le substituyese. Hemos decidió que nadie mejor que usted. Su mano perdida no será obstáculo para que mande y dirija esos puñados de hombres abnegados que se juegan la vida casi todas las noches acudiendo a los lugares más afectados a prestar su valiosa ayuda, y a dar ejemplo de serenidad cuando el pánico puede ocasionar mayores víctimas aún. Es un servicio peligroso, pero que además exige entereza, dominio de mando y serenidad. A usted le sobra de todo eso, y puede llevar a cabo su misión con agrado de todos.
Wilson no contestó. Sentía el dolor de verse privado de su barco, alejado de las zonas de lucha, pero en medio de su dolor calibraba la importancia del cargo que se le asignaba. Algo muy honroso y expuesto, pero de un alto valor humano que no podía desdeñar.
—Muy agradecido a la distinción, general. Si entienden que ya no puedo dar mejor rendimiento en la vanguardia, pondré mi entusiasmo y mi fe al servicio de los infelices que no tienen más medios de defensa que huir, llorar y rezar.
—Gracias, comandante. Ahora le acompañará mi ayudante para hacer su presentación y que tome usted posesión de su puesto. Nadie puede impedir que dentro de unos minutos nos veamos bajo los terribles efectos de las bombas, y que tenga que empezar a actuar rápidamente.
Llamó a su ayudante, y le dio orden de acompañar a Wilson a su nuevo destino.
El cuartelillo de servicios pasivos de emergencia estaba instalado

en un gran edificio de Burd Cage Valk, junto al Parque de St. James, y no lejos de Buckingham Palace, en previsión de que el regio edificio sufriese los efectos de los bombardeos.

En él se habían realizado obras profundas para resguardar el material de socorro. En los sótanos de cemento había bombas contra incendios, escaleras plegables, camillas, aparatos extintores portátiles, caretas antigás, grandes hachas, picos, palas, botiquines de urgencia y cuanto era preciso para su misión.

La unidad se componía de cincuenta hombres ya curtidos en su piadosa y arriesgada tarea. Todos hombres fuertes, animosos y prestos a ofrecer su vida a cambio de la de sus semejantes.

Wilson fue presentado a la escuadra volante para darle posesión del mando, y como su nombre era conocido y venerado en toda Inglaterra, aquellos valientes se sintieron orgullosos de ser mandados por tal héroe.

A partir de aquel momento, su escuadra prestó valiosos y arriesgados servicios, y Wilson, sombrío, hermético, poco comunicativo, sólo parecía salir de aquel marasmo cuando los avatares de la guerra aérea le obligaban a sumarse al peligro, exponiendo su vida en el fragor de los bombardeos.

Por dos veces se había escapado a ver a Elsa, quien resignada se mostró satisfecha del trato recibido. También ella se había entregado por entero a la piadosa misión de animar a sus compatriotas y hacerles menos duro el encierro, y era lo que le distraía y le hacía menos largo y penoso el transcurrir del tiempo.

Las visitas habían sido protocolarias, y nada se había hablado en ellas de sus sentimientos particulares, que parecían haber quedado enterrados en el olvido.

CAPÍTULO XII

LA NOCHE TRÁGICA

Una noche, algún tiempo después, el manto de sombras cayó entre cendales de luz plateada. La clásica niebla de Londres, aquella niebla bienhechora que había atenuado muchos bombardeos, había desaparecido por completo, y a cambio, una luna resplandeciente de plata rodaba por el cielo, como si sintiese curiosidad de asomarse a la ciudad martirizada y contemplar sus destrozos.

Y varios millones de seres temblaron con angustia al contemplar su redondo y plateado disco. Nada más trágico para los londinenses que aquella luna boba que sería el mejor aliado de sus enemigos para mostrarles los objetivos y facilitarles su terrible misión destructora.

Inmensos y potentes haces de luz más blanca que la de la luna asaeteaban el cielo en una zarabanda pintoresca que se cruzaba en juegos infantiles, y en los altos edificios, la D. C. A., servida por hombres valerosos e intrépidos, se preparaba a recibir con los antiaéreos la segura visita de las poderosas formaciones de bombarderos alemanes.

Ni una sola luz brillaba en los huecos de ventana. Londres parecía una ciudad fantasma sumida en un sueño de abandono, donde los edificios, como monstruos dormidos, se hacinaban en hileras o en cuadriláteros. Pero todos los corazones velaban y latían con angustia, porque sabían que aquella noche sería noche de duelo, de muerte y de destrucción.

Muchos que habían visto hundirse el sol contando con un

amante hogar donde refugiarse, amanecerían como parias arrojados de sus nidos.

Las primeras horas de aquella nerviosa noche fueron deslizándose tranquilas, pero con lentitud desesperante. A pesar de aquella calma letal, nadie se dejaba engañar por ella; el corazón les decía que como otras, los destructores bombarderos harían su trágica aparición en la madrugada, y sus bombas de muerte continuarían atronando los oídos y destrozando los nervios de la población civil.

Y eran aproximadamente las tres de la mañana, cuando de un modo súbito y brutal, las sirenas, rompiendo en un coro agobiador de bramidos prolongados y tristes, lanzaron el primer aviso de alarma. Los puestos avanzados de observación anunciaban la próxima llegada de los trágicos aviones; y la voz de alerta de las sirenas avisaba el peligro.

Los más rezagados en abandonar sus hogares se lanzaban a las calles, corriendo hacia los refugios; los hombres de la defensa pasiva se preparaban para actuar heroicamente, los cañones antiaéreos estaban dispuesto a vomitar sus proyectiles, y las escuadrillas de cazas habían remontado el vuelo para enfrentarse con los asaltantes.

Luego, sobrevino un buen rato de calma angustiosa. Las sirenas dejaron de vibrar dolorosamente, y un silencio opresor reinó en todo el perímetro de la gran ciudad.

Hasta que el viento empezó a llevar en sus alas el rugido sordo y lejano de los potentes motores, rumor que se iba acercando como un ventarrón de tormenta haciéndose a cada momento más poderoso.

Y de repente, el estallido de los cañones, el voltear en el cielo de los haces de los reflectores tratando de enfocar a los bombarderos para hacer más visible el blanco, y un ruido profundo y estremecedor de motores, al tiempo que los primeros aparatos empezaban a desplegarse muy altos sobre la ciudad, intentando envolverla en el dramático circulo de sus bombas.

Brillantes bengalas que parecían descender en pequeños paracaídas como lindos juguetes para asombrar a los niños, se mecían graciosamente en el aire, estallando en luces que iluminaba mejor los objetivos, y de repente las primeras y potentes

explosiones.

Las bombas descendían por secciones en una sucesión ininterrumpida de objetos negros y alargados quo caían silbando siniestramente. Luego, a medida que la rapidez del bombardero las iba dejando caer, formaban una estela de terribles explosiones, que marcaban un reguero de destrucción como una larga y profunda sangría en el macizo de construcciones que cogía a su paso.

Wilson, tenso, heroico, en la terraza del edificio seguía con sus prismáticos la estela de desolación. Despreciando el terrible peligro que corría, estudiaba el radio de acción de los bombardeos para captar el que se hallaba confiado a su misión, y cuando alguna bomba caía dentro de él, el teléfono portátil que tenía a su lado vibraba transmitiendo una orden seca y tajante:

—En palace Street, esquina a Wilfred Street, está ardiendo una casa. Seis hombres en su auxilio… A Brewer Street dos ambulancias; acaba de derrumbarse un edificio…

Y así iba dando órdenes a sus hombres para que se desplazasen en medio del peligro, sin contemplación para sus vidas y sin escatimar la propia en aquel servicio de socorro a su cargo.

Y era impresionante ver cómo las bombas contra incendios rodaban vertiginosas haciendo vibrar sus sirenas en medio de los estampidos de las explosiones, y cómo aquéllos esforzados campeones de la humanidad despreciaban sus vidas por salvar las ajenas.

A veces, era el teléfono el que llevaba hasta él la voz de socorro, marcándola lugares que escapaban al control, y nuevos grupos de hombres salían hacia los lugares afectados, hasta agotar el número disponible y no ser posible atender a todos.

Entre tanto, arriba, en el cielo, se libraba una feroz batalla entre los bombarderos, los cazas de protección y los cañones de la
D. C. A.

Una escuadrilla runruneaba en torno al Palacio. Los antiaéreos, apostados en derredor del recio edificio, cruzaban sus tiros peligrosamente, defendiéndole, y se captaban en el azul del espacio las volutas de humo de los proyectiles al estallar buscando a los aviones.

Wilson vio cómo uno tocado plenamente, cabeceaba y se hundía con estrépito Dios sabia sobre qué edificios y otro, cómo arrojando

humo negro por la cola pretendía huir, para perder altura más lejos y desaparecer de su vista, pero otros suplían a los abatidos, y nuevamente giraban en torno al horno de destrucción.

Nuevas explosiones sucedían a las recién apagadas. La luz plateada de la noche adquiría tonos rojizos en diversos lugares, al elevarse las llamas de los incendios, y casas enteras desaparecían del plano de la ciudad como hundidas en la tierra.

Y de repente, el vibrar de los antiaéreos cesó, como apagados por una mano poderosa, pero, sobre el cielo sonrió algo más espectacular, un enjambre de cazas ingleses dispuestos a cobrarse fieramente el bombardeo.

Y se entabló una terrible batalla, en la que unos y otros se acometían con furor. Las ráfagas de ametralladora formaban filas interminables de reflejos rojizos que buscaban un objeto. Aparatos que huían, otros que cabeceaban, algunos que chocaban en el aire, y al estrellarse se incendiaban mutuamente, cayendo unidos a tierra, y de vez en vez, blancas rosas hinchadas en el vacío, balanceando cuerpos jóvenes y luchadores, que en última instancia habían confiado la salvación de sus vidas a los frágiles paracaídas, lanzándose al espacio sin saber dónde irían a caer, cómo y qué iba a ser de ellos al final.

Y la batalla terminó. Los aviones enemigos, cumplida su misión, se batían en retirada, no sin pagar con su tributo a la muerte, y los cazas ingleses, rabiosas, decididos y trágicos, emprendían su persecución dispuestos a no dejarles escapar mientras les quedase un solo cartucho que disparar sobre ellos.

El ruido de la lucha cesó, las sirenas volvieron a vibrar dando fin a la alarma, y de los refugios brotaron a miles los aterrados habitantes, corriendo en busca de sus hogares, algunos de los cuales ya no volverían a encontrar.

Gritos de dolor y de alegría, lamentaciones y llamadas, abrazarse mutuamente y llorar unos en brazos de otros; de todo tenía el trágico cuadro a la luz de los incendios, que ahora todo el personal apto para ello trataba de ahogar con su esfuerzo.

Y amanecía, cuando algunos de los subordinados de Wilson volvían agotados, pero animosos, a dar cuenta de su misión. El teléfono no cesaba de vibrar, y había llamadas alejadas de otros sectores, solicitando ayuda de los menos recargados para sofocar

incendios o levantar escombros en busca de víctimas.

Y de repente, Wilson tembló como si le hubiese sacudido la explosión de una de aquellas bombas.

El puesto de emergencia de Regents Park solicitaba angustiosamente ayuda. Una de las últimas bombas había caído sobre el edificio del campo del *Cricket* Croud, donde estaban albergadas las prisioneras alemanas, y ardía por sus cuatro costados haciendo casi imposible todo intento de salvación.

Wilson, como loco, empezó a cursar órdenes. Todos los carros apagafuegos disponibles a sus órdenes, todos los hombres aptos para seguirle, y requiriendo uno de los automóviles del servicio de incendios, fue el primero en lanzarse a marcha suicida camino del *Cricket* Croud.

Un fiero dolor, una cólera terrible le invadían. El Destino continuaba batiendo sobre su entereza, y ya no podía más. Si Elsa había caído en la destrucción, él caería dentro del mismo brasero, dejándose abrasar en él.

Cuando llegó allí, el edificio envuelto en llamas amenazada con arder totalmente. De dentro partían los gritos desgarradores de las infelices mujeres condenadas a la hoguera, y el bravo marino, despreciando el peligro, se armó de un hacha y de un extintor, y saltando el primero por un boquete abierto en la tapia, rugió:

—¡Hombres de corazón, detrás de mí! No son enemigas, son infelices mujeres que se abrasan. ¡Adelante!

Un grupo de valientes le siguió luchando con el humo y las llamas, y, atravesando el jardín, irrumpieron en el edilicio, donde todo era dolor, pánico y desolación.

Dominando el tumulto, los gritos, las lamentaciones y los lloros, Wilson, con voz potente, gritaba:

—¡Elsa!… ¡Elsa!…

Buscaba la enfermería. Cuando ganaba la escalera, surgió una mujer llevando en sus brazos a otra desmayada. Wilson la reconoció al instante:

—¡Elsa!… ¡Por fin!

Ella descendió impávida, entregándole el cuerpo que llevaba entre sus brazos.

—Tome, Wilson… —dijo sencillamente—. Gracias por su ayuda… Llévesela, y sálvela si puede.

—No, usted primero. Yo…

—Yo la última o nunca. Llévesela.

—Pero no se me pierda, Elsa. Me arrojaré al brasero si usted no se salva.

—Será lo que Dios quiera. Vaya y vuelva. Arriba hay otras infelices desmayadas.

Wilson descendió raudo, entregando el cuerpo a un auxiliar y volviendo a ascender. Elsa bajaba ya con otra compatriota en brazos.

Fuera, las escalas funcionaban alcanzando las ventanas altas, para descender a las que intentaban arrojarse desde la altura. Lonas extendidas entre varios hombres recibían en el vacío a las que saltaban intrépidas y suicidas antes de dejarse abrasar, y las mangas de agua batían las paredes, tratando de contener el fuego que ascendía devorador.

Y llegó un momento en que Wilson se vio con la retirada cortada. Las llamas habían ganado la escalera, y le empujaban hacia arriba.

Elsa había conseguido evacuar a las infelices que, más sensibles, no habían poseído ánimo para resistir el pánico. La parte alta quedaba libre de prisioneras.

Wilson, angustiado, exclamé:

—¡Elsa!, no podemos salir ya. Hemos apurado hasta el último extremo. Ahora…

—Lo siento por usted; a mí me es indiferente ya…

—Y a mí, si usted desaparece. Si tanto le pesa la vida, a mí lo mismo, y ninguna ocasión mejor que ésta para acabar con esa carga. Moriremos juntos, y para mí será una gloria caer a su lado.

—No; usted, no. Usted tiene una misión que cumplir, y arriesgó su vida por salvar la mía. Procure salir; es hombre, y lo conseguirá más fácilmente.

—No lo sé, pero usted por delante, Elsa. Usted, o ninguno.

Elsa le miró intensamente, y, conmovida, repuso:

—Wilson… por compasión; ¿tanto me ama?

—Más que a mi propia vida; ya lo ve.

—Entonces… en este momento en que los dos vamos a morir, creo que no es un pecado confesar que yo también le amo lo mismo, y porque creo que este amor es imposible, renuncio a la vida antes

que a él.

Wilson se lanzó sobre ella, y la apretó en un fuerte abrazo; ella le correspondió, y ambos quedaron unidos prietamente apretados, mientras el humo les envolvía y las paredes crepitaban a su alrededor.

En aquel momento, alguien abatió la puerta, y un soldado penetró en la estancia.

Al verles, gritó:

—¡Comandante Hopkins, por todos los santos, que va a morir abrasado! Venga por aquí, comandante. Acabo de entrar por una de las ventanas. La escala está tendida, pero habrá de darse prisa, porque las llamas van a envolverla. ¡Corran, por Dios!

Salió por delante para guiarles, Wilson quedó tenso, y, mirando a la joven, dijo roncamente:

—Elsa aun hay un momento de salvación. Podemos escapar de la muerte, pero… para volver a la vida con toda su gloria. Si me confesó su amor porque creía que iba a morir y no está dispuesta a sostenerlo después… mejor es quedarse, juntos para siempre, pase lo que pase, o juntos nuestros cadáveres para la eternidad.

Ella, pálida como una muerta, balbució:

—Wilson… yo… yo…

Y no pudo decir más. Aquella mujercita valerosa y entera se sintió abatida como un roble segado por la acción del rayo, y cayó fulminantemente al suelo.

Él se abalanzó sobre ella, se la cargó al hombro y corrió en busca de la salvación que aún se le ofrecía.

El soldado ya había saltado por la jamba de la ventana, y descendía raudo por la escala. Wilson se asomó y vio debajo de ella el trágico brasero que ascendía, como si en última instancia tratase de impedir que salvase su preciosa carga.

Con la mano sana se aferró a la jamba, saltó guardando el equilibrio, y ganó los primeros peldaños de la plegable escalera, iniciando lento el descenso para no perder el cuerpo de Elsa, que se mecía peligrosamente sobre su hombro.

Alguien gritó angustiado, desde abajo:

—¡Por todos los santos, comandante, arroje su carga o morirán los dos abrasados! La escala se incendiará.

Él sonrió ferozmente ante el aviso… ¿Soltar a Elsa? ¿Dejarla

estrellar contra el piso, para salvar su mísera vida? ¡Nunca! Se salvaría con ella o con ella moriría, pero ya nunca más se separaría de su lado.

Y tratando de ser todo lo rápido que su mano cercenada le permitía, continuó el descenso, sintiendo que las llamas pugnaban por alcanzarle por debajo de la escala, y temiendo el momento en que tendría que descender por debajo de ellas.

Hasta que una voz potente, rugió:

—¡Comandante: aquí hay una lona; arroje ese cuerpo, por el amor de Dios, o se abrasarán los dos!

Wilson miró a su derecha. Vio la lona tensa sostenida por manos angustiadas, y en un movimiento de hombros lanzó el cuerpo de Elsa sobre ella. Le vio rebotar como un pelele, y la lona cedió blandamente, depositándola en tierra.

—Ahora usted, comandante; no puede bajar más por ahí.

Él lo comprendió, y soltando su mano del travesaño de la escalera, se lanzó al vacío, para ser recogido como la joven.

El peligro había pasado. Ambos estaban a salvo, y la escalera fue retirada febrilmente.

Wilson, reaccionando, se preocupó de los trabajos de salvamento, pero cuanto podía hacerse se había hecho. Un buen número de prisioneras habían sido rescatadas de las garras de la muerte, pero ya nadie podría hacer nada por las que no lo habían sido, más que rezar.

El edificio era una hoguera. Las paredes empezaban a desplomarse en un montón de ruinas, y los servidores del grupo de emergencia no podían hacer más que arrojar sobre él torrentes de agua.

Wilson, limpiándose el sudor que perlaba su frente, ordenó llevarse a las siniestradas a un refugio provisional, y en cuanto a la desmayada Elsa, advirtió:

—Métanla en mi coche. Me la llevo.

Y con ella se dirigió de nuevo al cuartelillo, donde hizo habilitar un lecho del refugio para la joven.

* * *

El día había amanecido y las tropas de servicio interior recorrían todo el perímetro de la ciudad, buscando los restos de la batalla.

Algunos aviones habían caído en plena población, hundiendo edificios, explotando en ellos y levantando nuevos incendios, y los restos de los abrasados aparatos se consumían en la hoguera, junto con los cadáveres de sus tripulantes.

Algunos aviadores habían tomado tierra con sus paracaídas, siendo inmediatamente apresados. A pesar del odio que provocaron por sus destrucciones, el sentido del deber obligaba a tratarlos con humanidad. Eran soldados que cumplían un mandato, y mañana, a la inversa, los suyos propios podían caer en ciudades enemigas, y así tendrían derecho a exigir para ellos el mismo trato que dieran a sus enemigos.

Wilson, olvidándose de la brutal tragedia, se había desentendido de todo. Lo que podía hacer estaba hecho con exceso, y ahora, para él, no había más que una ambición: la vuelta en sí de su amada Elsa.

Se hallaba abstraído junto a ella, esperando un médico llamado para atenderla, cuando un capitán del ejército se presentó, preguntando por él.

Wilson salió a su encuentro.

—¿Qué deseaba, capitán?

—Pues… hacerle entrega de algo que hemos encontrado dirigido a su nombre.

—¿A mi nombre? —preguntó él, extrañado.

—Sí, comandante Hopkins. Entre los aviones derribados esta noche hemos localizado uno, en Hyde Park, cerca del puente que cruza el Serpentine River. Por un verdadero milagro no explotó ni se incendió, pero estaba completamente destrozado, encerrando los cadáveres de sus seis tripulantes. Pero entre el destrozado armazón del aparato, hemos encontrado algo que iba dirigido a usted, y se lo hemos traído. El obsequio es fúnebre, pero suponemos que no le desagradará conocerlo.

Se apartó a un lado, y un sargento avanzó portando una corona de flores artificiales. En ella flameaba una doble cinta negra, con la inscripción:

«AL capitón Wilson Hopkins, de Hugo Meyer»

Wilson sonrió con humorismo macabro, diciendo:

—Muchas gracias, capitán. Era algo que me tenían prometido

desde Berlín, cuando se declaró la guerra. El teniente Meyer no ha tenido mucha fortuna con el regalo.

Pero súbitamente palideció. La figura de Guillermo, el hermano de Lisa, se interpuso como un fantasma fatídico.

—¡Santo Dios! —exclamó—. Oiga, capitán: ¿saben si en ese aparato iba alguno llamado Guillermo Hease?

—Pues… en ese aparato, no. Hemos recogido la documentación de todos, pero no figuraba ese nombre. Quizá en algún otro…

—Dígame, por favor: ¿hay muchos muertos enemigos?

—Unos veinte.

—¿A dónde han llevado los muertos?

—Los están recogiendo y trasladándolos al depósito.

—¿Y los prisioneros?

—Los han trasladado al Ministerio de la Guerra.

—Gracias, capitán. Es cuanto quería saber.

Le despidió en el momento en que llegaba el médico. Wilson, angustiado, le indicó el desvanecido cuerpo de Elsa, diciendo:

—Véala, creo que no tiene nada… Sargento Weis: cuide de ella en mi ausencia. Si vuelve en sí, diga que regreso enseguida. Tome, guarde esa corona por ahí.

Y requiriendo el auto, ordenó dirigirse al depósito.

Allí estaban los cadáveres de los caídos. A algunos era imposible reconocerles, pero Hugo Meyer fue reconocido enseguida por Wilson.

Examinó los rostros de los demás caídos, sin encontrar el de Guillermo. Luego trato de averiguar si se había encontrado alguna documentación a su nombre, y como la contestación fuese negativa, respiró con más desahogo, y tomando el auto, se dirigid al Ministerio.

Sólo le restaba examinar a los prisioneros, y si Guillermo no se hallaba entre, ellos, se alegraría de que el joven aviador no hubiese sufrido la misma suerte que él cuando cayó junto a la rampa.

En el Ministerio reinaba un movimiento inusitado; el bombardeo había causado la natural confusión, pero nadie le puso obstáculos para visitar a los prisioneros que se habían salvado en los paracaídas. Los habían confinado en un gran despacho, donde dos soldados, armados con fusiles ametralladores, guardaban la salida.

Penetró en el despacho. Ocho aviadores alemanes se hallaban

medio derrumbados en los sillones de la estancia. Estaban agotados del esfuerzo de la lucha, y vencidos por las emociones del peligro pasado y de la derrota.

De repente, uno se levantó como impulsado por un muelle, y saltando hacia Wilson, clamó con ira reconcentrada:

—¡Usted, Hopkins, maldita sea su estampa!… Ahora le encuentro, cuando estoy privado de toda arma para sacarle el corazón y cobrarme todo el mal que me ha hecho.

El comandante le detuvo con un gesto, diciendo:

—Calma, Guillermo; no sea impulsivo.

—¿Que no lo sea? Le he estado buscando varios meses para hundirle en el Océano, y cobrarme así el asesinato de mi hermana… ¿O cree que no he sabido que fue usted el que hundió el barco donde viajaba, y la mandó al fondo del mar en plena juventud? Fue usted, con su maldita flotilla; por dos veces le tuve al alcance de nuestros aparatos, y las dos se me escapó de las manos.

Wilson, tratando de conservar la calma, repuso severo:

—Guillermo, es usted un alocado, y le perdono porque en estos momentos no se le puede exigir otra cosa, pero sí le voy a decir algo que le hará tragarse esa ira y aplicársela a usted mismo. Yo soy quien hundió el barco donde viajaba su hermana, sin yo saberlo, pero también fui el que la salvó de morir abogada. Perdí la mano luchando contra su escuadrilla cuando usted atacaba después del hundimiento del barco, porque ella iba a bordo de mi lancha, y yo hubiese dado mi vida cien veces por salvar la suya; y hace unas horas he vuelto a salvarla de una muerte cierta, cuando sus bombas, sembradas a boleo, destrozaban e incendiaban el refugio donde se encontraba con cientos de compatriotas de usted, y yo me metí en el horrible brasero y la saqué con vida, exponiéndome a morir con ella. Si esto es de lo que quiere acusarme, vuelva la oración por pasiva. Ha sido usted su más implacable perseguidor, y yo quien más ha hecho por proteger su vida.

Guillermo quedó confuso por unos momentos. Luego, en una emotiva reacción, avanzó hacia él, gritando:

—¡Wilson… por todos los santos… no me haga abrigar esperanzas trágicas! Dígame que no miente.

—Un marino no miente nunca, Guillermo.

—¡Oh!, gracias… gracias, Señor… Gracias por haber intercedido

así en favor de la vida de mi hermana. Gracias por haberlo hecho y… perdón por las muertes que yo haya podido causar en aras de este terrible deber cumplido.

Luego, avanzando más hacia Hopkins, suplicó:

—Comandante: perdone mis palabras, y por lo que más quiera en el mundo, facilíteme un solo minuto de poder verla y abrazarla, aunque después me pongan delante de una pared y me fusilen. Moriré contento sólo con saber que ella está a salvo.

Wilson replicó seriamente:

—¿Me lo pide por lo que yo más pueda querer en el mundo?

—Por ello, comandante.

—Prométame que, si lo hago por eso que usted invoca, no reprobará el objeto de la invocación.

—Se lo juro.

—Pues lo hará por ella, porque la he amado desde que la conocí, y la sigo amando cada día más. Sólo ese amor me ha guiado a protegerla y, pese a todo, sé que ella me ama. ¿Qué dice a eso, Guillermo?

—Nada, comandante. Mi hermana es muy dueña de amar a quien quiera. Sé que para el amor no existen fronteras, y más, cuando se sabe que uno debe la vida al ser que ama. Que se haga la voluntad de Dios.

—Gracias. Guillermo. Usted no puede salir de aquí, pero yo conseguiré el permiso para que ella venga a verle un momento. Algo especial que sólo a mí puede serme concedido.

* * *

Aquella tarde, Elsa, acompañada de Wilson, llegó al Ministerio dominada por una angustia sin límites. Ardía en deseos de abrazar a su hermano, dando gracias a Dios por haberle salvado, pero temiendo el encuentro doloroso y cruel.

Ambos cayeron en brazos uno del otro, y así permanecieron varios minutos, sin atreverse a hablar. Fue Guillermo quien primero reaccionó, diciendo:

—Hermanita: no sabes lo feliz que soy sabiéndote viva, y aunque mi situación y la tuya no sea muy halagüeña, del cautiverio se sale, y de la tumba no. No es hora de lamentaciones ni de reproches, ni siquiera de verter lágrimas, sino de hacerse fuertes y dar cara a la

adversidad. El comandante me lo ha contado todo, y como enemigo leal sólo me resta agradecerle lo que por ti ha hecho. En cuanto a lo demás… tu corazón es tuyo, Elsa. Si crees que por encima de todas las barreras debes entregárselo, hazlo, y nadie te reprochará por ello.

—Gracias, Guillermo. Quisiera que todos en la tierra pensásemos igual, porque entonces, cuando los corazones se fundiesen unos con otros por encima de las separaciones geográficas, sería cuando las guerras y las destrucciones, las ambiciones y los odios serían imposibles.

Y besando a su hermano en la frente, añadió:

—Adiós, Guillermo. Que esto acabe pronto y volvamos a la felicidad del hogar y a olvidar rencores… Comandante: cuando usted quiera…

—No, Elsa, el comandante Wilson ya no existe. Ha pedido pasar a la vida civil como inválido, y sólo queda Wilson Hopkins… el hombre que, cuando sea posible, dedicará su existencia a hacer grata y amable la tuya atribulada. Cuando quieras, Elsa.

Y la enlazó por el brazo, saludando por última vez militarmente al vencido aviador.

FIN

CONSERVE ESTE EJEMPLAR

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERIA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DIA 5 DE JULIO DE 1952, RECIBIRA USTED LA CANTIDAD DE:



Nº 09681



250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bisonte, obsequiará todas las semanas a sus lectores con premios de 250 ptas.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

[image]



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.
P. Duke
con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».